

A photograph of two women sitting on the ground in a field of tall grass. They are wearing vintage-style, light-colored dresses with lace and ruffles. The woman on the left is holding a small, ornate object in her hands. The woman on the right is wearing a large, ornate ring. The text is overlaid on the top left of the image.

**Beryl
Bainbridge**

**Lo ha dicho
Harriet**

Lectulandia

Esta novela aborda el siempre interesante tema del complejo mundo del adolescente, las «amistades peligrosas» a cierta edad, y la dependencia de una niña de 13 años de otra algo mayor tan precozmente perversa, que logra servirse de la pequeña en una escalada de peligrosas aventuras que culminan en una situación alucinante. Es una novela educativa, con todos los riesgos de escandalizar a ciertos sectores, pero de una fuerza dramática que eclipsa lo escandaloso. Novela de clima misterioso y siempre inquietante, es la historia de dos muchachas y de sus observaciones sobre un hombre maduro a quien llaman el Zar. Escriben sus impresiones acerca de él en un Diario secreto, y estudian sus relaciones con su esposa. No querían pasar de aquí: la historia de un hombre y del verano que pasaron encontrándose con él en los bosques y en la playa. Pero todo cambió. Ocurrieron cosas para las que no estaban preparadas: ni ellas, ni el Zar, ni nadie...

Lo ha dicho Harriet es un curioso episodio editorial. Aunque es la quinta novela que ha publicado Beryl Bainbridge, fue la primera que escribió. La ofreció a varias editoriales a finales de los años cincuenta, pero todas ellas la rechazaron. «Su estilo es sumamente prometedor le escribió el director de una de aquellas empresas, pero sus dos personajes centrales son unas criaturas repelentes, ¡casi increíblemente repulsivas! Y creo que la escena en que los dos hombres y las dos niñas se reúnen en la casa del Zar es demasiado indecente y desagradable, incluso en nuestra relajada época. Más aún, creo que ningún editor respetable se atrevería a publicarla».

La subsiguiente historia del manuscrito es oscura. Durante años, Beryl Bainbridge la creyó perdida. Pero, recientemente, un editor la encontró al revolver sus archivos y se la devolvió.

Y hoy ha visto ya la luz, y se han vendido los derechos cinematográficos.

Lectulandia

Beryl Bainbridge

Lo ha dicho Harriet

Diario negro de dos adolescentes

ePub r1.0

Titivillus 19.04.16

Título original: *Harriet said...*
Beryl Bainbridge, 1972
Traducción: José Ferrer Aleu

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Harriet dijo:

—No lo hagas; sigue andando.

Yo quería volverme, mirar hacia atrás, a la casa oscura; pero ella tiró con fuerza de mi brazo. Y seguimos andando a través del campo, cogidas de la mano, como niñas pequeñas.

Yo no sabía qué hora era, quizá muy tarde. Sólo sabía que en esta ocasión importaba poco. Antes de llegar a la carretera, Harriet se detuvo. Sentí su aliento en mi rostro y, por encima de su hombro, vi los faroles que brillaban y las casitas que parecían dormir. Levantó la mano y pensé que iba a pegarme, pero sólo rozó mi mejilla con sus dedos.

—Ahora no llores —dijo.

—No tengo ganas de llorar.

—Espera a que lleguemos a casa.

La palabra «casa» hizo que se me encogiese el corazón. ¡Era un lugar tan desolado!

—Cuando llegue —dije—, papá habrá comprado mi billete de ferrocarril para regresar al colegio. Estará sobre la mesa del recibidor.

—O detrás del reloj —dijo Harriet.

—Sólo compra la ida. Supongo que es más barato.

—Y podrías perder la otra mitad.

—Sí —respondí.

Permanecimos un momento mirándonos, y me pregunté si iría a besarme. Nunca lo había hecho en todos los años que yo llevaba queriéndola.

—Confía en mí —dijo—; yo sé lo que conviene. Todo fue por su culpa. Nada pueden reprocharnos.

—Confío en ti.

—Bien. No tiene sentido que nos quedemos aquí plantadas. Cuando te diga corre, echa a correr. Cuando te diga chilla, ponte a chillar. Y no dejes de correr; no te detengas.

—Sí —contesté—. Así lo haré, si es lo que conviene.

—Corre —dijo Harriet.

Cruzamos corriendo el último trecho del campo, y Harriet no me ordenó que chillase, o al menos no lo oí. Era ella quien gritaba desafortadamente, y sus terribles y largos chillidos perforaban la oscuridad mientras corría delante de mí y saltaba a la carretera bajo el primer farol, cuya luz arrancó destellos de sus trenzas. Yo no tenía aliento para gritar con ella. Sólo quería alcanzarla y decirle que no hiciese tanto ruido. Al pasar por delante de una casa alguien salió y me llamó, pero no me atreví a detenerme. No podía chillar con Harriet, pero sí correr tras ella. Un perro ladraba. Después doblamos la esquina de la calle y se encendieron luces en las casas. Mi

madre estaba en el portal de la nuestra, tapándose la boca con un puño. Entonces, pude gritar. Sobre su cabeza pendía el cestillo de alambre lleno de flores azules; de noche, su color no se percibía.

Incluso en aquellas circunstancias, me di cuenta de que la gente se comporta a veces de un modo muy extraño. Mi madre nos condujo a todos a la cocina, incluso a los padres de Harriet cuando éstos llegaron, lo cual era un hecho insólito: ella sólo recibía las visitas en el salón.

El padre de Harriet no se había puesto el cuello de su camisa a rayas; sólo se había abrochado el botoncito blanco. Harriet no podía hablar. Estaba temblando y su madre la estrechó entre sus brazos. Tuve que ser yo quien les contara lo que había ocurrido. Entonces Harriet recobró de pronto la voz y gritó:

—¡Estoy asustada!

Y lo estaba. Miré su rostro surcado de lágrimas y pensé: «¡Mi pobre Harriet está asustada!». Mi padre y el suyo pasaron a la habitación contigua para llamar a la policía. Mi madre me preguntaba una y otra vez si estaba segura, si estaba segura de que había sido el señor Biggs.

¡Claro que estaba segura! A fin de cuentas, hacía años que le conocía.

2

Cuando llegué a casa para pasar las vacaciones, Harriet estaba con su familia en Gales. Había escrito explicando que no era culpa suya y que, cuando volviese, nos divertiríamos mucho. Decía que el señor Redman había muerto, y que ella le había hablado unos días antes. Él le había preguntado qué pensaba hacer al dejar la escuela, y ella le había respondido que seguiría tomando el autobús. «Seguro que te pincharán algo más que el billete», había replicado él. Una buena frase de despedida. Harriet decía que debíamos inclinar la cabeza al pasar frente a los mojones.

Harriet y yo le recordábamos como una de las primeras personas que habíamos visto recorriendo el camino que conducía al mar, en compañía del Zar, del pastor Dawson de St. Luke's, y de Dodie de Bumpy Field.

En realidad, el señor Redman no salía nunca a la calle. En invierno permanecía en su *bungalow* y saludaba con la mano desde la ventana; en verano, cuidaba su jardín. Nosotras le hablábamos a veces, por encima del seto o de la verja, acerca de sus bonitas flores o de sus feos hierbajos.

El pastor montaba en bicicleta, una bicicleta muy grande con dos ruedas atrás y sin barra en medio. Harriet decía que era muy propio de él, pues era como un chiquillo.

Dodie pasaba a menudo por mi calle, con sus tobillos hinchados dentro de unas medias de color de albaricoque, siempre vestida de negro. Cuando cruzaba por delante de nuestra verja, nos gritaba: «Hola, muñecas... ¿Cómo están mis muñecas?». Vivía en un *bungalow* muy cerca del manicomio. «A punto para Papá, su marido», decía Harriet.

El Zar había bajado hasta el mar la primera tarde que Harriet y yo habíamos ido a coger renacuajos en las charcas del pinar. Ligeramente bebido, algo desgredado, siempre elegante, le habíamos visto en el curso de nuestra niñez al cruzarse muchas veces con nosotras, con paso vacilante y aire pensativo. Nosotras le saludábamos brevemente, como saludábamos al pastor, a quien aborrecíamos, al señor Redman y a la querida Dodie. Pero sólo nos habló en dos ocasiones: una vez para admirar los renacuajos que habíamos capturado, los cuales, dijo, eran como embriones prehistóricos; y otra, más memorable, cuando, mirando hacia el mar, había dicho:

—Hace años estuve en Grecia... Su belleza es incomparable.

Harriet, mirándole a la cara y siguiéndole la corriente, exclamó:

—¿Cómo son las estatuas, todas esas estatuas maravillosas?

Y el Zar me había mirado a mí, sin duda alguna, aunque dirigiéndose a ella:

—Son bellezas melladas, Harriet. Estropeadas a más no poder. Figuras de noble nariz y robustos miembros, pero hermosas.

Cuando se hubo marchado, Harriet giró sobre un solo pie y me apuntó con el dedo:

—Cree que tu nariz es noble —canturreó—, noble y robusta, pero hermosa,

querida, muy hermosa.

Le respondí que no me hacía ninguna gracia que me comparasen con las ruinas griegas, pero eché a correr entre los árboles, íntimamente complacida.

Más tarde, Harriet me dijo que se llamaba Peter Biggs y que le llamaríamos Pedro el Grande. Pero yo pensé que el nombre de Pedro era vulgar y por esto decidimos llamarle el Zar.

Sin la compañía de Harriet estaba de mal humor y me aburría. No tenía otras amigas; en parte por inclinación natural y en parte porque ninguna de las familias a quienes conocía enviaban a sus hijas al internado. Harriet decía que yo era un caso especial. Cuando era más pequeña había estudiado en un colegio particular del distrito, pero caí en desgracia cuando descubrieron unos cuentos pornográficos escritos en mi libreta. Todos dijeron que era una niña rebelde, que iba por mal camino y que necesitaba una severa vigilancia. Yo era consciente, incluso sin que Harriet me lo dijese, de que había aprendido aquellos cuentos en el colegio, que no los había inventado, y que, en realidad, lo que les asustaba era mi intimidad con Harriet. Éramos demasiado difíciles. Nada más. Por consiguiente, fui al internado y oí allí nuevos cuentos verdes, que me aprendí de memoria en vez de confiarlos al papel. Al cabo de un tiempo no me importó ya estar lejos de casa, aunque esto suponía un enorme derroche de dinero y mis padres no eran millonarios, ni siquiera ricos. En todo caso, aprendí a hablar correctamente, incluso con cierto estilo.

Llevaba tres días en casa, cuando por la mañana mi padre se brindó a llevarme en su coche a ver la tumba del señor Redman. Era una prueba de amabilidad por su parte, aunque Harriet decía siempre que era una indecencia que comprase gasolina de estraperlo mientras otros pasaban privaciones. Sin embargo, Harriet no estaba ahora aquí para verlo.

Cuando entré en el cementerio de la pequeña iglesia normanda, allí estaba el Zar con la cabeza ligeramente inclinada. Una suave brisa que llegaba del pinar rizó sus finos cabellos cuando se volvió para saludarme. Mi padre se había quedado sentado en su coche, en la carretera, y observó cómo nos estrechábamos la mano bajo los rayos del sol.

—Mi querida pequeña... Ya me dijo Harriet que regresarías a casa.

—¿Por qué el señor Redman no tiene un busto de piedra en su tumba?

—Es muy caro, ¿sabes?

—Creo, más bien, que nadie se ha preocupado de ello.

—Es posible.

Más tarde, al volver a casa, mi padre parecía irritado. Tomaba furiosamente las curvas, y me preguntó:

—¿Qué le has dicho? ¿Qué tenías que decirle a ese tipejo?

—Sólo que hacía mucho tiempo que no le veía.

—Es un sinvergüenza. Un maldito sinvergüenza.

Se dobló, furioso, sobre el volante. Por una u otra razón, tenía por sinvergüenzas

a la mayoría de la gente; sobre todo a los que yo conocía. Apoyando la cara en el tibio respaldo de cuero, murmuré para mis adentros: «Un Zar muy sinvergüenza». Y observé, satisfecha, que la frase sonaba muy bien.

Aquella tarde, después del té, salí bajo la lluvia y me encaminé hacia los pinos. Había dos maneras de ir al mar. Una de ellas era seguir directamente el camino que pasaba frente al *bungalow* de Harriet, a la izquierda, y la casa del Zar, a la derecha, cruzaba el paso a nivel y continuaba por un sendero negruzco que llevaba directamente al pinar. Era preciso cruzar una zanja que había sido antaño torrente y que ahora no era más que una cortadura en el suelo, llena de matas y de hierbas.

También se podía ir por el parque flanqueado de alheñas, muy cuidado, con su minigolf y su campo de bolos, sus dos pistas de tenis y su pabellón de madera con techo de barda, y subir cuesta arriba hasta la estación. Era divertido. Al bajar por el otro lado de la colina había una verja de hierro por la que podía deslizarse un palo, hasta llegar a la escuela dominical: una choza de hojalata con una campana en el tejado. Había *poneys* en los campos de la izquierda, y los cuarteles a la derecha. Una hilera única de pinos seguía un recodo de la carretera y llegaba hasta el muro que rodeaba la iglesia.

El trayecto era más largo, pero entretenido.

Salté la pared de piedra, crucé el cementerio y la verja, y me adentré en el bosque. Al subir la cuesta, entre los árboles, empecé a cantar: «Durante toda la noche canta el ruiseñor, canta en el silencio de la oscuridad y del rocío...». Prácticamente, era ésta la única canción que sabía; pero su tono algo melancólico resultaba el más adecuado para una tarde de verano. Las hojas caídas de los pinos daban al suelo un color castaño, pero, más allá, la arena de las dunas, transportada cuesta arriba por el viento durante años, era como un segundo mar encharcado entre una nueva hilera de árboles. En el suelo había hoyos dejados por los soldados que se habían adiestrado allí durante la guerra. Una vez, por equivocación, los alemanes habían soltado una bomba; pero la arena había llenado rápidamente el cráter. Al otro lado del camino el bosque cubría todo el suelo desde el paso a nivel hasta la playa. Al terminar el cerro, una brusca pendiente bajaba hasta una hondonada de hierbas y agua. Más allá, otra elevación poblada de árboles y, después, las dunas, media milla de dunas ondulantes que terminaban en la playa y en la suave orilla del mar.

Bajé corriendo la pendiente y llegué a la hondonada cubierta de arena. Estaba sofocada, pero no a causa del ejercicio, sino porque el Zar estaba sentado junto a las charcas de los renacuajos, de espaldas a mí.

Las charcas no eran más que unos largos hoyos entre las hierbas llenos de agua de lluvia. Durante el invierno, llovía sin parar, los charcos crecían y se formaba barro. Cuando venían las heladas, el suelo se endurecía, los bordes de los charcos se encogían y el hielo se contraía; las ramas de los pequeños arbustos se rompían al tocarlas y las altas hierbas de las dunas se helaban a manojo. Una vez, Harriet y yo habíamos visto dos ranas muertas en el centro de la charca más grande, hinchadas,

flotando panza arriba, como dos trozos de pan. Ahora, en verano, el agua estaba tibia. Me agaché sobre la arena y empecé a trazar surcos con los dedos, esperando que el Zar hablase el primero.

Suspiró al tiempo que se tumbaba de espaldas y descansaba la cabeza en la hierba. Su sombrero de fieltro, que no se ponía nunca, yacía a su lado con el ala sumergida en el agua.

—¡Mire, una golondrina! —exclamé, viendo que un pájaro bajaba hacia su sombrero y volvía a elevarse inmediatamente para perderse entre los árboles.

Levantó perezosamente la cabeza y replicó:

—Tonterías, niña; más bien parece un vencejo.

Volvió a tumbarse. No podía discutir con él. Aunque pasaba muchos ratos en el bosque y me consideraba una naturalista, nunca había sabido distinguir de veras un pájaro de otro. Harriet, en cambio, era muy aficionada a coleccionar helechos y hojas. Anotaba en su libreta los meses de las migraciones y llamaba a las flores por sus nombres latinos, los cuales yo era incapaz de recordar.

—¿Cómo es tu colegio? —preguntó él—. ¿No es del todo malo?

—No; no es malo. Me he acostumbrado a él.

—En definitiva, el hecho de estar lejos de tus padres te beneficiará. Hará que se desarrolle el sentido de tu propia personalidad.

—Resulta bastante caro.

—Lo creo.

Me preguntó cuánto duraban mis vacaciones y me dijo, en tono convencional, que debía añorar mucho a Harriet; que menudas travesuras haríamos cuando ella volviese. Le respondí que sí, que la echaba de menos, y que sin duda haríamos alguna travesura. Pero mis palabras me producían disgusto; no por los sentimientos que expresaban, sino porque mi timidez me hacía pronunciarlas de un modo muy infantil. Mientras hablaba, inquieta, observé cómo su cráneo de pájaro se hacía una almohada con la arena. Sentí que había de llegar un día en que alargaría una mano para que él descansase su cabeza sobre mi palma. La brisa agitaba los finos cabellos sobre su cráneo, vulnerable y frágil. Agité mi mano dentro de la charca. Al cabo de una hora, se incorporó y dijo:

—Tengo que marcharme. —Pero no se movió; miró hacia arriba, contemplando el cielo—. Ella se estará preguntando dónde estoy. No es fácil engañar a una persona con la que se ha vivido tanto tiempo. A veces no me atrevo a mirarle a la cara.

Tenía que preguntarle algo. Era una ocasión demasiado buena para no aprovecharla. Harriet se entusiasmaría cuando se lo contase.

—¿Qué quiere decir con eso de engañarla?

—Oh, ya sabes... No me fastidies, niña. Imagínate que vuelvo a casa y le digo a mi mujer que he estado en el bosque contigo. —Guardé silencio y él prosiguió—: ¿Le dirás tú a tu padre que has estado hablando conmigo? No; claro que no.

—Nada se gana con hablar demasiado —le dije.

—Claro.

Empezó a sacudirse la arena de la ropa y a agitar el sombrero en el aire para secarlo.

—Ellos siempre sospechan algo —dije—. Saben que hay algo; pero si no se les dice no pueden estar seguros. Pero lo saben. ¿Qué le dirá usted?

—Oh, no sé. A fin de cuentas, tiene un concepto triste de la vida. No le gusta que yo baje a la playa; dice que soy demasiado viejo para estas cosas. En realidad, no sabe a qué cosas se refiere. Y yo tampoco. No hago ningún mal. Sólo bajo hasta aquí y vuelvo a marcharme.

—Lo mismo que Harriet y yo —respondí, sin mucha veracidad.

Se alisaba ahora el cabello, pasándose una mano inquieta por el cráneo.

—Cuando yo entre, estará sentada a oscuras, escuchando la radio. Me detendré en el pasillo, sólo un momento para componer mi expresión, aunque estará a oscuras. Cuando abra la puerta, dirá: «¿No es un invento maravilloso? Yo, sentada aquí, y Max Jaffa tocando sólo para mí...», y yo me daré cuenta de lo vacía que está la habitación, con sólo ella sentada en el sofá, con su bata y sus sandalias, y sin más luz que la del disco anaranjado del aparato de radio. Y entonces —me miró— ella sabrá que he estado hablando con alguien. No podré disimularlo. Y esto la sacará de quicio.

—Ya —dije, pensando que era muy blando por preocuparse de lo que ella pensase o dejase de pensar.

El hecho de que Harriet y yo tuviésemos estos escrúpulos delante de nuestros padres, a quienes debíamos fingir obediencia, resultaba natural; pero él, a su edad... Era una debilidad inconcebible. Deseé hacerle ver esta debilidad, pero él se estaba levantando ya y tenía el sombrero entre las manos, dispuesto a marcharse, si no impaciente, sí ansioso por volver junto a su esposa. Yo comprendí que él tenía que volver solo a casa: mi padre podía salir a mi encuentro; su mujer podía estar en el portal; pero no dejaba de ser una muestra de cobardía por su parte. Le di las buenas noches, nos estrechamos la mano y él empezó a subir la cuesta en dirección a los pinos. Mientras yo le observaba, tropezó y estuvo a punto de caerse. Me pregunté si sería realmente viejo. Siempre me había parecido igual, desde que éramos pequeñas. ¿Era realmente viejo? Me tumbé en el suelo y me cubrí la cara con las manos por si se volvía a saludarme. Cerré los ojos con fuerza y traté de ver su cara en la oscuridad, pero no podía componerla claramente. Veía su cabeza y su sombrero de fieltro, pero su cara era lisa y transparente como el cristal.

3

Estuve varios días sin volver a la playa. En vez de esto, me quedé en casa y traté de mostrarme amable con mi hermana Frances. Era menor que yo y muy irascible, porque la había traicionado. La quise muchísimo cuando era muy pequeña, pero al hacerse mayor y marcharme yo al colegio sentí que mi amor se iba marchitando. Todavía lo llevaba en mí, pero ya no sentía aquel entusiasmo por ella. Frances era pelirroja y tenía los ojos azules; le faltaban dos dientes. Si la importunaba, lloraba hasta desgañitarse; si era amable con ella, se retraía y unas lágrimas de dudosa felicidad empañaban sus ojos. Tenía que apartarla de mí por su propio bien, a causa de Harriet y de mí misma. No deseaba que fuese como nosotras. Si Dios lo quería, crecería normalmente y sería como otra chica cualquiera. A pesar de todo, le leía cuentos, alababa sus dibujos a lápiz y le ayudaba a hacer vestidos de retales para su muñeca.

Todos los viernes, mi padre colaboraba en la limpieza de la casa. Se ponía su viejo uniforme de la ARP^[1], completado con la boina negra, y se arrodillaba en el suelo para fregar la cocina. Harriet decía que era un maniático y que parecía fruto de un cruzamiento entre la Vieja Madre Riley y el general Montgomery. Trabajaba con ardor y Frances y yo teníamos que pasar de una habitación a otra mientras él quitaba el polvo, fregaba y pulía. Mi madre se iba al pueblo a hacer la compra y, cuando mi padre había terminado el trabajo de la casa, iba en su coche a buscarla. Aquel día volvieron cargados de coles, zanahorias, manzanas, rollos de papel higiénico y huevos frescos de granja. Ella parecía pálida y cansada; él gruñía, sudaba y no paraba de gritar, diciendo que no había derecho a que un hombre tuviese que hacer todo lo que ella le exigía, lo cual no era cierto. Ella le replicó que se largase con viento fresco, y él dijo que sí, que el día menos pensado se largaría de este rincón infernal. Pero después de comer sacó dócilmente el coche y nos llevó a Southport, a tomar té y pasteles en casa de Thoms.

Durante el trayecto de regreso, cerré los ojos y me imaginé que iba de excursión con Charles Boyer^[2]. Él me hablaba en su francés macarrónico y me decía que era adorable. «¡Oh, querida! Nunca nos separaremos». Cruzamos Birkdale por la carretera de la costa en dirección a Hillside. Al ver la larga franja de playa, pedí que nos detuviésemos y que me dejaran seguir andando hasta casa.

—Por favor —supliqué—. No sabéis cuánto sufro en el colegio por estar tan lejos del mar.

Estaban un poco intranquilos por mí, pero no supieron contradecirme de modo convincente.

—No tardes —me advirtieron—. Ve directamente a casa, no hables con desconocidos y no te mojes los pies.

Salté del coche, mientras Frances se lamentaba de que no la dejaran venir

conmigo, y bajé gateando hasta la playa.

Tuve que quitarme los zapatos, pero me dejé puestas las medias: mis piernas eran demasiado rollizas y blancas. Me gustaba que el viento soprase con fuerza.

Silbaba y corría con los brazos extendidos, como un pájaro, y buscaba sin cesar objetos interesantes entre los que la marea depositaba en la arena. Eran incontables las cosas que Harriet y yo habíamos encontrado. Canastas llenas de fruta podrida, naranjas, toronjas y melones, hinchados y repletos de agua salada; pedazos de carne envueltos en manchadas fundas de algodón donde hurgaban los gusanos si el tiempo era cálido; y medusas varadas, unas cosas rojizas, obscenas, tontas. Harriet las pinchaba con un palo, pero estaban muertas. Algunas veces, encontrábamos animales en mal estado, como medio caballo y un par de perritos. Éstos estaban henchidos de agua, cubiertos de algas, con los hocicos blancos de sal y mostrando los dientes. Tenían un alambre atado al cuello. «Los compran para los niños —me había dicho Harriet— y, cuando ensucian la casa de barro, los traen aquí y los ahogan».

En Ainsdale la playa se estrechaba. Entré tierra adentro y me dirigí al campo de golf. Allí podía andar entre los pinos que crecían entre las hierbas ásperas, junto al suave y verde césped del campo. Cerca había un colegio de curas; yo deseaba tropezarme algún día con uno de ellos para charlar un poco sobre religión. Harriet se había encontrado con uno, pero me dijo que era horrible, que tenía los dedos manchados de nicotina hasta los nudillos, y que sin duda no tenía vocación, porque el cuerpo era el almacén del alma y su almacén era espantoso.

Pero yo no vi a ninguno.

En Freshfield, el estuario estaba lleno de barro y de escombros. Había latas, botellas, papel manchado de excrementos, bidones de gasolina y cajas de municiones vacías. «Un día —me había advertido Harriet— encontraremos un feto, todavía con su bolsa de piel, en este lado del barrizal». Esta idea nos excitaba y nos espantaba al mismo tiempo.

Puesto que ahora ella no estaba, no miré con demasiada atención; ignoraba cómo actuaría si el presentimiento se hiciese realidad. Había dos botes destartados, fuertemente sujetos, que no se empleaban nunca. Escaseaba el dinero.

Desde el lado del estuario correspondiente a Freshfield la playa seguía en línea recta hasta Formby; eché a andar por ella, despacio, con los zapatos en la mano y sin dejar de pensar en Harriet, en el Zar y un poco en Charles Boyer. La marea había bajado mucho y el mar estaba en calma; en el horizonte, un petrolero permanecía inmóvil.

Cuando me aparté de la playa para cruzar las dunas en dirección al bosque, me puse a rezar: «Por favor, Dios mío, por favor...». Me agaché para salvar la cerca de alambre espinoso, enfilé el sendero y todavía le rezaba a Dios cuando salí a un recodo del camino. Yo no era religiosa, pero tenía un crucifijo en mi habitación, y con frecuencia llamaba a Dios cuando estaba en el colegio o lejos de Harriet. Sólo deseaba que ocurriese algo.

Frente a la puerta de la casa del pastor había un grupo de hombres, en círculo, con las piernas como feos tulipanes: los pantalones remangados y atados a las rodillas con cordeles. Jimmy Demon, el jardinero del pastor, estaba apoyado en la valla y reía.

—Es el viejo Perjer —explicó—. Por lo visto empinó demasiado el codo.

Perjer era el solitario del pueblo; vivía en las dunas con su perro, en una choza de cajas y viejas tablas. Harriet decía que era pederasta, pero yo dudaba de que ella lo supiese; por consiguiente, me incliné solícita y confiadamente sobre él y le dije a Jimmy Demon:

—Estoy segura de que está enfermo, Jimmy. Tiene un color muy raro.

—Basura —repuso duramente, tocando con la punta de la bota el cuerpo que yacía en el polvo.

Los hombres rieron, me miraron de reojo y volvieron a reír.

El perro de Perjer estaba apartado del grupo, sentado, husmeando el aire, esperando a que su amo se moviese. Volvió de pronto la cabeza, con las orejas tiesas, y el pastor salió del jardín de detrás de la vicaría, en compañía del Zar. Desde hacía años llamábamos «viejo» al pastor; ahora lo parecía menos, pero babeaba un poco y ceceaba al hablar.

—¿Qué es esto, Jimmy? ¿Una asamblea?

El Zar, con el sombrero en la mano, se acercó y miró a Jimmy.

—Borracho —dijo éste.

—Yo creo que está enfermo. —Me volví al Zar—. Casi parece que se está muriendo.

—Tonterías.

El perro se tumbó en el suelo y empezó a dormir.

—Creo que lo mejor será llamar a los guardias para que se lo lleven... No puede quedarse aquí.

El pastor se dirigió resueltamente a la casa. Tenía las piernas muy arqueadas. Harriet decía siempre a mi padre, para incordiarle: «¡Oh, el pastor es un tipo muy decente! Se ha pasado la vida montado a caballo». Pero mi padre nunca supo lo que quería decir con esto.

El Zar permanecía indeciso en la calle. Observó el círculo de mirones y después se volvió a mirar al pastor, que se perdía rápidamente de vista. Por fin dijo:

—Llévalo al bosque, Jimmy. Allí dormiré la mona. En el cuartelillo le pondrían una multa.

—Me parece que al pastor no le gustará —murmuró Jimmy Demon.

Ansiosa por demostrar que no estaba impresionada, me agaché demasiado aprisa para tocar un pie de Perjer. El perro giró en redondo sobre el polvo y a punto estuvo de pillarme la muñeca con sus dientes.

—¡Ay! —chillé, impresionada de veras.

—¡Vaya por Dios! —dijo el Zar, disgustado—. Vamos, muchachos, metedlo entre los árboles.

Los hombres lanzaron una mirada de inteligencia al Zar, levantaron del suelo a Perjer —un guiñapo de ropas colgantes— y lo arrojaron al otro lado de la cerca de alambre espinoso. El Zar y yo permanecimos en el camino, observando cómo los hombres saltaban la cerca y arrastraban a Perjer entre los pinos para ocultarle. Cuando regresaron, el Zar les dijo:

—Muy bien, muchachos. Ahora, larguémonos de aquí. El pastor podría disgustarse.

Mientras los hombres se dispersaban, pensé que lo mejor que podía hacer era marcharme sola; pero deseaba quedarme con el Zar.

Éste parecía incapaz de hacer un solo movimiento. Permanecía apartado de mí, observando al perro de Perjer, que corría nervioso entre los árboles.

Sin mirarme, dijo:

—Echemos un vistazo al viejo truhan y veamos si está cómodo.

Cuando me hube deslizado rápidamente por debajo de la alambrada y me quedé esperándole, volví a pensar que debía de ser viejo. Pasó trabajosamente por encima de la cerca y sus pies le traicionaron cuando cayó al otro lado; dio unos pasitos para recobrar el equilibrio.

Perjer yacía en una zanja, una de las muchas cavadas por los soldados durante la guerra; tenía la cabeza apoyada en la arena y se pasaba las manos nerviosamente por los labios. Me arrodillé al lado de la hoya y levanté ligeramente la cara para que el Zar pudiese ver mi amable expresión.

—¿Se siente bien, señor Perjer?

No hubo respuesta; la sucia cara del hombre yacía sobre la arena y su boca estaba pálida y sin fuerza.

El Zar me miró.

—Viene la policía —dijo.

Ahora sonaban voces en el camino; podíamos oír al pastor que farfullaba su historia, y la voz aguda de una mujer que reconocí como la de la hermana del pastor. Nos acurrucamos en la zanja y el perro de Perjer se tumbó sobre las piernas del Zar.

—La hermana del pastor nos ha olido —dijo el Zar, asomándose a mirar cautelosamente.

Elsie estaba de pie, apoyada una mano en la alambrada y mirando hacia los árboles.

—Una gordinflona blanca a la que nadie quiere —murmuró el Zar, y rió nerviosamente entre dientes, arrodillado en la arena.

Perjer movió la cabeza, inquieto, y abrió los ojos.

—Quiere decirnos algo —dije, volviéndome torpemente y acercando la cabeza al solitario—. ¿Qué quiere, señor Perjer...? ¿Qué desea?

Ya no se oían voces en el camino. El Zar se incorporó y se sentó en el borde de la zanja, con las piernas colgando.

—Quiero mear —dijo el señor Perjer con voz firme, llevándose las inquietas

manos a la bragueta.

Sentí ganas de reír. Me imaginé a Harriet encogiendo una pierna y chillando: «¡Oh, sí! ¡Qué divertido!». Pero simulé disgusto, salí de la zanja y volví la espalda al ordinario señor Perjer.

—Bueno —dijo el Zar—, ya veo que no está grave.

Y, asiéndome de un codo, me condujo a través de los árboles.

A veces, a finales de verano, Harriet y yo cogíamos lo que llamábamos varitas mágicas y las sacudíamos delante de nosotras para apartar las telarañas tendidas de modo invisible entre los troncos. Ahora el Zar lo hacía con la mano, echando bendiciones al aire y despejando el camino para los dos. El contacto de su mano en mi brazo era tan delicioso que yo caminaba muy de prisa, hablando desordenadamente y sin darme cuenta del camino que seguíamos hasta que llegamos a Rhododendron Lands. Los Lands eran unos jardines privados y, si hubiese estado sola, habría andado por el césped que bordeaba el camino, alerta por si aparecía el jardinero o el propio amo, y no por el centro del sendero como hacía ahora en compañía del Zar. Grandes arbustos floridos, tres veces más altos que yo, susurraban a ambos lados de nosotros y ocultaban el cielo.

—Recuerdo... —empecé a decir, y me interrumpí para golpear unas flores purpúreas que saltaron por el aire derramando pétalos a nuestros pies.

El Zar se detuvo, agitó una mano elocuente para abarcar el jardín y el cielo, y terminó su movimiento colocándola de nuevo sobre su corazón.

—No recuerdes nunca —me aconsejó—. Es muy enojoso. Piensa en el futuro y en los lugares que visitarás. Atenas, hija mía; piensa en Atenas. Yo iré a Burdeos en invierno, a buscar un tonel de vino para alegrar los días tristes.

Pensé en Atenas y observé la cara del Zar: las arrugas de la comisura de los labios, la sequedad de su piel, como si el frescor se hubiese marchitado con su juventud; los párpados caídos, como si estuviesen cansados. Traté de atisbar el interior del hombre, pero no había nada fijo en él. Sólo podía ver claramente la forma de su cráneo y la mano colocada sobre su corazón. Me senté sobre la hierba. Había caminado un largo trecho.

—Pronto dejaré el colegio.

—¿Qué harás entonces?

—Tal vez vaya a la escuela de arte..., si papá me deja.

Sabía que no me dejaría. Harriet dibujaba bien, pero yo no, Harriet era una chica culta; me decía lo que tenía que leer, me explicaba las cosas que leía, me decía a qué pintores debía admirar y por qué. Yo la escuchaba y hacía lo que ella me decía, pero no sentía mucho interés, al menos cuando actuaba por mi cuenta y ella no me dirigía.

—¿Por qué no vienes a Burdeos conmigo?

Sentí ganas de soltar una carcajada. En mi interior, empecé a cantar desafortunadamente *Vamos allá, hermana Jane*. Era, sí, tan maravilloso que un hombre casi viejo, de ochenta centímetros de cintura, me pidiese que le acompañase a

Burdeos a recoger un tonel de vino para el invierno... En voz alta dije:

—¡Oh, no podría! No tengo dinero. De todos modos, gracias por invitarme...

Y no pudimos seguir hablando, porque hacía horas que me había separado de mis padres y en mi casa debían estar intranquilos. Tal vez se habrían peleado por mi culpa, echando a perder la cena con sus palabras. Mientras volvía a casa, no dejaba de repetirme: «Oh, no podría, ¡Dios mío, claro que no podría!».

Pero tenía la impresión de que sí podría.

El domingo por la mañana fui a la iglesia. Mi madre estuvo a punto de echarlo todo a perder obligándome a llevar sombrero, pero me lo quité en la calle y lo llevé en la mano. Sabía muy bien cuál sería mi aspecto si lo llevaba, pues Harriet me lo había dicho en varias ocasiones: una solterona en una exposición de flores. Durante el trayecto me tropecé con el cartero retirado, que trató de detenerme. Se balanceó peligrosamente sobre su bicicleta y extendió los pies para mantener el equilibrio.

—Hola, hola, hola. —Era capaz de seguir eternamente con esta cantilena, como un niño que sólo supiese palabras sencillas—. Hola, hola. Me alegro mucho de verte... Te estás volviendo una buena moza... Hay que ver...

—Hola, hola —dije yo, permitiéndome este atrevimiento porque Harriet no estaba conmigo.

—He tenido un susto —dijo el cartero, en tono confidencial—. Mi madre, ¿sabes? Oí un golpe, como si se le hubiese caído algo; siempre se le caen cosas. Pero cuando fui a ver lo que pasaba no pude abrir la puerta. Estaba tendida en el suelo. Tuve que empujar la puerta, imagínate. Es una mujer muy gorda, y tenía una raja muy grande en la cabeza.

—¡Qué espanto!

Pasó una mujer en una pequeña bicicleta, pedaleando pesadamente.

—Hola, hola —le gritó el cartero, pero la mujer no respondió—. La señora Biggs —dijo él, volviéndose en su asiento y a punto de caerse.

Sólo después de la comida, cuando mi madre me preguntó si había visto algún conocido en la iglesia, me acordé de la señora Biggs. La mujer de la bicicleta, a quien había saludado el cartero, era la esposa del Zar. Me fui a mi cuarto y me tumbé en la cama, tratando de recordar el aspecto de la mujer. Corpulenta, más alta que él y de cabellos grises; esto quería decir que era vieja. Y una chaqueta de *tweed* con cinturón abrochado. Nada más. La señora Biggs era quien le había dicho a mi madre que Harriet y yo estábamos en la playa con unos prisioneros italianos.

—¡Madre! —grité, abriendo la puerta y plantándome en el descansillo.

Oí que decía algo a Frances en la habitación de abajo.

—¡Madre!

Se abrió la puerta de la cocina. El tirador crujió al cargar mi madre su peso en él. Me imaginé su dulce semblante, mirando interrogante hacia el pasillo.

—¿Qué hay, querida?

—¿Fue la señora Biggs, de Timothy Street, quien dijo que nos veíamos con los prisioneros italianos?

Me sentí orgullosa de referirme a ello. Desde luego, Harriet había mentido de un modo tan convincente que mi padre había dicho que la señora Biggs era una mujer peligrosa; pero mi madre se había mostrado fría conmigo durante varias semanas.

—Sí, creo que sí. ¿Por qué?

Había despertado de pronto la curiosidad de mi madre. Si no me daba prisa, no tardaría en subir a charlar un poco conmigo.

—Por nada. Me pareció verla esta mañana; eso es todo.

Esperé un momento y, después, volví a mi cuarto y cerré la puerta. Sí, había sido ella. Un año atrás, descubrió a Harriet en brazos de un prisionero italiano. Yo estaba con otro, detrás de una duna, y sólo había oído mi voz. En aquella ocasión informé a mi madre de que Harriet era una compañera peligrosa; en cambio, no contó nada a los padres de Harriet. Ésta la había encontrado un día en la calle y le dijo que no se metiese en lo que no le importaba. Estaba tan enojada, que la mujer retrocedió. Pero, si la señora Biggs me veía con el Zar, vendría a contarlo en seguida, y Harriet no estaría aquí para defenderme.

Me sentí angustiada. No podía sufrir que mi madre se enfadase. Cuando yo era pequeña, la cosa era distinta. Pagaba mis pecadillos con regañinas y alguna zurra. No me asustaba su enojo; sólo me fastidiaba la futilidad de sus emociones.

Esperé ansiosamente a que terminásemos de tomar el té y me dirigí a la iglesia sabiendo que allí estaría el Zar. Llovía de nuevo y nos sentamos en el atrio, descansando los pies sobre la tumba de un soldado normando y discutiendo volublemente sobre la importancia de las cosas. Yo dije que el cuerpo histórico que yacía a nuestros pies era digno de veneración. A fin de cuentas, había deambulado entre las ruinas de Grecia. Pero él sólo dijo:

—Tonterías. Sólo es un montón de huesos.

—Es romántico.

Miró tristemente el paisaje verde y mojado, y dijo:

—¿De veras? ¿De veras lo crees así?

Yo estaba a punto de hablarle de la señora Biggs y decirle que sería mejor que no volviésemos a vernos, cuando él habló:

—Aquí me casé. Celebré el almuerzo de boda donde tú estás sentada.

Mala cosa, pensé, escuchar en el atrio los recuerdos de un viejo.

—Yo llevaba mi traje oscuro —empezó a contar el Zar, lanzando una bocanada de humo de su cigarrillo—, y ella un vestido de color café, muy corto, y zapatos puntiagudos con correas. Vinimos andando desde Timothy Street, y su madre y el pintor se sentaron en el fondo de la iglesia mientras nos casábamos. Un amigo mío, Arthur, realizó la ceremonia, deslizándose y haciendo cabriolas en los peldaños del altar. En aquellos tiempos —dijo mirando los álamos que oscilaban mojados junto a la valla— no había tumbas alrededor de la iglesia. Había árboles, grandes olmos que tamizaban la luz. Hubo muchas protestas cuando se supo que iban a cortarlos, pero los argumentos eran bastante sólidos. Había que talarlos, pues eran muchos los muertos a enterrar. Arthur era casi invisible, a no ser por su blanca vestidura; parecía una mariposa en la oscuridad. Después salimos y mi suegra desenvolvió el pastel que había hecho. Ella, el pastor y su mujer se lo comieron casi todo, sentados donde tú estás. Yo no lo probé. No tenía apetito.

Guardó silencio. No podía moverme. Miraba fijamente el suelo, esperando ver las migas que caían descuidadamente de la boca del pastor. Pero no vi nada.

Me sentía amodorrada; me invadía una enorme pesadez. Él era viejo.

Hacía muchos años que le conocíamos y nunca había sido joven. Nosotras le sonreíamos vagamente y saludábamos con la cabeza; él levantaba su sombrero de fieltro y lo agitaba, mientras andábamos por el camino que conduce al mar. Así fuimos creciendo y fue siempre igual. Veinte años antes de nacer nosotras, al menos aproximadamente, se había casado con la señora Biggs.

El Zar dijo:

—Era bonita, ¿sabes?

Esperé. Su voz era ahora más tenue, como si hablase consigo mismo.

—No, no precisamente bonita. Era robusta, llena... Su cuello era... Su cabello olía... Sus besos eran adorables...

Tosí; me sentía violenta escuchándole. Se volvió y dijo:

—Cuando éramos novios nos encontrábamos aquí. Debajo del farol, al pie del árbol.

—¿Ah, sí?

Balanceé remilgadamente las piernas sobre la tumba y encogí los hombros.

—Muchas noches bajo la lluvia... El forcejeo bajo la fronda del haya... Las charlas que tuvimos... Las promesas que nos hicimos... Sí, uno promete, y lo cree de veras... El olor de la hierba... Yo creía...

Tenía que inclinarme para oírle. No quería escucharle, pero tenía que hacerlo.

—Yo creía que sus piernas eran de aljófara caído de los árboles... Cuando oíamos susurros en la hierba, yo sabía que era un pájaro o un animalito, no un hombre espiando, y me reclinaba suavemente y le decía: «*Keine Mensch*, amor mío, *keine Mensch*». Pero nuestros días alegres quedaron atrás.

Carraspeó, me miró reflexivamente y volvió la cara. Deseé con todas mis fuerzas que no hubiese existido jamás. Tuve la impresión de que mis ojos miraban desorbitados la lluvia; sentí que ya no volvería a ser feliz. Aquella mujer pedaleando en el camino; todas sus promesas convertidas en grasa; las gordas piernas obscenamente exhibidas bajo la fronda del haya, treinta años atrás; la marioneta sentada en el banco, bamboleando la cabeza, los ojos llenos de lágrimas sentimentales; los dos paseando juntos por el cementerio.

Se me ocurrió pensar que si tocaba su boca con la mía percibiría el sabor a sal acumulada durante años de bajar y subir por el camino que conducía al mar.

«Tengo que marcharme ahora mismo —me dije severamente—. Tengo que marcharme ahora mismo». El Zar prosiguió, en un murmullo:

—Debe de ser tarde. Será mejor que nos marchemos, cada cual por su camino.

Le di las buenas noches. Lo hice con tanta naturalidad que yo misma me sorprendí. Nos separamos en la encrucijada próxima a la casa del pastor; el Zar para seguir la avenida de pinos hacia el paso a nivel; yo, a campo traviesa, hacia la

estación. Esperé bajo el farol a que él se volviese y agitase su sombrero de fieltro en señal de despedida: una figura oscura cuyos días felices habían quedado atrás. Después, eché a correr para volver a casa y grité en el campo desierto:

—¡Que Dios me ampare! ¡Harriet, vuelve pronto!

Harriet volvió dos días después. Silbó delante de nuestra casa y fue a sentarse en el murete de la calleja, un poco más abajo. Estaba tan contenta de verla que no advertí su aspecto retraído. Miré gozosa su cara inteligente y le hablé del Zar; me escuchó, golpeando el murete con sus delgadas piernas y sin dejar de frotarse los brazos. Los tenía tostados por el sol, y su piel se pelaba. Yo esperaba que gritaría sorprendida, que saltaría del muro y empezaría a brincar; pero siguió sentada, frotándose los brazos.

—Me dijo... —seguro que ahora me miraría—, me dijo si quería ir a Burdeos con él, a buscar un tonel de vino para el invierno.

—Ah —respondió Harriet, y bajó los ojos para mirar su cuerpo, complacida. Guardé silencio.

Un hombre segaba el césped al otro lado de la calle; caminaba arriba y abajo con movimientos exactos. De los almendros silvestres de detrás del muro caían algunas flores que aleteaban en la brisa. Un pétalo enroscado se posó sobre el cuello de Harriet y ésta lo sacudió rápidamente.

—Conocí a un chico en Gales —dijo—. Tiene diecinueve años.

Me sentí confusa; sin embargo, deseaba preguntarle muchas cosas. Era justo, yo le había contado todo lo del Zar. Aunque esto era gracioso. Tenía su lado cómico y por eso me reí.

Harriet saltó cuidadosamente del muro y echó a andar en dirección a su casa.

—Por favor, Harriet —dije, tratando de retenerla por un brazo—. Harriet, por favor, ¿qué te pasa?

—Sólo quiero estar tranquila... Hace tanto calor...

Me detuve sin saber qué hacer, observando cómo se alejaba, y volví a subir al muro. Si se volvía a mirar, comprendería que estaba ofendida; por consiguiente, agaché la cabeza con ademán afligido, pero cuando la levanté de nuevo, ya había desaparecido.

Después del té, subí al piso de arriba, me lavé la cara y me puse en las mejillas un poco de los polvos de mamá; pero al ver que mi rostro parecía casi gris, me los quité con la toalla.

Mi aspecto no tenía nada que ver con lo débil que me sentía. Nariz noble, boca pálida y resuelta, miembros robustos y cabellos ondulados. Mi madre me los hacía rizar todos los años porque yo corría mucho y me caían revueltos sobre la frente, dándome una expresión hosca. También olían cuando llovía. Pensé que parecía regordeta y madura, pero sonreí animosa y dije: «Que Dios me ampare y me haga bonita». Y me peiné cuidadosamente.

Harriet estaba en su cuarto; me vio desde la ventana y bajó a abrirme la puerta.

—Hola, tú —dijo sonriendo y mostrando sus dientes pequeños e irregulares.

Rezumaba amabilidad por todos sus poros.

—Subamos.

Me precedió escalera arriba y entramos en su pequeña y oscura habitación. Nos sentamos en el suelo; Harriet apoyada de espaldas en la cama y frotándose los tostados brazos.

—¿Qué es todo eso del Zar? —me preguntó.

Volví a contarle toda la historia, pero omitiendo el detalle del vino. Era una cosa demasiado buena para arriesgarme a confiársela a Harriet en su actual estado.

Ahora Harriet comprendió la importancia de mis noticias. Se tendió en el suelo, interesada, y agitó las piernas en el aire. Me sentí tan entusiasmada que olvidé su mal humor de antes y le describí el pálido cuello del hombre.

La voz de Harriet subió de tono.

—Probablemente es blanco del todo un poco más abajo. Como si hubiese estado oculto bajo una losa. Es algo que se ve siempre en verano, cuando los hombres se desabrochan la camisa. Su piel es gris.

Ambas nos estremecimos, y Harriet levantó victoriosamente los brazos.

—Este es el color que hay que tener; todo el cuerpo debe estar tostado.

Se sentó y volvió a frotarse los brazos. Pensé que no hubiese debido decir esto. Ella sabía que yo estaba siempre blanca. Incluso cuando quemaba el sol y Harriet adquiriría un fuerte color moreno, yo permanecía blanca.

Harriet se arrodilló en el suelo, sacó una caja de debajo del tocador, la abrió y me alargó el Diario.

—Lo teníamos olvidado —dijo al cogerlo yo—. Y tengo muchas cosas que escribir.

Mientras ella buscaba un lápiz, miré la última anotación. «Ambas leímos *Lost Girl*, de D. H. Lawrence —había escrito yo—. Nos pareció muy bueno y pensamos que los italianos deben ser buenos amantes».

Harriet me dio el lápiz y volvió a tumbarse en el suelo.

—Pon: «Ella ha estado en Gales».

Empecé a escribir, ladeando la cara y procurando hacerlo de prisa y con pulcritud.

—«Ella ha estado en Gales». ¿Qué más?

—Pon: «Yo me quedé sola aquí». —La voz de Harriet quedaba apagada por la alfombra—. Y explica que has intimado más con el Zar.

Siempre era Harriet quien dictaba el Diario y yo quien lo escribía, por si su madre lo encontraba. «Ella lo leería si estuviese escrito por mí —había dicho Harriet—, pero no lo hará si es una escritura extraña». Para mayor seguridad, nunca mencionábamos nombres, y cada cual tenía un pseudónimo.

—«Ella —dictó Harriet— ha hecho un magnífico descubrimiento. Ha conocido a un chico de diecinueve...». No —dijo, sentándose—. Pon «un hombre» en vez de un chico y no menciones la edad. «Tiene los cabellos rubios y parece insensible, pero ella lo encontró muy interesante».

Se levantó y empezó a peinarse delante del tocador, observándose la cara e inclinando los hombros hacia delante para verse mejor.

—Mira —me dijo—. Mira mi labio inferior; lo tengo hinchado.

Antes de que pudiese mirar, se apartó bruscamente y siguió dictando, dándome la espalda:

—«Tiene el labio hinchado y tiene un raro color castaño donde él la besó. También está irritada la piel de su cara».

Lo escribí todo, pero las frases me disgustaron. Y no porque el Diario no contuviese otros pasajes parecidos, sino porque Harriet se divertía dictando y contándomelo al mismo tiempo. Antes, siempre habíamos discutido lo que tenía que ponerse en el Diario, analizado las emociones, buscado en el diccionario las palabras adecuadas y compuesto los párrafos frase por frase.

—Tenemos que ser científicas —había dicho Harriet—. Si no, nos parecerá una porquería cuando lo leamos.

—Sigue —le dije, ansiosa por saber más.

—Un día, nos tumbamos en un campo cerca de una granja...

Yo era incapaz de levantar los ojos y apretaba el lápiz con tal fuerza que me dolían los dedos.

—Sí —dije.

—Él me besó y me hizo daño en la boca; después, puso una mano en mi cuello y... —Se interrumpió bruscamente y se volvió—. Oh, dámelo; esto lo escribiré yo.

Como no podía hacer otra cosa, me quedé sentada observando cómo garrapateaba en la página con expresión abstraída, fruncido el ceño, y el labio inferior ligeramente hinchado. Cuando hubo terminado, cerró el libro y lo metió en la caja que empujó debajo del tocador.

—Lo leerás la próxima vez. No te preocupes; en realidad, no vale la pena. Vayamos a la playa.

—Sí —dije tristemente, y esperé a que se pintase los labios.

Harriet tenía un año más que yo, pero parecía mucho más joven, con las trenzas sujetas alrededor de la cabeza. Yo tenía trece años, pero, por culpa de la permanente y del cuerpo rollizo, parecía mayor al lado de Harriet. Ésta nunca llevaba sombrero, salvo un viejo jipijapa cuando llovía. Al bajar por el camino, volví a sentirme animada. Abracé a Harriet y reí nerviosamente.

—No te burles; él estará allí, como siempre, ya lo verás. ¡Oh, no te rías!

Harriet irguió altivamente la cabeza, miró al cielo y dijo en su tono especial de chica de la buena sociedad:

—No sé qué quieres decir, querida.

Y, mientras reíamos y nos cimbreábamos al andar, vimos al Zar, apoyado en el farol próximo a la verja del pastor, inclinada la cabeza sobre el cuello flaco y descolorido. Tenía el sombrero en la mano.

—Vamos, vamos —dijo Harriet, acercándose presurosa a él—. ¿Qué significa esto? No queremos que nos sigan, ¿sabe?

—Ya está bien, Harriet —dije yo, observando el semblante del Zar, a la vez

divertido y desdeñoso.

Harriet y el Zar echaron a andar juntos y yo les seguí a poca distancia entre los árboles. De vez en cuando oía decir al Zar: «¿Tú crees?», y veía que Harriet sacudía enérgicamente la cabeza. Confié en que estuviesen hablando de mí; pero, de pronto, Harriet salió del sendero, saltó para agarrarse a una rama, empezó a columpiarse y, con el rostro colorado, gritó:

—Tiene diecinueve años.

Me paré y la miré con incredulidad. Sus pies levantados del suelo amenazaban con derribarme.

—Muévete —ordenó—. Vamos, muévete.

Sus pies llegaron a la altura de mi pecho, empujaron, y yo me tambaleé y caí de espaldas, Harriet soltó la rama y se plantó junto a mí, con el vestido arrugado, una trenza un poco fuera de su posición, y el semblante retador.

—Te dije que te movieses; te lo advertí.

Me tendió una mano, pero yo seguí en el suelo, negándome a mirarla.

—Está bien, arisca. —Permaneció un momento indecisa—. Cuando se te pase el enfado, estaré junto a las charcas de los renacuajos.

Entonces me senté y la vi alejarse; empecé a sacudirme las hojitas de pino del vestido.

—Esa chica tiene el genio vivo.

El Zar se había puesto en cuclillas, a poca distancia de mí, y daba vueltas al sombrero entre sus rodillas.

Tuve ganas de replicarle que no sabía de lo que hablaba; que debiera conocer mejor a la gente y no decir que Harriet tenía el genio vivo.

Pero no lo hice. Me levanté, frotándome el lado de la pierna donde se habían pegado unas cuantas hojas de pino y le miré, mientras él se balanceaba sobre los pies como un bailarín. A fin de cuentas, aunque no tuviese diecinueve años como el chico de Gales, tal vez no era tan viejo.

—Vamos, Zar —exclamé—. Vamos a buscar a Harriet.

Pero él sólo se balanceó un poco más y me miró con ojos alegres.

—Quiero decirte algo.

—¿Qué? Yo quiero encontrar a Harriet.

El Zar se levantó y se acercó a mí; yo me volví en la dirección que había tomado Harriet y vi que el sol estaba al nivel de las copas de los árboles y las nimbaba de llamas.

Dios mío (sentí la mano del Zar sobre mi hombro), Dios mío, envíame a Harriet en seguida. Después, me volví para enfrentarme con el tigre. Parecía descolorido, pálida la piel, y sus finos cabellos cuidadosamente peinados hacia atrás. A pesar de toda su elegancia, de su gracioso andar, de su delicada manera de mover la cabeza, había en él una indefinible falta de juventud. Más tarde recordaría el silencio del bosque, la tarde plasmada en un chorro de luz entre troncos de árboles, y el Zar

apoyando su mano en mi hombro. Yo no sabía entonces que le amaba, porque, como escribió más tarde Harriet en el Diario, todavía nos quedaba mucho camino que andar antes de alcanzar el amor verdadero.

El Zar se movió, preocupado, y tomó mis dedos entre los suyos.

—No, no —dijo, a la sombra de los pinos, como si hubiese leído mis pensamientos—. No, hija mía, no.

Y, con un súbito y torpe movimiento, apretó mi cabeza contra su hombro. Me quedé literalmente clavada en el suelo, sin acertar a soltarme, volviendo lentamente la cara para observar el chorro de luz. Después se apartó tan bruscamente que me tambaleé, y se alejó, gritando con su voz aguda y divertida:

—Harriet, ¿dónde estás?

Ella me dijo más tarde que lo había visto todo y que yo parecía muy inquieta, pero, cuando llegamos al borde de la arboleda, estaba sentada muy abajo de la cuesta, dándonos la espalda. Sus trenzas colgaban junto a las orejas; estaba descalza, con los huesudos pies enterrados en la arena. Observó una actitud fría durante todo el rato.

Me senté a su lado y le di un ligero golpe en el brazo, pero ella no me miró siquiera. El Zar se erguía sobre nosotras, le oíamos respirar pesadamente a causa del esfuerzo de la marcha. Yo tenía ganas de gritar, de reír, de revolcarme en la arena, cualquier cosa para sacudirme el tremendo peso de la responsabilidad que sentía. Con anterioridad, este sentimiento había sido siempre ocasionado por Harriet, por algo que ella me había obligado a hacer. Como aquella vez que Harriet había pedido prestada la carretilla al señor Redman y me había paseado arriba y abajo por el camino, gritando: «Sacad vuestros muertos». Yo estaba abrumada y dolorida, pero había sonreído, mostrando mis espléndidos dientes, fuertemente agarrada al costado de la carretilla y deseando morir. Sin embargo, la cosa había terminado al devolver la carretilla a la cochera. En cambio, no podíamos librarnos tan fácilmente del Zar. En definitiva, había de ser yo, y no Harriet, quien pusiese fin a la situación.

Cuando nos dispusimos a escribir en el Diario aquella noche, Harriet me dijo que empezase una nueva página, para que no pudiese ver lo que había escrito ella anteriormente sobre el chico de Gales. Lo que me había dictado sobre el Zar nos pareció a las dos bastante deshilvanado. Pero era difícil expresarlo.

Escribí...

«Creo que el Zar trató de besarme; pero no pasó nada. Ella se ocultó en las dunas y pensó que yo parecía muy inquieta. Hubiese tenido que acercarme más a él; tal vez así no me habría sentido tan estúpida».

Después, Harriet me dijo que escribiese aquella frase sobre el amor y que todavía no lo habíamos probado todo.

Cuando nos dispusimos a bajar al jardín, abrí la puerta y dije en voz baja, por si su madre estaba escuchando:

—¿Qué es lo que no hemos probado aún?

—¡Oh! Muchas cosas. Espera y verás.

Entonces su madre se reunió con nosotras en el portal y nos dirigió unas palabras amables e intrascendentes. Harriet le rodeó la cintura con un brazo y la miró con cariño; pero su actitud resultó poco convincente. Ambas nos esforzábamos en dar amor y confianza a nuestros padres, pero éstos eran demasiado exigentes.

Les di las buenas noches y me encaminé a mi casa, pisando firme y torciendo el cuello para ver mejor las estrellas.

6

—Dime una cosa, querida —preguntó Harriet, rodando sobre su estómago y levantando una trenza para que recibiese los rayos del sol—: ¿es posible que una mujer admita que está celosa de una niña de trece años?

—Supongo que no —dije, no muy convencida—. Pero ¿y si lo admitiese y viniese a mi casa a ver a mi madre? Imagínate el jaleo que se armaría.

Harriet permaneció inmóvil y grave.

—Siempre podrías decir que la señora Biggs está mintiendo. A fin de cuentas, la suya sería una fea suposición.

—Pero mi madre... —insistí—. Todavía no ha olvidado del todo lo de los italianos.

—¡Dios mío! —Harriet se sentó, sorprendida—. De eso hace años. Pudo haber algo de precocidad por nuestra parte, pero todo fue bastante inocente. —Recorrió el campo con la mirada—. ¿No lo fue?

Traté de definir lo que era la inocencia y no lo conseguí.

—No sé si nunca fuimos inocentes.

Confié en que mi voz sonase natural, sin violencia ni pedantería.

—Bueno, fuimos un poco atrevidas al tropezarnos con los prisioneros —dijo Harriet, contrariada—. Pero estábamos terriblemente asustadas. Esto es inocencia. Tú dijiste que no querías volver, y yo fui sola y dije que estabas enferma. ¿Qué te pasó?

Contemplé las amapolas que crecían junto a la valla, los tallos velludos que oscilaban cuando se abría la flor. Cuando sólo estaba el capullo, permanecían erguidos y firmes; pero, al derrochar energías bajo el sol, florecían y se debilitaban. Estuve a punto de decirle a Harriet que sentía algo parecido, pero pensé que sería demasiado vago y sentimental.

—Sólo fui a dar un paseo por la playa —dije, y volví a tumbarme sobre la hierba.

—Hubieses tenido que venir —dijo Harriet—. Fue interesante.

Yo había leído el Diario y sabía que había sido interesante. Pero, en vez de ir, había paseado por la orilla del mar, cogiendo conchas y haciendo rodar melones reventados y mojados sobre la arena.

El día que conocimos a los prisioneros me había sentido inquieta, pero no asustada. Harriet les había hecho preguntas sobre sus familias y su país, y ellos nos habían mostrado fotografías. Plácidas imágenes de hermanos y madres, y una de una chica con una cruz colgando del cuello en una cadena. «Anna-María», había dicho el más joven, señalando la fotografía. «Una chica muy guapa..., como tú», y había sonreído a Harriet. El más viejo era bajito y rechoncho, de nariz recta y orejas menudas y pegadas al cráneo. La última vez que fuimos a su encuentro, la vez que nos vio la señora Biggs, Harriet me dijo que me llevase al gordito a cualquier parte.

Anduve bajo el sol y sobre la arena, con la camisa desabrochada, los brazos levantados, fríos los pies mojados por el mar, deslizando las húmedas plantas sobre el

musgo verde, vivo y ondulante sobre las rocas próximas a los fortines de hormigón; pasando por detrás de las dunas y sentándome, descalza, junto al rollizo italiano. Él me llamó «angelito impuro». Temblores de adolescente, convulsiones de nervios dorados. El dolor del momento, el horrible gozo desatado; esto era inocencia.

Me senté en el suelo y dije en voz alta:

—Recuerda, Harriet, que me llamó «angelito impuro».

—¡Mmmm!

La cara de Harriet, mirando la hierba, se hallaba sumida en un sueño que sólo a ella le pertenecía.

Estábamos en el campo que había detrás de mi casa, resguardadas del jardín, donde se encontraba mi madre leyendo un libro de la biblioteca, por una hilera de escuálidos álamos plantados junto a la valla. Al agitarlos ligeramente el viento pude ver la silla extensible de mi madre, y el problema de la señora Biggs vino de nuevo a inquietar mi mente.

—Harriet. Harriet... Escucha.

—¿Qué?

—Debemos tener mucho cuidado —dije, tumbándome a su lado.

Ella se volvió y su aliento rozó dulcemente mi mejilla.

—De vez en cuando, tendríamos que insinuar que hemos visto al Zar durante el paseo; de este modo, si se presenta la señora Biggs, nuestras mentiras parecerán más plausibles.

—Muy bien —dijo Harriet—. Pero hay que hacerlo discretamente, en tono de conversación trivial. «Oh, la noche pasada vi al señor Biggs; parecía enfermo», o algo por el estilo.

—Y dile que no nos hable en la calle —le advertí.

—No creo que haga falta. —Harriet se tendió boca arriba y se cubrió la cara con un brazo—. Hasta ahora, no ha pasado nada.

Esto me molestó. Él me había relatado toda su frágil historia; me había explicado su boda y sus noches de verano. Junto a las charcas de los renacuajos, me había dicho: «Ella se dará cuenta de que esta noche he sido feliz...». Yo no podía olvidar que él confiaba en mí. Dije en voz alta:

—Tal vez sería mejor terminar con esta aventura, no seguir adelante.

Pero sabía que no podría hacerlo, aunque Harriet me lo permitiese. Un año atrás, el hecho de que me hubiesen llamado «angelito impuro» nos habría dado tema para varios meses. Ahora no era bastante; cada nueva experiencia tenía que dejar una huella de sensaciones más complicada. Para satisfacernos, cada recuerdo tenía que ser más excitante que el anterior.

Al principio no habíamos ido en busca de la experiencia, aunque, ciertamente, no observábamos la actitud acostumbrada en los niños. Nunca jugábamos ni nos comportábamos como compañeras de juego; nunca nos insultábamos, salvo algunas veces en que lo hacíamos deliberadamente para tranquilizar a nuestros padres. Fue

Dodie quien empezó la cosa, al contarnos los buenos ratos que había pasado en su juventud, sin que papá lo sospechase. «Poner cara de buenos amigos», lo había llamado. Y sus historias nos gustaban, nos fascinaban. Entonces nos aficionamos a dar largos paseos por la playa, buscando personas que, por su voluntario aislamiento, debían tener algo que ocultar. Pronto supimos que los que adoptaban una actitud amablemente resignada eran los que más cosas tenían por contar; los volubles y los frenéticos servían de poco. Raras veces iban más allá de compadecerse y de murmurar brutalidades. Al principio, Harriet hacía de inquisidora y yo de espectadora. Cuando interrogaba a los adultos y hurgaba en sus vidas, yo me contentaba con escuchar. Harriet decía que éramos demasiado jóvenes para comprometernos, y que sólo debíamos aprender. Decía que nuestra información era una especie de curso práctico para la vida ulterior: que nuestro objetivo era vivir de segunda mano hasta que fuésemos mayores. Pero últimamente, incluso estando en el colegio y lejos de la influencia de Harriet, yo había continuado el proceso analítico. Se había convertido en un hábito: una investigación constante para descubrir la historia de los profesores, para hacer una selección de las muchachas que pudiesen añadir algo a lo que ya sabía.

Cada vez me divertía menos cuando una chica decía, como en cierta ocasión: «Es muy difícil ser buena, ¿no? Mamá dice que será más fácil cuando sea mayor». Yo pensaba en los pecados de mi infancia: los sombreros perdidos durante los viajes en tren, los guantes olvidados en la iglesia, la negativa a hacer un recado. Pensaba en las cosas que había hecho después, cosas que Harriet y yo no considerábamos extrañas, pero que parecerían barbaridades a aquella niña... y a mi madre. Harriet me decía que, en otros países, en otras culturas, en otros tiempos, tanto pasados como futuros, no seríamos consideradas anormales; pero esto no me consolaba. Estaba separada de mi madre por una pared invisible, por una pared que había dejado de ser hipotética. Ya no volvería a compartir sus pequeñas bromas, ya no volvería a sentarme con ella en el jardín para ver madurar las manzanas y florecer el verano.

Harriet se levantó del suelo y se estiró, alzando los brazos por encima de la cabeza.

—Tu madre nos llama... Supongo que será para el té.

—Ya vamos, mamá —grité.

Saltamos la valla y bajamos por el jardín en dirección a mi sonriente madre. Ésta me dijo que fuese a buscar dos sillas plegables en el invernadero. A través del cristal, observé a Harriet, sentada a los pies de mi madre y mirándola con ojos cautivadores. El olor del invernadero tomó forma y color; el verde frondoso de las tomateras, el rojo terso y brillante de los frutos, el pálido olor gris de las últimas briznas de hierbabuena del año pasado, colgadas de un clavo encima de la puerta. Hacía allí demasiado calor, se respiraba demasiada indolencia para seguir preocupándome de la señora Biggs. Si venía con historias a mi madre y ésta sufría por su causa, la culpa no sería mía. Sin embargo, cuando volví a mirarla a través del cristal y la vi dichosa,

sentada en su silla escarlata, comprendí que la quería más que a nadie y deseé que no tuviese que sufrir.

—¡Date prisa! —me gritó.

Me pidió que me sentase en la silla, pero preferí no hacerlo. Me senté sobre la hierba y empecé a sorber mi té. Harriet la obedeció y, afortunadamente para mí, se puso a charlar por los codos. De esta manera mi silencio no sería tan notorio.

—Sí; ahora me estoy especializando en matemáticas —dijo, mirando directamente a los ojos de mi madre—. Naturalmente, esto no es más que un medio para alcanzar mi objetivo. Ya sabe usted que lo que realmente me interesa es la ciencia.

Una avispa revoloteó indecisa sobre los altramuces, giró suspendida en el aire y se lanzó zumbando sobre las manzanas caídas en el suelo.

—Anoche vimos al señor Biggs. Parecía enfermo, ¿no es verdad? —dijo Harriet, buscando mi confirmación.

—¡Oh! No sé, tal vez un poco pálido... Pero le conozco tan poco...

—Yo creía que erais buenos amigos. —Mi madre llenó de nuevo mi taza y me miró con ojos amables y cariñosos—. Una vez te envió una postal.

—¿Ah, sí?

Miré a Harriet, pero ésta evitó mi mirada. A veces, cuando me sentía alegre y cariñosa, confiaba cosas a mi madre. Generalmente, tenía que lamentarlo después.

Harriet estaba colocando cuidadosamente sus hojas de té sobre la hierba. Levantó la mirada y dijo, muy despacio:

—No me lo habías dicho... Debes tener ya una buena colección.

—¿Una colección, de qué?

—De postales, querida —dijo.

—¿Del señor Biggs? —dijo mi madre, perpleja.

—¡Oh! No seas tonta, Harriet.

Le pellizqué una pierna, furiosa, y la miré con el ceño fruncido.

—Recuerdo las que recibiste de Roma y de Nápoles —siguió diciendo Harriet— y de otros lugares más al norte.

Mi madre la miró y, después, me miró a mí.

—Cállate de una vez y no digas más tonterías.

—Tal vez estoy equivocada —dijo Harriet, con acento contrito—. Tal vez eran de otra persona.

Después de una breve pausa, prosiguió:

—Recuerdo que una vez recibiste una de la señora Biggs.

Casi me eché a reír ante el absurdo de la mentira.

—La encontré en la estación el día en que la echó al correo —dijo Harriet, seriamente—. Y ella me preguntó si eras *Berks* o *Barks*.

—Nunca habría imaginado que la señora Biggs te enviase una postal —dijo mi madre, que estaba pensando en los italianos.

Yo nada podía hacer ahora. Adopté una actitud pasiva y dejé que Harriet me sacase del lío lo mejor que pudiese. Veía la cara de mi madre como a través de un velo. Veía cómo abría y cerraba delicadamente sus hermosos labios, pero no oía el menor ruido en el jardín. Una nube empezó a deslizarse suavemente en dirección al sol. Los macizos de altramuces se habían refrescado ya, invadidos por la sombra; un poco más abajo, la hierba del jardín perdió su brillo mientras yo la observaba.

La sombra subía sin parar sobre el césped, apagando las rosas, el acebo, el manzano pegado a la valla. Sólo mi madre y Harriet seguían resplandecientes en un rincón de luz; después, también ellas fluctuaron, luchando con invisibles postigos, y se volvieron grises. Esperé. La nube se desintegró en el cielo, la hierba recobró su brillo y Harriet quedó de nuevo envuelta en aire cálido.

La puerta de atrás se cerró ruidosamente; la menuda figura de Frances se abrió paso a través del seto de alheñas.

—No hagas eso —le gritó mi madre—. Da un rodeo, querida.

Pero Frances subía ya por el prado, arrastrando el abrigo por el suelo.

—Hola, Harriet —dijo, cortésmente, y se apoyó en las rodillas de mi madre.

Vi que la vecina de al lado miraba desde la ventana de su cocina a nuestro jardín. Debíamos formar un grupo delicioso. El té sobre el césped, la madre rodeada de niños, las claras voces. Al menos, parecíamos reales. Si Harriet y yo estábamos fuera de lugar, no se notaba.

—Haremos una fotografía —dijo mi madre—. Tengo una película nueva en el cajón del comedor.

—Voy a buscarla —dijo Frances, echando a correr.

Al llegar al seto de alheñas, dio un rodeo y corrió sobre las piedras hasta el caminito revestido de cemento. Se asomó a la ventana de la cocina.

—Te figuraste que cruzaría el seto, ¿verdad, mamaíta?

Mi madre sonrió con indulgencia, y Harriet y yo sonreímos también, más aliviadas.

Cuando nos sentamos en la hierba, con Frances entre las dos, deseé por un instante que la cámara no funcionase.

—Levanta la cabeza, Frances.

Mi madre esperó un momento, y oímos el chasquido del disparador.

¿Y si no apareciesen en la foto tres niñas bajo el sol, sino una sola entre dos espectros de infantil sonrisa? Unas caras que se desmenuzarían como migas de pan entre los dedos, con terribles señales de desintegración. Harriet quiso hacernos una foto a mi madre y a mí, pero me negué; en vista de lo cual, colocó a Frances entre las rodillas de mi madre y observó el grupo como un profesional.

—Rodéale el cuello con un brazo —dijo a Frances.

Por fin tendríamos una imagen de todo lo verdadero, bueno y hermoso.

Terminada la fotografía, Frances se arrodilló en la hierba, junto a mí, y me echó los brazos al cuello y frotó su cara con la mía.

—¿Verdad que mañana hay una feria en el campo de Bumpy? Habrá tirovivos y exhibición de fieras, ¿no es cierto? Llévame, por favor.

Mi madre me miró suplicante y, después, a Harriet.

—Llevadla con vosotras. Tiene tantas ganas de ir... Sólo será cuestión de media hora.

—Y luego tendré que marcharme y traerla a casa.

Me enfadé demasiado pronto. Mi súbita irritación hizo que empujase a Frances para apartarla de mí.

Y, cuanto más amable y suplicante me miraba mi madre, mayor era mi enfado.

—No hay derecho. Como tú no quieres llevarla, tengo que hacerlo yo. ¿Y por qué no puede ser ella menos exigente? Yo no suplico nunca que me lleven con otras personas.

—¡Tú tienes a Harriet!

Frances empezó a llorar desesperadamente, presa de un súbito temblor en todo el cuerpo.

Harriet dijo:

—Gracias por el té. Ahora tengo que marcharme. No llores, Frances; te llevaremos a la feria.

Mi madre la miró, agradecida, pero tampoco ahora me hizo el menor reproche.

Al llegar a la verja, Harriet me miró casi con repugnancia.

—¿Por qué eres tan absurda? Está feo que te dejes trastornar por los demás.

Debí parecer casi desesperada al escuchar esto, pero ella adoptó un tono convencional y dijo:

—Hay que elevarse más, querida..., hay que elevarse por encima de estas cosas.

—¿Iremos a la playa esta noche? —le pregunté.

Tres mujeres de busto prominente y sombrero hongo, montadas como pingüinos sobre tres robustos caballos, aparecieron en la esquina. Sólidas y despreocupadas, pasaron ante nuestra verja en un alarde de chaquetas de *tweed* y muslos como guitarras.

Harriet contempló el grupo con gesto reflexivo.

—No; esta noche tengo que hacer algo especial. Mañana te lo contaré.

Y empezó a alejarse despacio, sin hacer ruido con sus sandalias. En el jardín, Frances, olvidado su enfado, reía a carcajadas.

Harriet fue directamente a su casa, en busca de su padre.

Éste era un hombre alto, muy áspero, dotado de un fuerte sentido de la justicia y tremendamente sentimental. Le emocionaba escuchar *Rosas de picardía* o *Hebras blancas entre el oro*. Siempre le estaba hablando a Harriet, con inmensa añoranza, de su juventud y de su hermano William. Por lo visto, su infancia había sido dura. «La crueldad de aquellos tiempos... —solía decir—, la ignorancia...». Por consiguiente, nos sorprendía que cualquier travesura por parte de Harriet, por ligera que fuese, trajese consigo un inmediato castigo físico.

A ella le gustaba ayudarle. Llenar el cubo del agua cuando él trabajaba malhumorado en el jardín, ir a buscarle los cigarrillos que había perdido, complaciéndose en suavizar de esta manera su ánimo irritable.

Aunque era muy severo en lo tocante al trabajo de Harriet en el colegio, y se disgustaba mucho si perdía algún punto en sus calificaciones, en cambio era blando en otros aspectos. En verano, su hija podía volver a casa mucho después de anochecer; podía ir a nadar más allá de la Punta, donde chapoteaban los soldados todas las mañanas y donde las monjas del convento se mojaban tímidamente los pies en el agua mansa por la tarde. Incluso le permitía salir de casa sin desayunar, si se le antojaba.

Harriet preparó el té para su padre, pues su madre se había marchado aquella tarde a la ciudad, y le contó que Frances le había pedido que la llevase a la feria. Le dijo que yo le había gritado a mi madre y que había perdido los estribos. Su padre movió concienzudamente la cabeza y le respondió:

—Yo también era así. Es parte del fenómeno de querer vivir sin guía ni control. Recuerdo que una vez le dije a mi madre, que era mujer de genio vivo, que no debía seguir confiando en mí para entretener a William. «Madre —le dije—, William debe comprender que soy casi un hombre, y acostumbrarse a quedarse contigo». Yo tenía entonces dieciocho años y hacía cuatro que trabajaba, pero ella me largó un sopapo en la cabeza que me hizo tambalearme. Todavía me parece sentirlo. Pero ella tenía razón, ¿sabes?

Harriet fingió que estaba de acuerdo con él y esperó a que terminase sus evocaciones. Después le dijo, como sin darle importancia, que había oído decir que el señor Biggs estaba enfermo.

Su padre se alarmó inmediatamente, viendo peligrar su partido de golf del domingo.

—Llégate a su casa y entérate de si es algo grave —le dijo—. Y procura averiguar si estará repuesto el sábado.

Harriet, satisfecha del éxito de su stratagema, sacó del cobertizo la bicicleta de su madre y pedaleó hasta Timothy Street.

La casa del Zar era un gran edificio de fachada victoriana, con frondosos jardines

delante y detrás. La puerta de la verja era grande y maciza, estaba pintada de negro y era tan alta que resultaba imposible mirar por encima de ella. Aunque estábamos en verano y todavía no eran las seis de la tarde, había luz en la habitación principal, y habían corrido en parte una cortina detrás de los amplios ventanales. Esto y la apretada hilera de acebos hacían necesaria la luz artificial. Era una casa tan descuidada, tan oscura y tan bien construida, tan diferente de las nuestras, pegadas como lapas a lo largo de la calle, que Harriet pensó que la puerta se abriría y giraría sobre sus goznes sin intervención humana. Mientras esperaba, curiosa, a ver si ocurría así, oyó voces que discutían acaloradamente en algún lugar de la casa. Por un momento, pensó que su embuste se había convertido en verdad y que la señora Biggs estaba discutiendo con el Zar, el cual había vuelto enfermo del trabajo. Entonces se dio cuenta de que no era más que la radio y, levantando el picaporte, lo descargó con fuerza contra la puerta.

La señora Biggs, con un jersey color castaño y sandalias como las que llevábamos nosotras, abrió la puerta de par en par y miró fijamente a Harriet.

Después, la guió con una mano por el pasillo, mientras se llevaba la otra a los labios.

—No hagas ruido —murmuró—. Es una obra muy buena.

Como personajes de pantomima cruzando el escenario para incorporarse a una difícil escena de transformismo, entraron de puntillas en el salón.

Harriet se sentó en el sofá, juntando las rodillas; la señora Biggs lo hizo en un sillón, junto a la lumbre, y se inclinó hacia delante, prestando a la radio toda su atención. El reloj de la repisa de la chimenea marcaba las cinco y media, y al escuchar un momento las palabras de la obra transmitida, Harriet comprendió que se trataba de *La hora de los niños*.

Según lo describió más tarde, el salón resultaba opresivo con tantos muebles. Un enorme armario galés contra la pared, con un espejo medio disimulado con adornos azules y dorados; un aparador cerca de la ventana y, encima de él, una figura que blandía una espada y tenía un seno descaradamente descubierto. Lo que más llamaba la atención de aquella estatua, dijo Harriet, no era su descomunal tamaño, sino que tenía el pezón pintado de escarlata. El resto de la habitación era oscuro y cálido. Según lo describió Harriet más tarde, fue creciendo gradualmente, entre ella y la señora Biggs, un seto de hiedra verde. Por entre las hojas, veía a la mujer del Zar abriendo ávida la boca, mientras escuchaba la transmisión infantil. Tenía las manos sobre la falda y las abría y cerraba pesadamente, como si tuviesen sueño, como esas algas rojizas que agitaba la marea.

La señora Biggs tenía la cara grande y seca; claros los ojos y sin relieve; gris y tupido el cabello, enrollado sobre las orejas y el cogote.

—¿Has tomado el té, querida? —preguntó, al terminar el programa.

—Sí, muchas gracias.

La señora Biggs se levantó y atizó el fuego con una barra metálica de cortina; al

inclinarse hacia delante, Harriet pudo ver que tenía gruesos pelos negros en las pantorrillas. La mujer la observaba por el espejo que había encima de la repisa de la chimenea.

Harriet, que gustaba de asumir el porte que se esperaba de ella en las diferentes casas, encarnó ahora el papel de niña mayor en una fiesta de Nochebuena, cruzando los brazos sobre sus incipientes senos, y abriendo, codiciosos, los ojos.

—Mi padre me ha enviado a preguntar si el señor Biggs pasará a buscarle el sábado, como de costumbre. Oyó decir que no se encontraba bien.

La señora Biggs recibió esta noticia con menos sorpresa de lo que ella esperaba.

—¡Oh! Estará en perfectas condiciones para jugar al golf. Que yo sepa, no tiene nada grave.

Su mirada pasó a la mesita que había junto a la lámpara, con su carga de botellas y un sifón.

—Aunque, si se dominase un poco, estaría aún mejor.

Harriet empezó a odiar a la señora Biggs que, sentada descuidadamente allí, con su manchado jersey, hablaba de dominarse.

—Es un hombre débil —dijo la señora Biggs, como excusándose—. Su madre me lo advirtió hace muchos años, pero cuando una es joven no se fija en estas cosas.

Alargó un brazo, tomó una fotografía con marco de plata que había en la repisa de la chimenea y la tendió a Harriet.

—Mira esto.

Era un rostro joven, bastante afable y anticuado, de cabellos untuosos y peinados lisos hacia atrás.

—Es el señor Biggs —dijo Harriet—. No sabía que usase gafas.

—Al hacerse viejo, se volvió presumido. Tiene que forzar continuamente la vista, pero no quiere ponerse las gafas.

Su cara empezó a cambiar de expresión: quería que Harriet se largase. La impaciencia nublaba sus ojos, y sus manos se agitaban sobre la falda. Pero Harriet no quería irse. «Sabía que ella deseaba que me marchase —me dijo—, y esto me obligaba a no hacerlo».

Sosteniendo tercamente la fotografía, trató de descubrir en ella algún débil rastro del Zar que conocíamos. Advertía el estado de la señora Biggs, inquieta y súbitamente cansada, en su sillón junto al fuego. Las voces de la calle hacían que el salón pareciese aislado y retraído.

Al mirar de pronto a la señora Biggs, observó una expresión apenas definida en los ojos claros de la mujer; una especie de malicia o de tristeza, completamente inconscientes.

—¿Cómo está tu amiguita? —preguntó la señora Biggs—. La gordita. ¿Le prueba ese colegio?

—Sí, gracias. Creo que sí.

Harriet se levantó, dejó al joven Zar sobre la repisa y se volvió para marcharse.

Hacía fresco en el zaguán. Al abrirse la puerta que daba al jardín, apareció un cielo pálido y desvaído. El acebo próximo al portal se estremeció y sus hojas verdes se clavaron como dardos en el aire tibio. La señora Biggs esperó a que Harriet terminase con éxito su maniobra de salir a la calle en su bicicleta. Le dirigió una débil pero amistosa sonrisa, y entró en la casa. Después cerró la puerta.

La noche siguiente, cuando nos dirigimos al campo de Bumpy llevando a Frances entre las dos, Harriet me contó su visita a la casa del Zar.

Teníamos que andarnos con mucho cuidado, pues Frances podía repetir lo que oyese; pero, como ella se nos adelantaba continuamente, impulsada por su afán de llegar antes a la feria, pensamos que había poco peligro de que comprendiese una conversación tan desarticulada como la nuestra.

—Me habría gustado ver la fotografía —dije a Harriet.

En realidad no era sincera, pues, aunque consideraba que Harriet había sido audaz y astuta, casi la odiaba por apretarle de tal modo las clavijas a la señora Biggs. Me imaginaba el corazón de aquella mujer puesto al descubierto, y fríamente disecado el tumor canceroso de su amargura. En cuanto a la fotografía, tenía tanto del Zar como yo de la frágil niña de oro que habría querido ser.

Harriet soltó una carcajada.

—Te llamó fornida, ¿sabes? «Tu amiga, la gordita», me dijo.

De pronto, tuve miedo de que la señora Biggs me describiese en estos términos al Zar. Tal vez él no se había dado cuenta y, alertado por la observación de su esposa, se volvería un día a mí, en el atrio de la iglesia, y me diría: «Eres fornida, ¿eh?».

Frances volvió corriendo y, saltando sobre un pie, se agarró con ambas manos a mi brazo.

—Desde aquí se oye la música —dijo.

Un poco más allá de la fábrica de papel, y entre una serie de casitas, estaba el campo de Bumpy, lleno de ruidos y de música militar.

A pesar del estruendo del altavoz y de los gritos de entusiasmo de Frances, oí decir a Harriet:

—Sentada allí con ella, no dejé de pensar en Gales. No en el chico de los cabellos rubios, sino en el país. Me parecía verlo.

—Tal vez él estará aquí —dije, pensando en el Zar, al doblar un recodo del camino que conducía al campo de la feria.

Un hombre en mangas de camisa e indiferente a la lluvia se hallaba sentado en un taburete de tres patas, delante de una mesita. Nos dio las entradas sin dejar de mirar el periódico que estaba leyendo, y lo agitó ligeramente al apoyarse Harriet en la mesa con demasiada fuerza.

—No hagas eso —la reprendí, esperando que el hombre levantara la cabeza y me diese a entender, por su expresión, si me consideraba gorda.

Pero él no se fijó en nosotras, sino que siguió sentado, cabizbajo y leyendo su periódico, mientras la lluvia pegaba sus negros cabellos como un gorro sobre sus

orejas.

Pequeñas ráfagas de viento formaban remolinos en el campo. El aire estaba lleno de alientos entrecortados; niños y niñas chillaban al unísono, agarrados a las rayadas barras de los tiovivos, girando y girando sobre caballitos pintados.

El campo parecía pequeño, limitado por los árboles, las casitas y los rojos ladrillos de la fábrica de papel. Era como un pañuelo de hierba extendido bajo el húmedo cielo, rasgado en el centro por dos máquinas que temblaban y giraban y lanzaban frágiles barquillas al aire.

A la luz del día, nada de aquello resultaba excitante; incluso Frances debió sentirlo así al subir lentamente al tiovivo y mirar indiferente a su alrededor, esperando que los caballitos se pusiesen en movimiento. Cuando al fin lo hicieron, con una sacudida que la obligó a agarrarse a la barra, no chilló, sino que sólo lanzó un apagado «¡Oh!» de sorpresa.

Harriet y yo no queríamos hacer nada de momento, preferíamos guardarnos el dinero para cuando hubiésemos llevado a Frances a casa y cayese el crepúsculo sobre el campo. Pero resultaba irritante estar allí plantadas y azotadas por la llovizna.

Yo había tratado de hacerle ver a mi madre que era horrible ir a la feria tan temprano, que pareceríamos un par de tontas en medio de tantos críos. Lo que no podía explicarle era que, al anochecer, una nueva calidad transformaría la feria en un oasis excitante, en un lugar de misterio y de delicias, poblado de soldados del campamento y de muchachas de cara lozana y pañuelo en la cabeza que marcharían en extrañas formaciones arriba y abajo, enfrentándose desafiadoras, sin decir palabra, pero con ojos brillantes bajo las afiladas estrellas. No podía explicarle que, de pronto, se encontrarían aquellas filas y se mezclarían en un complicado rito de selección; y se emparejarían las chicas y los soldados, para encaminarse despacio al extremo del campo y retozar al pie de los setos llenos de moras.

Entonces sería cuando Harriet y yo subiríamos al tiovivo y giraríamos en medio del campo y gritaríamos a los más alejados rincones de la feria, oyendo en nuestras voces el eco apagado de las otras, de aquellas bocas juntas y rezumantes bajo la lluvia.

Frances saltó delicadamente al suelo y se tambaleó sobre la hierba. Agitó los brazos exageradamente, como aspas de molino.

—¡Qué mareada estoy!

—¿Qué quieres hacer ahora? —le preguntó Harriet—. ¿Montar otra vez en el tiovivo, o subir a los aviones?

Frances contempló reflexivamente las barquillas amarillas sujetas a barras de acero, una encima de otra. Se elevaban lentamente, como cangrejos, y caían de golpe, giraban sobre la hierba y volvían a subir.

—Creo que no.

Hurgó en el húmedo suelo con el zapato y miró en otra dirección.

—Iré contigo —le dije y, asiéndola de la mano, nos dirigimos a la taquilla.

Me entristecía su desilusión, su incapacidad de divertirse a fin de cuentas. La emoción de la feria que se había imaginado no había llegado a materializarse. Frances volvía a plegarse sobre sí misma y se limitaba a cubrir educadamente las etapas de algo que debió ser maravilloso.

Ya en la barquilla la así fuertemente del brazo, fingiendo miedo, chillando al precipitarnos sobre el suelo, nuestras cabezas colgando sobre el borroso campo.

Ahora empezó a reír, y cuando todo hubo terminado, me suplicó que nos quedásemos un poco más, saltando excitada en su asiento y diciendo:

—Hagamos otro viaje. ¿No es horrible?

La máquina tembló, el altavoz entonó vigorosamente la marcha de *Los soldados de la reina*, y de nuevo subimos hacia el cielo. Yo no estaba segura de que Frances estuviese realmente excitada; tal vez, como hacía yo por ella, reía y se esforzaba por complacerme. Quizás había estropeado yo su diversión el día anterior, en el jardín, cuando había dicho que no quería llevarla conmigo.

Y así, engañándonos mutuamente, subimos, bajamos, chillamos y, desalentadas al fin, nos tambaleamos un poco al pisar de nuevo el suelo.

Oscurecía sobre los frondosos árboles, luces multicolores empezaron a parpadear en toda la feria. Una sarta de perlas, colgada desde el techo de la furgoneta de la dinamo hasta la cima del tióvivo, brilló pálidamente sobre el cielo.

Yo deseaba que Frances volviese a casa cargada de regalos, tal como dicen los libros de cuentos: los tradicionales premios de muñecas con cabellos de oro puro, y perritos, y una caja de bombones para mamá. Pero no ganamos nada y, si lo hubiésemos hecho, los premios eran de una naturaleza tan práctica y utilitaria que nos habríamos avergonzado de llevarlos a casa. Por último, le compramos uno de esos dulces de azúcar que parecen de algodón, el cual oscilaba frente a su boca como una fina niebla, y la llevamos a casa.

Mamá recibió a Frances con los brazos abiertos, gruñó un poco al tocar sus mojados cabellos y fue inmediatamente a buscar una toalla en el cuarto de baño para enjugar precavidamente la cabeza de la niña.

En el salón hacía calor. Las cortinas estaban corridas y las flores proyectaban afiladas sombras sobre el mantel. Mi padre se echó atrás en su sillón y nos miró a través de sus gafas sólidamente reforzadas en el puente con cierto pegamento.

Casi tuve ganas de quedarme con ellos, en vez de volver alocadamente a la feria con Harriet.

Me incliné para besar a mi padre en la frente. Después, me volví para abrazar a mi madre, pero ésta se hallaba amorosamente enlazada con Frances y no supe qué hacer.

—No tardaré —les prometí, abriendo la puerta aliviada y echando a andar por el pasillo.

—Ponte esto.

Mi padre estaba detrás de mí, con una bufanda entre las manos. Me envolvió el

cuello con ella, mientras escrutaba mi rostro con ojos patéticos. También él tenía miedo y no sabía muy bien cómo guiarme. Su cara, incapaz de transmitirme su experiencia, aparecía contraída y solemne. Corrí a reunirme con Harriet en la verja, atenazado el cuello por la bufanda.

Ahora hacía mucho frío. El viento que soplaba del mar barría confusamente la música de la feria, de modo que a veces sonaba con fuerza, casi delante de nosotras, y otras lo hacía muy lejos y débilmente, más allá de las casas.

El campo estaba lleno de gente. Enjambres de soldados, como abejas obreras, subían y bajaban sobre el suelo ondulado del tiiovivo. Las chicas, cogidas del brazo, sus bocas como flores purpúreas bajo la luz artificial, andaban con parsimonia palaciega para llamar la atención. Una voz ampliada por un altavoz cantaba: «Tu madre lloraba, tu padre lloraba, yo lloraba también». Habría sido divertido oírlo, pero aquella voz tenía una insistencia tan atronadora y turbadora, y era tanta la fuerza con que invadía el campo y dominaba el viento, que adquiriría proporciones trágicas.

Montamos en el tiiovivo, chillando entre los caballos pintarrajeados, rodando sin parar, esperando que llegase el Zar. Pero cuando llegó, y Harriet me gritó: «Ya está aquí, hermanita», no le reconocí, tan deformada aparecía su cara por la luz.

Me quedé mirando fijamente el enanito encorvado en que se había convertido, su frente como una pálida cúpula, la sonrisa que torcía la negra boca en un gesto burlón y extraño. Cuando avanzó a nuestro encuentro, pareció feamente abultado bajo la ringlera de bombillas, mientras su impermeable aleteaba como un sudario a impulsos del viento.

—Hola —dijo, escrutando mi cara con ojos fríos.

Harriet se alejó, dejándome a solas con él.

Ambos sentíamos que el hecho de pasear juntos, peligrosamente, en un mundo de feria, estaba absolutamente fuera de lo normal, y que no debíamos perdernos nada. El Zar ganó una mantequera de cristal en la tómbola y se la metió en el bolsillo con gran satisfacción, sonriéndome amablemente.

Caminamos campo abajo, sumiéndonos en la oscuridad. A nuestros pies, sobre la hierba mojada, entre cascotes y botes de hojalata, había reflejos de luz, fragmentos de cristal azules, amarillos y anaranjados —no lo bastante grandes o tangibles para llevarlos a casa y ver lo que eran— convirtiendo el mundo en oro.

Un alegre grupo de muchachas se cruzó con nosotros, inclinadas las cabezas bajo la lluvia, ligeramente abiertas las flores de sus labios, esquivando los charcos con delicados saltos. Y no quedó nadie en todo el campo, salvo nosotros, bajando por la avenida flanqueada de atrevidas lucecitas, caminando desolados. Al andar sobre la hierba, sin nadie que nos llamase para la cena, nos fuimos quedando abstraídos. Ningún vozarrón nos ordenó, severo: «¡Volved atrás! ¡Deteneos!». Ningún vendaval sopló a nuestra espalda para separarnos. En un silencio limitado por el triste gemido de la voz que cantaba ahora cansadamente sobre los susurrantes árboles, el viejo besó mis labios, aplicando los suyos sobre ellos, de un modo bastante frío y vulgar.

Después, volvimos al ruido y a la confusión, sin rezagarnos con añoranza, sino a paso vivo.

Yo no sabía qué pensar de aquello. No me habían besado muchas veces, pero Paul Ricotti había estado a punto de devorarme, y un chófer de camión a quien habíamos conocido Harriet y yo en una excursión, casi me había derribado con su furia. Ambos episodios habían sido divertidos; en cambio, el beso frío y calculado del Zar casi habría podido dármele mi padre, si no hubiese sido tan triste.

Busqué a Harriet entre la muchedumbre y la encontré cerca de la tómbola, balanceándose sobre los pies y rodeando la cintura de un soldado con un brazo.

—Es muy tarde, Harriet. Volvamos a casa, por favor.

Ahora estaba cansada y sentía frío. Ella se volvió hacia mí con expresión tan furiosa bajo las luces de colores que fui incapaz de devolverle su mirada.

Una vez, hacía de esto mucho tiempo, nos habíamos tropezado con el jardinero en Rhododendron Lands; éste nos había dicho que estábamos invadiendo una propiedad privada y nos había pedido el nombre y la dirección. Harriet, encendido el semblante por una emoción casi diabólica, le había maldecido terriblemente, retrocediendo un poco entre los arbustos, como para evitar todo contacto con él, pálida de ira y vomitando insultos. El hombre, asustado por su actitud, se había vuelto a mí, con expresión lastimera.

—Sólo cumplo mi deber, señorita. Es lo que me ordenan que haga.

Harriet temblaba y me gritó con voz ronca:

—No le hables. No hables con ese cerdo.

Al volver a casa, estaba absolutamente tranquila y parecía haber olvidado el incidente.

Por esto vacilé ahora, incapaz de discutir con ella y temerosa de sus arrebatos. Aunque parecía más joven que yo, se daba por sentado que no me incumbía cuidar de ella; era Harriet quien decidía siempre nuestras acciones y quien me decía lo que tenía que escribir en el Diario.

Di media vuelta y salí del campo, esperando que ella me seguiría.

No vi al Zar por parte alguna, y, aunque me entretuve un poco delante de la fábrica de papel, ni él ni Harriet vinieron a mi encuentro.

Todo mi gozo se había desvanecido. Caminé tristemente calle abajo, luchando contra un sentimiento de culpabilidad. Concretamente no había hecho nada malo, no había incurrido en ningún pecado que no hubiese cometido otras veces. Ni siquiera había mentido a mis padres. Había salido de casa con su aprobación; la bufanda que rodeaba mi cuello, ahora húmeda y pesada, era buena prueba de ello. Sin embargo, aquel sentimiento de inquietud seguía royéndome por dentro. Apreté el paso, medio temiendo que mi padre estuviese en la esquina de la calle, enfadado y preocupado por mi tardanza en regresar.

Pero no había nadie en la calle y, ya dentro de casa y habiendo dejado fuera la oscuridad, mis padres me recibieron amable y distraídamente, y sólo fruncieron un

poco el ceño al ver mis ropas mojadas y mi cansado semblante.

Me senté a beber leche caliente junto al fogón de la cocina, pensando en Harriet y en el Zar, que seguían girando en la oscuridad infinita del otro lado de la ventana.

A la mañana siguiente, en el momento en que acababa de desayunar, oí a Harriet que silbaba en la calle.

Mi madre dijo severamente, mientras yo secaba los platos:

—No vas a salir hasta que me hayas ayudado un poco más. Esa chica es una lata. —Tuve la impresión de que les era infiel a las dos—. Está llamando continuamente. Apenas te he visto en todas las vacaciones.

En cuanto pude, corrí a la puerta y miré al jardín. Harriet estaba pacientemente apoyada en la verja, descansando la cabeza sobre el borde de madera y balanceándose hacia delante y hacia atrás.

—Harriet —le grité—, nos veremos en la biblioteca dentro de una hora. Y ahora, vete.

El día era claro y tranquilo, sin el menor rastro del mal tiempo de la noche anterior. Harriet, vestida de azul y con jersey, se alejó en silencio entre los jardines llenos de capullos.

Mientras me encaminaba majestuosamente a la biblioteca por la calle comercial, todo el mundo empezó a interesarse por mí y expresarme su opinión sobre mi estatura y mi peso. Yo les contestaba con suma cortesía, con una voz que repicaba como las campanillas de las máquinas registradoras.

Harriet me dijo, sorprendida:

—Eres terriblemente amable y bien educada. Mira que hablar incluso con esa horrible señora Heatherlee, después de todo lo que dijo sobre los judíos.

—Está bien —dije, dolida—. A la larga, esto facilita las cosas. Diplomacia, ¿sabes?

No era cierto. Aunque yo hablara amablemente con todos, era a Harriet a quien apreciaban de veras. Incluso la señora Heatherlee, que al referirse a ella la llamaba «esa horrible criatura», le había regalado chocolate en la abacería.

Harriet había contado una vez al mozo de la estación, Disraeli, que el Día de la Victoria la señora Heatherlee había tenido a siete mujerzuelas en el patio de atrás de su casa, y que las había oído jugar alrededor de la leñera, gritando: «¡Vieja y querida Freddie!». La hija de la señora Heatherlee, Margaret, estaba en el andén a pocos metros de distancia y lo oyó, pero, aun así, había prestado a Harriet un libro titulado *The Dimsie Omnibus*.

—¿Qué fue del *Dimsie Omnibus*? —dijo de pronto Harriet, relacionando lógicamente aquella ocasión con la elegante señora Heatherlee, que se metía ahora como un topo en su cochecito negro.

—Tú lo quemaste —le respondí malhumorada, entrando en la biblioteca.

—¿Sabes a quién vi anoche?

—A Charlie Chester.

—En serio —dijo Harriet—. Al salir de la feria con aquel soldado, poco después

de marcharte tú, me encontré con la señora Biggs, plantada en el pavimento. Terriblemente mojada, sin sombrero, con los cabellos grises cayendo sobre sus hombros, y esperando al Zar.

—¿Qué te dijo?

Recordé que Harriet no sabía aún que él me había besado.

—Me dijo «hola», como si hubiese estado en las carreras, tratando de fingir que estar plantada en la calle en una noche de lluvia era para ella cosa acostumbrada. Me dio lástima y le dije que había visto al Zar en la feria, hacía sólo un momento. «Lo sé —me respondió—; olvidó algo». Estuve a punto de decirle: «A usted», pero no lo hice, y me alejé con mi soldado. ¿Sabes que éste me ofrecía su paga si quería meterme con él entre los arbustos? ¡Con aquella lluvia! Son graciosos.

—Harriet. —Una impresión de pánico y de desesperación se había apoderado súbitamente de mí—. Por favor.

Me miró a la cara, asombrada, incapaz de comprender inmediatamente.

—Vamos —dijo suavemente, poniendo un libro en mi mano y juntándose a mí para servirme de pantalla.

Las lágrimas rodaban lentamente por mis mejillas. Me dolía el deseo reprimido de aullar como un animal herido, de lanzar graves gemidos que aliviasen mi angustia. Pero guardé silencio, llorando sin parar, llena de aflicción, sin saber por qué.

Harriet recorrió con la mirada el pasillo que formaban las estanterías.

—Procura calmarte. Puede venir alguien.

Esto no me importaba, pero traté de sofocar mi llanto porque ella me lo pedía, frotándome convulsivamente los ojos con la mano.

Salimos de la biblioteca, ocultando Harriet mi estropeado semblante, mientras hablaba rápidamente y a voces. No nos detuvimos hasta llegar al parque desierto y sentarnos sobre las altas hierbas próximas a los lavabos públicos.

—Bueno —dijo Harriet—, ¿qué pasó anoche?

—Me besó.

Mi voz era espesa y sofocada. Sonó grave e imponente, pero las palabras parecieron triviales.

—¿Y bien?

—No es por esto. Me he sentido triste de pronto. Ella, plantada bajo la lluvia, tú con un soldado, yo en la cama, y el Zar perdido y lejos de todos.

—¡Oh!

Harriet parecía enojada, arrancando hierbas con dedos nerviosos, golpeando el duro suelo con la mano.

—No veo que haya motivos para llorar —añadió—. A menos que te sientas sentimental.

Aunque no era verdad, casi creí que esta vez no podía comprenderme, que su experiencia y la mía no habían avanzado hasta el mismo punto.

—Es triste —dijo Harriet—, pero no hay para tanto. Si a él le gusta divertirse

contigo, y a ella le gusta seguirle y atormentarse, echa la culpa a su estupidez. Desde luego, es triste; pero es mejor esto que nada para los dos.

La palabra «divertirse» me causó un intenso dolor. Las lágrimas volvieron a asomar a mis ojos, esta vez al compadecerme de mí misma, y todo el parque pareció flotar en una enorme burbuja de humedad. Lloré en silencio.

—No seas absurda —dijo vivamente Harriet—. Esto nunca ha sido fácil, deberías saberlo. En Gales...

Se interrumpió de pronto.

—Si realmente amaras al muchacho de Gales, realmente y de verdad —dije, irguiéndome irritada y recordando la página del Diario que no me había permitido leer—, no podrías salir con cualquier otro. Esto también es triste.

Harriet se volvió a mirarme, sorprendida e incrédula.

—Yo no le amaba. Nunca lo dije. Eres tonta. Y esto es más triste que todo lo que he visto hasta hoy.

Desdeñoso el semblante, se levantó, cruzó los brazos y me miró desde arriba con expresión burlona.

Empecé a sentirme mejor. El enojo de Harriet era siempre preferible a su compasión, y el hecho de que, a fin de cuentas, no se hubiese enamorado del chico de Gales era, por sí solo, un acontecimiento dichoso. Me enjuagué la cara con el dobladillo del vestido y dije alegremente:

—Tienes toda la razón; fue sólo un momento de sentimentalismo. Ahora me siento mejor.

Mientras volvíamos a casa, estuvo pensativa. Habló poco, y sus párpados se fruncían a menudo con gesto de concentración. Yo habría podido atribuirlo a los fuertes rayos del sol, pero la conocía demasiado bien para engañarme. Se detuvo ante el portal de mi casa, exploró la agrietada pintura con los dedos y me dijo:

—¿Podrías estar delante de casa poco después de las nueve? Tengo un plan.

Pensé que era demasiado tarde para emprender alguna aventura y así se lo dije.

—Como gustes —dijo ella, abriendo los ojos, con aparente falta de interés.

Aquella noche, minutos antes de las nueve, me hallaba ya esperando delante de su casa, sentada en el bordillo. Me sentía cómoda y tranquila, sin hacerme preguntas ni sentir siquiera curiosidad, sólo esperando a Harriet. Todo estaba en silencio, todo era similar, todo contribuía a la calma: la hilera de casitas idénticas, de rojos ladrillos; las chimeneas de una ciudad de juguete, como tapones de corcho ahumados apuntando a un cielo incoloro. El decoro dominguero envolvía la calle en un velo de silencio y de respetabilidad. Detrás de las cortinas de encaje había familias reunidas en amable compañía, seguras en sus cajas de ladrillo sobre cuadrados de césped.

Cuando apareció Harriet, quedó destruida la paz de la noche. Bailaba con tremenda energía sobre el pavimento, alocados e inquietos los ojos, agitada e impaciente su figura delante de mí.

—Todavía no ha oscurecido bastante —dijo, deteniéndose un momento y

contemplando el cielo.

Esperó indecisa, y luego tiró de mí para que me pusiese en pie, sacudiéndome hasta que protesté:

—Basta. Harriet. Me haces daño.

Siguió apretando mi brazo, su cara muy cerca de la mía, irisados y salpicados de manchitas sus ojos claros, entreabierta la boca, apretados los dientes menudos. De pronto, me soltó y echó a andar calle abajo. Tuve que correr para alcanzarla, pues caminaba con varoniles zancadas, dejando atrás las verjas pintadas de verde y los setos más oscuros, mientras el dobladillo de su vestido oscilaba sobre sus rodillas y proyectaba sombras en las finas piernas.

Aflojó el paso cuando salimos a Timothy Street, y seguimos andando despacio, calle abajo. Una imagen confusa de bordillos tapizados de hojas, y de ventanas de diamante que reflejaban la luz; altas y melladas cercas de alheñas amarillentas, y una larga avenida de casas grises, con esbeltos árboles que susurraban al rozar sus muros.

Harriet se detuvo delante de la alta y negra puerta, reflexionó un momento y echó a andar por el sendero que conducía a la parte trasera de la casa. Había una zanja a un lado, la valla de madera de la casa del Zar al otro, y, al final, un campo. Entramos en éste sin hacer ruido, caminamos junto a la cerca del jardín de atrás y nos detuvimos de nuevo frente a una puerta más pequeña. Harriet la empujó cuidadosamente, entró y se volvió a mirarme, sin sonreír. Yo no podía moverme. Todo era silencio en el campo, y las vallas traseras de las casas de Timothy Street se estiraban en una empalizada interminable sobre la hierba. Paredes grises se elevaban detrás de los cercados. Cortinas como párpados caían sobre ventanas, a oscuras.

Era casi noche cerrada cuando entré en el jardín, dejando la puerta abierta para escapar rápidamente en caso necesario. El jardín estrecho y largo de detrás de la casa estaba salpicado de árboles frutales. Un cuadro de coles floridas exhibía sus monstruosas cabezas, hinchadas y algo mustias, sobre el suelo amarillo. Ningún ruido en parte alguna. La casa, inmóvil al fondo del jardín; la ventana de la cocina, pequeña y cerrada.

Si nos pillan, pensé, diremos que se nos cayó una pelota aquí. Si nos pillan, diremos esto. Si nos pillan...

Empezaron a encenderse luces en las casas. Al acercamos a la del Zar, proyectamos enormes sombras sobre la hierba. La de Harriet se alargó más, se dobló y se disolvió en la pared. Ahora estábamos sobre una franja de cemento, frente a la puerta de atrás, y no se oía el menor ruido.

—Cuando sea completamente de noche, iremos por el sendero hasta el jardín de delante —murmuró Harriet.

Estábamos pegadas a la pared, respirando en silencio. Yo tenía contraída la garganta, por miedo a soltar la risa. Esperamos un buen rato. La oscuridad invadió el campo y el jardín, avanzó hacia nosotras por un camino de árboles y hierba. Nos detuvimos al final del túnel, apoyando pacientemente las manos en la pared.

Harriet se movió en la noche y me tocó el brazo.

—Ahora —dijo.

Y avanzamos de puntillas junto al muro, hacia la parte delantera de la casa. Una luz iluminaba el jardín. Murmuraban unas voces en la estancia principal, y nosotras esperamos fuera del triángulo de luz anaranjada. Deberían correr las cortinas, pensé. Deberían correr las cortinas. Oímos claramente la voz del Zar que decía: «No, gracias», seguida de un ruido de platos al ser retirados de la mesa.

Después corrieron las cortinas detrás de las ventanas, y sólo una fina cinta de luz quedó sobre la hierba, un trazo largo que dividía la oscuridad. Harriet se dirigió a la ventana más alejada, cortando el filo de la luz al cruzar el prado.

Yo me quedé donde estaba, esperando que Harriet volviera en seguida y me dijese que podíamos regresar a casa. Oí un grave siseo que pareció llenar el jardín y me acerqué a Harriet, llena de miedo.

—No hagas ruido. Te van a oír.

Ella estaba delante de la ventana, mirando a través de una rendija de la cortina. Miré a mi vez a través del cristal. La señora Biggs estaba sentada directamente delante de mí, vueltos los ojos en mi dirección, abriendo y cerrando la boca sin hacer ruido. Me agaché rápidamente, tirando de la cintura de Harriet.

—Me ha visto. Me ha visto.

—Es imposible.

Harriet se apartó de mí y volvió a mirar a través del cristal. Yo apreté la cabeza contra la tosca pared, impresionada por la imagen de la señora Biggs detrás de la ventana, por su pesado cuerpo erguido en su sillón, arqueadas las cejas, mirándome fijamente. ¡Dios mío, Harriet! ¡De prisa, por favor! Harriet se inclinó hacia mí.

—Mira. No hay ningún peligro.

—Por favor, Harriet, vayámonos de aquí.

—¡Tonta! Míralos.

De mala gana, ocupé su sitio y registré la habitación. La señora Biggs estaba inclinada sobre la radio, embutidas las caderas en una falda de *tweed* gris. El Zar estaba en el sofá, oculta la cara detrás de un periódico, cruzadas elegantemente las piernas, balanceando su pequeño pie. Después, dejó el periódico y meneó la cabeza. Tenía el semblante mustio y cansado, malhumorada la boca, lastimosamente arrugada la piel debajo de los ojos.

Sentí el cálido aliento de Harriet rozando mi cuello. Se había inclinado pesadamente sobre mi hombro, apretándose el brazo. La señora Biggs cruzó la estancia y se sentó en el sofá, al lado del Zar. Suspendidos en un arco de luz, como posando para la posteridad, permanecieron sentados, mirando al jardín: el Zar balanceaba delicadamente el pie, arriba y abajo, flácidas las manos sobre los muslos. Me intrigaba la serenidad de ambos, la relación que les mantenía un poco apartados, entre unos muebles que habían elegido juntos. La señora Biggs se acercó, más al Zar, sin dejar de mirar el fuego, y apoyó la cabeza gris sobre su hombro. Él pareció

encogerse, hundirse en el sofá; levantó la cara inexpresiva, mirando al techo, y se tensó el pliegue de piel de debajo de su mandíbula.

La señora Biggs empezó a golpearle la rodilla con su mano blanca y gordezuela, siguiendo el compás de la música, dejando resbalar su cabeza sobre el brazo de él y cerrando los ojos para resguardarlos de la luz. Abrió la boca, pero no pudimos oír lo que decía, y el Zar rebulló en su asiento y le habló. La señora Biggs se levantó de pronto, y Harriet me obligó a agacharme sobre el macizo de flores, al pie de la ventana. Respiramos hondo, atemorizadas, arrodilladas sobre el húmedo suelo.

Cuando volvimos a mirar, la habitación estaba sólo iluminada por el fuego de la chimenea. Éste se reflejaba en la oscura pared opuesta. El guardafrenos de cobre brilló un instante como una estrella, pero el sofá se había metido en la sombra.

—¿Qué ha pasado? —murmuró Harriet—. ¿Puedes verles?

En aquel momento una masa negra y confusa surgió y se arqueó a la luz del fuego. Una cabeza gris pareció olfatear el brazo del sofá. Dos piernas azotaron el aire. Una mano, llena y redonda, agarró el borde de la alfombra.

El fuego se avivó de pronto en el hogar, y surgieron unas llamas en la oscura estancia, iluminando el sofá. Bajo la monstruosa carne de la señora Biggs, el Zar yacía clavado como una mariposa en el diván, perforando el aire con las huesudas rodillas, separados los muslos para recibir la enorme mole de la mujer. Yo no podía respirar. Me invadían oleadas sucesivas de miedo y de gozo.

Como una serpiente untuosa, atacando y retorciéndose, la señora Biggs le envenenaba lentamente, encabritándose y cayendo convulsivamente sobre él. Después, su cuerpo se estremeció ligeramente y quedó inmóvil. Indiferente a la mujer tumbada encima de él, el Zar yacía como muerto, inmóvil y flácido, fijos y muy abiertos los ojos, atravesado en un acto de contrición. La mujer rezumaba un amor total, derregadas las rudas caderas, mientras su carne tornasolada absorbía virtud del cuerpo que tenía debajo.

Nunca, nunca, nunca —latió mi corazón en el jardín—; nunca, nunca. Golpeando puertas invisibles que producían dolores de agonía en mis muñecas y hacían disolverse lágrimas no vertidas dentro de mi cabeza, me acurruqué junto a la ventana, impotente, incapaz de moverme.

Al cabo de un rato, de un largo rato, se encendió la luz en la estancia. El Zar se sirvió una copa, de espaldas a la ventana. La señora Biggs, sentada en su sillón junto a la chimenea, tenía una revista sobre la falda y movía los labios al leer, firmemente apoyados en la alfombra los pies calzados con sandalias. Todo volvía a ser igual: el fuego que ardía plácidamente, el charco de luz alrededor del sofá y de la mesa, las flores sobre la repisa del hogar. Ningún cambio en la cara sensible de la mujer, ninguna transfiguración de gozo o de ventura; y los ojos del Zar, al volverse hacia la ventana cuando pasó a un lado de la chimenea, estaban secos y vacíos.

—Es inútil —dijo Harriet.

Su voz sonó demasiado fuerte en el jardín. Me volví, atemorizada.

—Vámonos, Harriet.

Aún no había terminado de decirlo, cuando ella levantó la mano y dio unos golpecitos en el cristal. Yo eché a correr sobre el césped y por el sendero del lado de la casa. Sentía envidia al correr entre las altas hierbas. Sentía envidia de Harriet, porque, a pesar de que me había asqueado lo que acababa de ver, no me había atrevido a protestar. Por muy trastornada o furiosa que estuviese, nunca conseguiría hacer lo que ella había hecho. Mi imaginación podía rebosar de sueños de lucha contra la estupidez y el mal, pero sólo Harriet podía convertirlos en realidad.

Detrás de mí se oyeron veloces pisadas en el jardín. Unas voces gritaron en el momento en que Harriet chocaba conmigo, y se encendió una luz allá arriba, sobre el césped. Corriendo delante de mí, Harriet emitía unos extraños y sofocados sonidos guturales, y una risa imposible de dominar sacudió las sombras. Era como una pesadilla: la enloquecida huida hacia el campo, la autoritaria voz de la señora Biggs a nuestra espalda, las rápidas ráfagas de viento nocturno, los árboles frutales irguiéndose enormes y formidables bajo el chorro de luz, y el ruido de aquella risa, ya lejos, delante de mí. Yo temblaba mientras corría, murmurando promesas a Dios para que me sacase de allí. Sólo esta vez, le imploraba; sólo esta vez.

Imposible escapar por el camino lateral hasta la calle: el Zar estaría allí esperándome. Tenía que correr y adentrarme en la oscuridad del campo. Ya no podía oír a Harriet; era capaz de haber ido deliberadamente al encuentro del Zar.

Mi cuerpo se arqueaba y retumbaba sobre el suelo, y mi excitación me empujaba más y más en la oscuridad. Cada paso que daba sacudía mi cuerpo dolorosamente y el corazón palpitaba con tal fuerza dentro de mi pecho que pensé que iba a romperse. Agotada, caí de bruces sobre la hierba.

Gradualmente se hizo la calma y el silencio en el campo, y mi respiración dejó de llenar el mundo de ruidos. Podía percibir susurros entre la hierba, un acompasado goteo de agua en la zanja, el súbito aleteo de un pájaro asustado saliendo del seto vivo. Me arrodillé en el suelo y miré hacia Timothy Street. Dos árboles que se erguían frágiles, a medio camino entre las casas y el hoyo donde me encontraba, partían la luz que brillaba en las ventanas, dividiendo y subdividiendo cada hoja de cristal anaranjado, de modo que toda la hilera de casas se movía y resplandecía con millares de puntos de luz. Un traqueteo empezó a sonar a mi espalda y, al volver la cabeza, vi un tren que discurría por el horizonte, lanzando a la oscuridad pequeños destellos de luz de sus compartimientos, iluminando los postes de madera que flanqueaban la vía férrea. Aunque era muy tarde y sabía que mis padres estarían ansiosos y enojados, no podía sentirme alarmada. El tren continuó su marcha regular: la luz roja de cola se arrastró en la noche, y el ruido de las ruedas se fue debilitando en la distancia hasta extinguirse.

Si no volviese a casa, si me quedase aquí, sobre la hierba, hasta morir de hambre, todo estaría solucionado. Sentía esto sinceramente y la idea me hacía desgraciada, pero aún tenía ganas de reír. Cobró cuerpo el aspecto humorístico de la situación.

Imaginé una escena entre el médico y yo.

—Estuviste a punto de morir, querida. ¿Por qué te quedaste tumbada allí?

—Porque vi a la señora Biggs y al Zar en el sofá.

Y el médico mirando intrigado a mi madre, que sufría a los pies de la cama.

—Todavía delira. El *shock* ha sido grave, ¿sabe?

La fantasía se desdobló en mi cerebro: vástagos vacilantes hurgaban como cangrejos en los rincones de la noche; figuras con linternas tropezaban con mi cuerpo; el pecho infantil respiraba apenas; el cuerpo había enflaquecido al fin al acercarse la muerte; los labios murmuraban delirantes... Vi a la señora Biggs y al Zar en el sofá.

Harriet estuvo a punto de pisarme y chillé asustada.

—Soy yo —dijo—. Es terriblemente tarde.

—Sería mejor que no volviésemos ahora a casa —dije, incapaz de ver su cara en la oscuridad.

Harriet lo pensó un momento.

—Sería delicioso pasar la noche en el bosque. Allí hace calor. Pero tendríamos que volver a casa por la mañana. ¿Qué dirían entonces?

Me imaginé durmiendo en el suelo, sobre un colchón de cálidas hojas, bajo las ramas de los árboles, con el viento soplando del mar y el murmullo de la marea más fuerte que durante el día: un siniestro e insidioso sonido de agua estirándose a lo largo de la costa, envolviendo lentamente el ancho arenal.

—Tenemos que irnos —dijo Harriet.

Cuanto más nos acercábamos a nuestra calle, más retrasábamos la marcha. Incluso Harriet estaba asustada por lo avanzado de la hora, temerosa de un padre cuyas reacciones eran previsibles. Mi madre me estaba esperando en el portal de mi casa, terriblemente enfadada. Pero, dentro de casa, mi miedo se fue evaporando a medida que ella me increpaba.

—¿Qué significa volver a casa a estas horas? ¿Cómo te atreves a causarnos tanta angustia? ¿Dónde has estado?

Su ira se iba disipando un poco a cada pregunta. Yo guardaba silencio, con la cabeza humildemente agachada. No esperaban esto de mí. Mi padre se había ido a la cama muy preocupado. Mi madre había impedido que llamase a la policía para dar cuenta de nuestra ausencia. El padre de Harriet había telefonado dos veces para saber si su hija estaba aquí. Eran casi las once y media... ¿Sabía yo esto?

—Lo siento —murmuré.

Ahora podía irme a la cama. Por la mañana, mi madre se mostraría fría y distante, pero, por la tarde, volvería a ser amable y cariñosa. Mi padre me miraría severamente, pero me traería caramelos al volver del trabajo. Mañana, todo volvería a ser igual que siempre.

No pude encontrar mi libreta de notas.

Harriet y yo teníamos una libreta cada una, donde anotábamos nuestras impresiones sobre las personas con quienes nos tropezábamos. Yo la llevaba en el bolsillo de mi chaqueta de colegiala cuando visitamos Timothy Street. Me senté anonadada en mi cuarto, pensando en las consecuencias de semejante pérdida. Si se me había caído en el jardín y la encontraba la señora Biggs; no tendría salvación posible. No había nada escrito en ella, pues arrancábamos cada página empleada y la guardábamos en la caja con el Diario. Pero mi dirección figuraba en la cubierta: N.º 4 Sea Lane, Formby, Lancs, Inglaterra, Europa, El Mundo.

Harriet pareció preocupada cuando se lo dije, pero, por una vez, fue incapaz de aconsejarme sobre lo que debía hacer. Permaneció sentada en la cama, malhumorada, pues le habían prohibido salir de casa. La noche anterior, su juicioso padre le había pegado en la cabeza. Me dijo que había aplicado sus manazas sobre sus orejas, midiendo cada golpe y lanzando maldiciones. «No me extrañaría que esto me produjese un complejo de padre», me dijo. Después bajé cautelosamente la escalera, me dirigí a la puerta esquivando con éxito a los padres de Harriet, y salí al jardín.

No había echado en falta la libreta hasta después del té. Si la señora Biggs había registrado el jardín después de la incursión de anoche, había tenido nueve horas para encontrarla. Ahora eran poco más de las seis, y el Zar habría vuelto del trabajo. Yo podía ir a la playa con la esperanza de un encuentro casual, y pedirle que buscara la libreta, o bien podía ir sola a Timothy Street y registrar el jardín. Como no nos habíamos visto desde la noche de la feria, era probable que saliese a dar un paseo con la esperanza de verme. Yo podría decirle que había estado jugando con Harriet, que accidentalmente habíamos entrado en su jardín —no tenía que saber que habíamos estado mirando a través de la rendija de la cortina—, y que sin duda había perdido mi libreta al salir corriendo.

El miedo que me atenazaba al pensar que la señora Biggs podía visitar a mi madre hacía que no me pareciese violento entrevistarme con el Zar. Además, la escena del sofá me había demostrado que lo inimaginable resultaba lastimoso: una función tan carente de dignidad y de significación como cepillarse los dientes. La oscuridad había aumentado la tensión y el misterio, pero había sido la señora Biggs quien había apagado las luces. Yo la aborrecía a ella, no al Zar. De ahora en adelante podía esperar sin nerviosismo a que el Zar pusiese sus labios en los míos, recordando que había hecho el amor a la señora Biggs innumerables veces, mucho antes de que yo naciese.

Mi madre me había dicho que sólo podía estar una hora fuera de casa. Era posible que la noche anterior nos hubiesen tomado por ladrones y que la señora Biggs, nerviosa, le hubiese pedido al Zar que se quedara en casa en consideración a sus temores. En tal caso, ir a la playa sería perder el tiempo. Permanecí plantada ante la

casa de Harriet, incapaz de tomar una decisión. En aquel instante una figura dobló la esquina de la casa-hospital, caminando junto al muro de color de limón, con la cabeza gacha y con las manos hundidas en los bolsillos. Aunque no podía ver su cara, reconocí la elegante andadura, la melindrosa manera de pisar el suelo. Entré corriendo en el jardín, llena de excitación, y silbé debajo de la ventana de Harriet.

—Harriet, Harriet, está aquí. Ahora viene por la calle.

Harriet desapareció inmediatamente de la ventana abierta, y yo corrí arriba y abajo por el césped, sin atreverme a asomarme a la calle por miedo de que él me viese, pero incapaz de estarme quieta. Cuando Harriet abrió la puerta, casi la derribé en mi excitación, empujándola al interior del vestíbulo.

—¿Qué hacemos, Harriet? Está en la calle.

—Cierra la puerta.

Metió la cabeza por debajo del visillo y observó a través del cristal. Un pájaro saltaba cautelosamente sobre el césped, con las alas plegadas, escrutando el suelo con ojillos brillantes.

—¿Estás segura de haberle visto? —me dijo Harriet, volviendo hacia mí la cabeza, tocada ahora con un velo de novia, y acariciándome la mejilla con la mano—. ¿Estás segura de no haberte dejado llevar de tu imaginación?

El pájaro voló rápidamente hacia los árboles y el Zar cruzó la verja y entró. Harriet me apretó fuertemente la mano y me condujo a la habitación de atrás, donde se hallaban sus padres.

—Padre —dijo—, el señor Biggs viene por el sendero.

Una expresión cortés se pintó en el rostro de su padre. Una sonrisa jovial dulcificó su boca habitualmente severa, Carraspeó, dándose importancia.

—Bien. Supongo que querrá hablar conmigo. Pon la tetera en el fuego, mamá.

Y se dirigió al zaguán, con paso majestuoso.

La madre de Harriet se llevó coquetamente las manos a la cabeza, y arregló las ondas de sus cabellos sobre la frente. Nunca coqueteaba deliberadamente, era sólo una costumbre. Su marido la llamaba su «mujercita» y ella se mostraba ingeniosa y amable con todos los hombres. Por consiguiente, se dispuso ahora a representar su papel, inclinándose para sacudir los almohadones, enderezar el mantelito de la mesa y esconder el periódico detrás de la radio. Antes de pasar a la cocina, advirtió seriamente a Harriet:

—Estate quieta en el sofá y no interrumpas a tu padre, por poco que puedas.

Sonaron fuertes voces en el pasillo. El Zar rió. Yo pensé que pocas cosas en su vida podían causarle risa, y permanecí sentada, fuertemente cruzadas las manos detrás de la espalda. Tenía contraídas la garganta y las ventanas de la nariz, y un suave escalofrío recorrió mi cuerpo y lo abandonó en seguida, dejándome inerte en el sofá. La madre de Harriet salió de la cocina y saludó efusivamente al Zar. Éste estaba plantado en la puerta, haciendo una ligera reverencia, oculto por el cuerpo de ella, envuelto en una atmósfera amistosa. Después se irguió y nos vio, a Harriet y a mí, en

el sofá al pie de la ventana. Un momento de indecisión, un breve encuentro de las miradas; después avanzó resueltamente hacia nosotras. Harriet me apretó el costado con un codo; sentí silbar débilmente el aire al abrir ella la boca en una amplia sonrisa. La presión de su codo se acentuó, como dándose cuenta de mi creciente despreocupación. Me tenía sin cuidado su aviso, me tenía sin cuidado el cuadro que veían mis ojos. El hombre justiciero plantado en el umbral y la mujer que colocaba un platito sobre la mesa, parecían girar en la estancia hasta quedar completamente desenfocados. Yo miraba como pasmada al Zar. Me sentía completamente segura. Estaba allí por mi propia voluntad, no por accidente. La madre de Harriet me había colocado en el sofá. Nadie podía impedirme mirarle, ni siquiera Harriet. Ésta dijo:

—Hola, señor Biggs.

Él se sentó en una silla junto a la mesa. La camisa blanca contrastaba con el traje oscuro; los zapatos de ciudad, de cuero negro, repicaban en la pata de la mesa. Una mano blanca, desplegada sobre la rodilla, con el dedo medio manchado de nicotina; un pañuelo asomando la punta en el bolsillo superior de la chaqueta; unos ojos menudos en la pálida cara. Ya no era el Zar de la noche de la feria y del beso paternal, ni el Zar marioneta del sofá detrás de las ventanas con cortinas. Era un nuevo Zar de oficina y trabajo cotidiano, que hablaba de negocios con otros hombres y llevaba una cartera de documentos a la ciudad. Yo observaba a los adultos que hablaban tranquilamente y me sentía abandonada con Harriet en el sofá, casi con la impresión de que era de veras una niña pequeña.

¿Por qué no tenía él hijos? ¿Por qué no habían hecho un hijo en las noches malgastadas bajo la fronda de las hayas?

El Zar decía:

—Creo, y lo lamento, que el sábado no podré jugar al golf.

—¡Oh! ¡Qué lástima!

La boca del padre de Harriet se torció con gesto desilusionado ante la ruptura de la vieja rutina. Se desvaneció el placer que le había causado la visita del Zar. Sus dedos tamborilearon impacientes sobre el brazo del sillón. Su mujer sirvió elegantemente el té, encogido el dedo meñique, arqueada la muñeca por el peso de la jarra.

—Es una pena, pero otro día será.

Otro día. La libreta perdida en el jardín de la vengativa señora Biggs. La inminente visita de ésta a mi madre, con semblante ofendido, para contarle con voz grave la horrible historia. Dejé de sentirme niña, erguí el busto y miré el reloj. Tenía que marcharme pronto: mi madre me estaría esperando.

Harriet se inclinó hacia delante, apoyó los codos en las rodillas y miró al Zar con interés.

—Señor Biggs, ¿por qué dejó usted de llevar gafas?

Su madre la miró y miró después al Zar, expresando su semblante la esperanza de que Harriet no hubiese cometido una incorrección.

El Zar dijo:

—Rompí tantos pares que preferí prescindir de ellas.

Pensé que se sentía avergonzado de hacer esta confesión en mi presencia. Yo hubiese querido saber si mi impresión de que se preocupaba por mí era pura fantasía, tan extrañas me parecían las cosas que le atribuía. No sabía dónde se confundían el sueño y la realidad. No sabía nada.

—Creo que yo tendré que usar gafas dentro de poco —mentí.

¿A qué venía esto? ¿Qué quería darle a entender? Eran las siete y tenía que marcharme. Me repugnaba tener que levantarme, dirigirme torpemente hacia la puerta, darles cortésmente las buenas noches, evitando sus miradas. Él se levantó al hacerlo yo y, por un momento, pensé que iba también a marcharse, pero no era más que una bendita acción de cortesía. ¿Se había levantado porque me consideraba una mujer? Supliqué en silencio a Harriet que me acompañase hasta la puerta, pero ella se meció tranquilamente en el sofá, me dio las buenas noches con voz natural y dejó que su madre me condujese hasta el vestíbulo.

Durante dos noches y dos días esperé que la señora Biggs llamase a la puerta, para trastornar la crédula mente de mi madre.

Harriet me dijo que escribiese en el Diario: «Ahora, sólo espero que la señora B. se presente en casa con la libreta. A todas horas temo que se produzca este suceso. No puedo comer ni dormir». Esto me pareció un poco dramático, pero era verdad, y no había otras palabras mejores para expresar mi sufrimiento.

El tercer día, al ver que la señora Biggs seguía sin llamar, empecé a sentir una débil esperanza. Ella había encontrado la libreta, pero sin duda consideraba una tontería decírselo a mi madre, y no le diría nada. Harriet convino en que podía ser así y dijo que no me preocupase.

—El incidente ha terminado, querida. Olvídalo.

Como todavía no podíamos salir de paseo por la tarde, y nuestra libertad estaba limitada a una hora después del té, pasábamos el rato escribiendo el Diario. Un pasaje me intrigó en particular. Harriet me dictó: «Si dos personas cometen un pecado, es mala cosa. Si una persona comete un pecado con otra, es peor. El sujeto pasivo es la persona más culpable, y debería ser castigado por traicionarse a sí mismo». Después me hizo escribir: «Los acontecimientos deben concluirse lógicamente. Debemos ser ordenados».

Cuando le pregunté el significado de esto, se mostró evasiva.

—Estoy en lo cierto —sólo quiso decirme—. Lo estoy; confía en mí.

—Pero, Harriet, yo siento algo raro por él.

No hubo respuesta. Harriet siguió tumbada en la cama, sin mirarme.

—Harriet, ¿recuerdas que no me dejaste ver lo que habías escrito sobre el chico de Gales?

Mi voz pretendía ser normal, pero había en ella un deje de súplica.

—Sí —dijo, y ahora me miró.

—Bueno, yo siento de la misma manera respecto al Zar.

—¿De qué manera? ¿Qué manera es ésa?

¿Me atrevería a decirlo? Incluso la relación entre nosotras estaba cambiando. Mejor sería no explicarlo.

—¿De qué diablos estás hablando?

Hablé dándome cuenta de mi propia inquietud, pronunciando atropelladamente las palabras:

¿Seguirá mi corazón siendo mío?

¡Oh, lágrimas en sus mejillas!

¿Me atreveré a andar sola por el mundo?

¡Mustias se quedan las hojas del haya,

y el cementerio reposa en silencio!

¡Ven, compasión, y cierra mis ojos!

—¿Qué tiene que ver esto? —preguntó Harriet, pero sin enfado—. Lo escribí después de conocer a aquellos chicos de la residencia, cuando yo me quité el vestido y tú no quisiste hacerlo porque llevabas sucias las bragas.

—No las llevaba sucias —protesté—. Ya te dije que eran de mamá, de color rosa y con unas horribles puntillas.

—Bueno, ¿qué ibas a decir?

—Amo al señor Biggs —dije.

E inmediatamente me pregunté por qué le habría llamado así. Sonaba muy raro: «Amo al señor Biggs».

Harriet se sentó en la cama.

—Entonces tendremos que darnos prisa. Se están acabando las vacaciones.

Me dolió aquel «darnos». No éramos nosotras quienes amábamos al Zar: era yo sola.

—Pero no estoy segura de querer que sea una experiencia —dije, tristemente—. No creo que desee que sea algo digno de figurar en el Diario.

Harriet me habló en el mismo tono razonable que empleaba con su madre.

—A los trece años, puedes esperar muy poco del amor, salvo experiencia. Volverás al colegio durante varios años. Seguirás llevando el delantal de colegiala mucho después de que esto haya terminado. ¿Qué te imaginas? Nadie te dejará amar aún. Lo considerarían impropio de ti. Ni siquiera ellos saben hacerlo. Y todo lo que él sentirá por ti será una especie de dulce añoranza. No; tienes que llevar la cuestión a su final lógico. Si no lo haces, padecerás toda la vida por algo que fue absolutamente trivial.

—Pero ¿y si descubriésemos que no es trivial?

Me impresionaba la inteligencia de que dábamos muestra las dos. Me parecía

fuera de lo normal. ¿Cómo no lo había advertido antes?

—No hagamos suposiciones —dijo Harriet, en tono de suficiencia—. Escribe en el Diario lo que voy a dictarte: «Ese hombre es muy complejo. Parece que le gusta sufrir. Es una gran debilidad que ella (la esposa) ha contribuido a fomentar. Nosotras le vimos en el sofá, en una actitud de resignación, y pensamos que la mujer tenía la culpa. Pero ahora ya no estamos tan seguras. Echamos un vistazo a su vida a través de la ventana y la encontramos asquerosa y degradante. Él no debería someterse a una mujer así. Evidentemente, es una víctima a la que le gusta el castigo».

—No lo sabemos, Harriet; no podemos estar seguras.

Harriet prosiguió, con firmeza:

—«Debemos actuar rápidamente para castigarle de un modo que no le guste».

Lo escribí con mi mejor caligrafía y me sentí inquieta.

Ahora se oyeron voces que rebotaban como pelotas en el suelo. Dejé de escribir y escuché.

—¿Están riñendo?

—Sí —dijo Harriet.

Esto me interesó. Harriet decía que se peleaban a menudo y que era horrible cuando discutían, porque su madre se ponía a llorar y el padre se volvía más bronco para protegerse.

—Abre la puerta —dijo Harriet, y apoyó las palmas de las manos en las tablas del suelo, como apercibiéndose contra un choque inevitable.

La obedecí. Sonaron fuertemente dos voces, ambas muy irritadas, e interrogué con la mirada a Harriet, porque sabía que su madre no solía enzarzarse en discusiones. Harriet meneó la cabeza y murmuró:

—No pueden estar riñendo..., a menos que ambos se hayan enfadado por lo mismo.

Tratamos de oír lo que decían, de componer sus palabras, pero resultaba muy difícil; hasta que, de pronto, el padre dijo claramente:

—¡Está bien! —Y, al abrirse la puerta de abajo, su voz sonó amenazadoramente fuerte—. ¡Harriet, ven aquí!

Harriet no se movió. Me miró fijamente, boquiabierta, sin atreverse a respirar.

—¿Has oído, Harriet?

Se puso en pie y se deslizó hasta la ventana. Se tapó la boca con la mano y gritó:

—¿Qué pasa?

La mano colocada delante de la boca hizo que pareciese que la puerta estaba cerrada y que no había oído bien. Me hizo señas frenéticamente para que cerrase la puerta. El padre volvió a gritar desde el piso inferior:

—¡Baja!

Todo sonido cesó. Los padres esperaban en silencio. Harriet se apoyó en la ventana, apretando la nariz sobre el cristal.

—Tienes que ir.

Me asustaba que el padre subiese a buscarla.

—Está bien, está bien —accedió Harriet, a regañadientes.

Dio una patada al rodapié y encogió los hombros. Pasó humillada por mi lado, dirigiéndose a la puerta, envuelta en sombras la cabeza. Antes de que llegase a la estrecha escalera, se escuchó la voz:

—Bajad las dos, por favor.

Yo estaba en el rellano, y Harriet me miró fijamente. No pude saber con certeza si quería que bajase la escalera y saliese de la casa desafiando a su padre, al cerrar la puerta de golpe y silbando tranquilamente mientras lo hacía. Lo cierto es que la seguí escalera abajo y entré con ella en el salón.

Su padre, con gesto de disimulo, estaba sentado en su sillón junto a la chimenea, con los pies apoyados en el guardafuego y moviendo los dedos dentro de las zapatillas. La mujercita, con el semblante marcado por el desaliento, estaba en pie, de espaldas al fuego, acariciándose una mejilla con la mano, como para tranquilizarse.

—Vamos a ver —dijo el padre, sonriéndome amablemente—. Voy a haceros una pregunta sin rodeos, y quiero que me respondáis de igual manera. No te pases de lista, Harriet, ¿entendido?

Movió maliciosamente la cabeza y se volvió hacia ella. Harriet no dio señales de haber comprendido su intención, sino que siguió mirando por la ventana al jardín envuelto en la oscuridad. Su madre se inclinó para atizar innecesariamente el fuego, y un carbón encendido cayó sobre las pardas baldosas del hogar. Él miró a su mujer con disgusto y frunció los labios en un gesto de mal humor. El ruido había irritado sus nervios ya alterados.

—¿Qué hacíais la otra noche en el jardín de la señora Biggs?

Inmediatamente empecé a urdir excusas intrincadas. Me había desmayado al pasar frente a la casa del Zar, y Harriet me había arrastrado sobre el césped. Habíamos llamado a la ventana para pedir ayuda... porque yo la necesitaba. Siempre estaba a punto de desmayarme; estaba enferma. Hacía tiempo que no me sentía bien. El médico pensaba que crecía demasiado aprisa. Pero Harriet estaba ya diciendo:

—Fuimos a dar un paseo. Nos dieron ganas de comer una manzana y por esto entramos en el huerto.

Se inclinó sobre el respaldo de la mecedora vacía, oscilando con ella y dejando que sus trenzas rozasen el verde almohadón. Su madre barría cuidadosamente las cenizas del hogar, sofocada por el calor de la lumbre. Agarró con más fuerza el mango de bronce de la escobilla ornamental, esperando que descargase la tormenta.

—Comprendo. Fuisteis a coger manzanas. —El padre se retrepó ahora en su sillón, sonriendo y juntando las puntas de los dedos, como en una meliflua oración—. ¿Y qué más hicisteis, aparte de coger manzanas?

—¿Qué quieres decir? Nos comimos las manzanas... ¿Por qué lo preguntas?

—Tal vez tú recordarás qué más hicisteis —dijo él, observándome por encima de las manos, y esperó.

—Bueno, sólo... miramos por la ventana. Y por poco rato, sin mala intención.

Me había delatado y había delatado a Harriet. Había apelado al hombre. Me había defendido involuntariamente al emplear el término «sin mala intención». Harriet dejó de empujar la mecedora y permaneció inmóvil y cabizbaja.

—Bueno, a mí no me la dais, ¿sabéis? A mí no me engañáis.

La sangre enrojecía su semblante; una vena latía irritada en su sien.

—Tu madre recibió hoy la visita de la señora Biggs. Ésta le dijo que la habíais estado espiando a través de la ventana. Y no le gustó nada, ¿sabes?

Harriet miró fijamente a su padre.

—¿Cómo sabía ella que mirábamos a través de la ventana?

—Porque sí. Soy yo quien pregunta.

Su voz se hizo más fuerte. El hombre parecía llenarse de aire, a punto de estallar y lanzarnos de la estancia con la explosión.

Empezó a lanzar amenazas a Harriet. Gritó, encendidos los ojos por la ira. La madre y yo permanecíamos inmóviles, como mirones doloridos, aliviadas por nuestro papel de espectadores. Como Harriet guardaba silencio, el tono del hombre se hizo amenazador. Cuanto más gritaba y perdía el control, más difícil se hacía su situación. Por más que se esforzase, no podía decir qué había de malo en mirar por la ventana. Era una travesura, sí, pero no una mala acción.

Temía lo que Harriet pudiese responderle. Temía incluso que ella le preguntase a su vez, y gritaba más para impedir la posible pregunta que por sentirse realmente enojado. Empecé a compadecerme de él. Harriet era fuerte en el combate. Incluso yo era fuerte. Él no tenía valor para decirle lo que le preocupaba: que éramos unas niñas; que el Zar era un tipo extraño, paseando siempre solo por la playa; que, en el pasado, se habían producido incidentes, nunca debidamente explicados, en los que habían intervenido Harriet y ciertos hombres. En vez de esto, dijo que no debíamos acercarnos más a aquella casa, que debíamos volver a la nuestra más temprano, que ya era hora de que nos diésemos cuenta de que estábamos creciendo. Al oír esto, Harriet se permitió una media sonrisa y miró la alfombra con simulado asombro. Por fin, dijo:

—Pero ¿por qué es tan horrible mirar por la ventana de la señora Biggs, padre?

Fue muy cruel por su parte. El hombre se abalanzó en su sillón y la miró echando chispas por los ojos. Sus manos agarraron, furiosas e impotentes, los brazos de la butaca. Le ahogaban la indignación y el miedo que sentía, y, por un momento, sus redondos ojos azules miraron fijamente a Harriet, como si ésta fuese un paisaje desierto, deformado por los relámpagos, ignoto. Después, con voz entrecortada, exclamó:

—¡Dios mío, hija!

Se levantó y se irguió ante ella, como para derribarla y aplastarla con la mole de su cuerpo, pero Harriet le miró despiadadamente, enarcando las cejas en muda interrogación.

—Háblale tú —dijo él, volviéndose a la madre—. Yo estoy harto. ¡Maldita sea! ¡Que se vaya al diablo!

Se dirigió a la puerta, pero, al hacerlo, se escapó la zapatilla de su pie izquierdo. En vez de volverse para ponérsela, el hombre le dio una patada y cerró la puerta de golpe. Le oímos gritar mientras subía la escalera, le oímos decir una y otra vez que estaba harto, harto. Finalmente se cerró tras él la puerta del dormitorio. La zapatilla continuaba junto a la pared, flácida y terriblemente deformada.

Mientras su padre había estado en la habitación, Harriet había representado el papel de triunfadora.

Ahora que él yacía farfullando en la cama del piso superior, lamentándose y diciendo que estaba harto, completamente harto, ambas nos sentimos culpables y desdichadas. Harriet apoyó tristemente la cabeza en la repisa del hogar y, dirigiéndose a su pálida madre, le dijo:

—¿Qué hemos hecho de malo? ¿Por qué se ha disparado de este modo?

Yo sabía que Harriet estaba conmovida porque su madre había tenido que presenciar la escena, y que deseaba consolarla.

—Creo que eres injusta, Harriet.

Su madre hablaba solemnemente en mi presencia.

—Sabes perfectamente por qué no debéis ir a la casa del señor Biggs y, sobre todo, entrar en su jardín y mirar por la ventana. Está mal hecho... Tu padre no quiere que hagas nada de lo que puedas arrepentirte después... Está orgulloso de ti y tú haces todo lo que puedes para contrariarlo.

—Bueno, no tenías por qué decírselo. Ya sabes lo estúpido que es.

Los gruñidos del piso superior cobraron nueva fuerza.

—Pon la radio, querida.

La resignación y la amabilidad de la madre resultaban espantosas. Harriet encendió la radio para ahogar el ruido de la voz de su padre: no fuesen a oírle los vecinos. Yo lo sabía porque Harriet me había dicho que, cuando volvía a casa del colegio y la radio estaba encendida, era señal de que había jaleo y de que su padre estaba furioso. Me pregunté si las radios de todas las casas y de todas las habitaciones traseras de la calle transmitirían el mismo mensaje. La madre de Harriet odiaba la radio en cualquier otra ocasión, y se negaba a conectarla. Ahora, una alegre música de baile llenó la estancia. Por su vivo tono juguetón habríase dicho que era día de fiesta.

Su madre siguió diciendo:

—Por el amor de Dios, querida. Trata, por una vez, de ver las cosas desde su punto de vista. —La mujercita se enardeció con su tarea y sus palabras se hicieron casi coherentes—. Si él no te importa nada, ten al menos un poco de consideración por mí. Tú no tendrás que llevar la carga. Estará de mal humor durante días, y no puedo soportarlo. Ya sabes cuánto me deprime esto.

—Está bien, está bien —dijo Harriet, con voz desesperada.

Después de una pausa, su madre continuó:

—Le dije a la señora Biggs que no podía admitir una historia tan increíble sin que me diese alguna prueba. Así se lo dije.

Era muy extraño. La mujercita trataba de justificarse ante nosotras.

—¿Qué historia es ésta? —preguntó amablemente Harriet, como si tuviese que habérselas con una niña incapaz de distinguir lo bueno de lo malo—. ¿Qué te contó?

—Dijo que estuvisteis la otra noche en su jardín, en el jardín delantero, y que llamasteis a la ventana y jurasteis y echasteis a correr. ¿Estuvisteis en el jardín?

Esperé a que respondiese Harriet. Yo lo habría negado rotundamente, pero, tal como sospechaba, ella le respondió, con la misma amabilidad:

—Sí, estuvimos. Yo llamé a la ventana y dije: ¡Maldita sea! Pero no blasfemé.

La madre de Harriet se sentó en el sillón, sin saber qué decir.

—Pero ¿por qué? —preguntó al fin—. ¿Qué te impulsó a hacer una cosa tan ruin? Harriet sonrió con indulgencia.

—No fue ninguna ruindad; sólo fue una broma.

Me admiró su manera de hablar, su tranquila negativa a dejarse coaccionar por la aflicción de sus padres. Yo me habría derrumbado y pedido perdón; en cambio, Harriet razonaba lógicamente.

—¿Quién dijo a la señora Biggs que fuimos nosotras? ¿Acaso reconoció mi voz?

—La señora Biggs pudo ver tu cara un momento y persuadió al señor Biggs de que no os denunciase a la policía. Además, a la mañana siguiente, encontró esto en el jardín.

La libreta estaba boca abajo sobre la repisa de la chimenea.

—Comprendo —dijo Harriet, cogiendo la libreta y entregándomela.

Yo la tomé y me la guardé, con expresión culpable.

La madre de Harriet me miró.

—Supongo que tu madre no estaría muy orgullosa de esto —me dijo, severamente.

Sólo la presencia de Harriet en la habitación me impidió hincarme de rodillas y pedir indulgencia.

—No —balbucí con desconsuelo—. Lo siento.

Harriet me volvió la espalda, disgustada. Y allí me habría quedado eternamente, incapaz de moverme, abrumada y sin saber qué hacer, delante de su madre, si ésta no me hubiese dicho:

—Será mejor que vuelvas a casa, querida. —Vaciló—. Y preferiría que no dijese nada a tus padres sobre lo de esta noche... Él no se encuentra bien, ¿sabes? Le duele mucho el estómago.

Harriet la interrumpió, impaciente:

—¡Oh, basta de excusas! Ella no se atreverá a hablar de esto, y si lo hace, ¿qué importa? ¡Es absurdo!

—¿Crees que tu padre volverá por casa? —pregunté, sin poderme contener.

Harriet levantó los brazos, desesperada.

—¡Vaya par! «Él no se encuentra bien, ¿sabes? Es el estómago...». «¿Crees que él volverá a nuestra casa?» —dijo, imitándonos cruelmente y mirándonos con asco.

Yo tenía mucho en común con su madre, pero ésta sería consolada por Harriet... cuando yo me hubiese marchado. Harriet se sentaría a sus pies, la abrazaría y le diría que no se lo tomase tan a pecho. Sentí vergüenza de mi egoísmo. ¡Pobre mujercita! ¿Cómo podría acostarse? ¿Cómo podría entrar en el triste dormitorio y yacer al lado de aquel hombre gruñón y de cara hinchada por la ira? Tal vez se quedaría toda la noche junto al fuego, con Harriet, hablando de mí, diciendo que era cobarde y embustera, y gordita, pero incapaz de decir la verdad. Resolví marcharme, pero no simplemente al colegio, dentro de unas semanas; sino para siempre, de modo que Harriet tuviese que lamentarlo.

—Buenas noches.

—Buenas noches —dijo Harriet, de mal humor—. Es mejor que dejes pasar un par de días. Ya nos veremos en la playa, cualquier momento.

—Está bien.

Salí por la puerta de atrás y corrí por el oscuro sendero, casi sollozando. Me apoyé en el cerezo que se erguía junto al garaje y escuché los fuertes latidos de mi corazón. Froté la mejilla contra el esbelto tronco del árbol y murmuré, una y otra vez:

—No puedo soportarlo, no puedo soportarlo, no puedo soportarlo.

Quería ver a Harriet sólo una vez más, antes de marcharme. Retrocedí de puntillas por el sendero y me planté junto a la ventana. Recordé la noche en que habíamos espiado al Zar. Otra cosa a recordar de este largo verano: un continuo espionaje a través de ventanas secretas.

La madre de Harriet estaba sentada en el sillón, junto al fuego, leyendo el periódico de la tarde. La radio sonaba con fuerza, y había carbón nuevo en el hogar. La mujer tenía el ceño fruncido, abstraída en la lectura. Su boca se movía ligeramente al chupar un caramelo. Harriet no estaba allí.

Me apoyé en la pared y reflexioné: «Si fueses desgraciada, no podrías comer caramelos». Yo estaba segura de que no habría podido. Y, si Harriet quería de veras a su madre, tenía que estar allí con ella; es decir, si su madre la necesitaba.

Di un rodeo a la casa, hasta la habitación de Harriet, que estaba en la parte delantera. La luz estaba encendida, pero las ventanas tenían corridas las cortinas. Tres personas de una sola carne, todas a solas, en habitaciones separadas: una, chupando caramelos y leyendo el periódico de la tarde; otra, canturriando su mensaje agorero, y la tercera, inmóvil en su cama, secos y abiertos los ojos bajo la luz eléctrica.

Mientras montaba guardia frente a la habitación de Harriet, empezó a llover. Permanecería allí toda la noche, sin moverme.

Harriet apartó las cortinas y abrió la ventana. Se apoyó en el antepecho y miró al jardín. Yo no sabía qué hacer. Ella quería estar sola, se alegraba de que me hubiese marchado a casa. Podía ver, por la velada inclinación de su cabeza y de su cuello, que

se creía sola e inobservada. Armándome de valor, murmuré:

—Harriet... Soy yo...

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Me marchó, Harriet.

—Así lo espero. Aquí pillarías una pulmonía mortal... Está lloviendo.

Estaba tan afligida que me había olvidado de la lluvia. ¿Cómo podía ser tan cruel, que ni siquiera me comprendía?

—Quiero decir que me marchó para siempre, Harriet.

Ansiosa por hacerme comprender, subí al macizo de flores de debajo de la ventana y levanté la cabeza para mirarla.

—¡Oh, no seas estúpida! —dijo Harriet, casi a gritos—. Y ten cuidado con las plantas. Mi padre se pondrá furioso. Las estás pisoteando.

Se echó atrás y cerró la ventana. Las cortinas se juntaron definitivamente.

De pie, bajo la lluvia, la mandé al infierno.

Víctor Sylvester seguía emitiendo *fox-trots* por la radio. Incliné la cabeza, alargué un brazo y bajé rápidamente al césped. Después me arrodillé en la hierba y alisé el suelo del macizo de flores, para que su padre no se enfadara. Ojalá hubiese podido borrar mi amor por Harriet con la misma facilidad con que borré mis pisadas. Mientras regresaba a casa, hablé seriamente conmigo misma y resolví ser más adulta en mis emociones. Me sentía agotada, como si hubiese corrido varias millas contra un huracán.

El domingo por la tarde me reuní con Harriet frente a la Casa Hospital. No había dicho nada a mis padres, que estaban trabajando afanosamente en el jardín y no parecieron enterarse cuando cogí mi abrigo y salí a la calle. Harriet me había telefoneado después de tomar el té, para decirme que se le había ocurrido un buen plan para ayudarme a vencer mi amor por el Zar. Yo pensé que no deseaba en absoluto vencerlo, dada la extraña mezcla de dolor y placer que me producía; pero no podía decírselo.

Mientras nos dirigíamos al bosque, me contó lo que había resuelto. En primer lugar, debía ordenar un poco más mis encuentros con el Zar. Nada de bajar al mar, como hacíamos ahora, con la esperanza de encontrarnos. Debíamos convenir horas y lugares.

—Pero, Harriet —protesté débilmente—, ¿y si él no quiere?

Los sembrados a lo largo del sendero oscilaban rítmicamente al pasar el viento sobre las puntas de las hierbas. Después, los árboles, los sembrados y los setos se agitaron en un espasmo circular y quedaron inmóviles.

—También tienes que hacer que te bese otra vez —dijo Harriet, caminando resueltamente y sin hacer caso de mi interrupción.

Parecía muy sencillo. El Zar no me infundía ya temor, pero de esto a arrojarme en sus brazos mediaba un abismo. Meneé la cabeza y me dije que algo andaba mal. Los árboles parecían más pequeños y más negros, y el campanario de la iglesia, que surgía entre los pinos, hubiérase dicho que era menudo e insignificante. Había veces en que tenía la sensación de que toda la tierra yacía enterrada bajo los árboles azules, y el campanario golpeaba las nubes con un puño de hierro.

—La señora Biggs suele marcharse unos días en verano, para visitar a su hermana —siguió diciendo Harriet—. Debes averiguar cuándo lo hará. Entonces iremos al Zar en su casa.

Antes me había dicho que la hermana de la señora Biggs tenía un hijo que era retrasado mental. La hermana había tomado drogas para evitar que el embarazo siguiese adelante, pero el niño había nacido y desgarrado su cuerpo con su monstruosa cabeza. Al menos eso decía Harriet. ¿Se sentaría la señora Biggs a escuchar *La hora de los niños*, con un chiquillo idiota en la falda?

Pero Harriet estaba demasiado seria. Era distinta de aquella primera tarde, después de su regreso de Gales, en que corrimos alocadamente al encuentro del Zar, que esperaba al pie de la farola pintada de plata.

La calle estaba desierta cuando doblamos la esquina de la casa del pastor; inmóvil el alto túnel de fornidos olmos bajo el cielo, mientras la luz se filtraba blanca y radiante entre las hojas quietas. Saltamos el murete del cementerio y nos hundimos hasta los tobillos en la hiedra negra. Tallos de enredadera, de color de vino, surcaban la tierra como venas. Pálidos brotes de haya se agitaban contra la cerca y hojas

menudas la abanicaban suavemente.

—¿Y si no viene? —pregunté a Harriet, caminando entre la maraña de hierbas y de hiedra en dirección a la iglesia.

Ella sacudió la cabeza, haciendo saltar las incoloras trenzas sobre las orejas, y gritó:

—Vendrá, querida. Tiene que venir.

Ahora estaba siempre tan segura de sí misma... Como si hubiese vuelto de Gales rebosante de fuerza y de conocimiento, saltaba sobre los días del verano como un coloso, arrastrándome tras ella.

El pastor guardaba la llave de la iglesia bajo la esterilla del atrio. Nosotras la cogíamos cuando nos venía en gana. A veces, cuando llovía, nos sentábamos en los bancos a merendar, y otras nos refugiábamos allí huyendo de los enjambres de niños de la ciudad, que gritaban y corrían por el bosque los días de fiesta. En una ocasión el pastor nos sorprendió predicando en el púlpito, pero Harriet le había engatusado explicándole su afán, recién descubierto, de hacerse misionera y llevar la palabra de Dios a tierras remotas. Desde entonces él la llamaba la «ninfa constante», silabeando las palabras con su voz infantil, impregnada de dulce sentimentalismo.

Harriet se agachó y buscó la llave debajo de la esterilla. Una nubecilla de blanca arena rodó sobre las losas al caer de nuevo la estera en su sitio. Hizo girar la llave en la cerradura, empujó la maciza puerta y penetró en la iglesia. Motas de polvo giraban en espiral y subían enfoscándose en los rayos de sol que entraban por las ventanas de colores. Harriet se detuvo junto a la pila bautismal, sosteniendo en brazos un niño imaginario.

—Yo te bautizo en el nombre del Padre, de la Madre y del Zar —canturrió, mirando hacia la puerta, donde yo estaba, y observando mi cara con curiosidad.

Sonreí inquieta, sintiendo un calor insoportable por causa de mi blusa azul marino del colegio.

—¿Vamos a esperar aquí? Hace muchísimo calor, Harriet.

Se reunió conmigo en la puerta, cruzados los brazos sobre el pecho, y escrutó la calle. Un hombre pasó en bicicleta, y su sombrero de fieltro se deslizó grotescamente sobre el muro de la iglesia. Parecía un pájaro raro saltando horizontalmente entre los árboles. El hombre dijo «¡hola!» a alguien que pasaba por la calle.

—Es él —dijo Harriet, apretándome con fuerza el brazo—. Estoy segura de que es él.

Pensé en Tomás Becket, que había entrado corriendo en una iglesia y se había refugiado en el altar, tratando de librarse de sus asesinos, y sentí deseos de imitarle. Pero Harriet me tenía fuertemente asida y no podía moverme. Era horrible permanecer allí, sonriendo tontamente mientras él subía por el sendero. El Zar sonrió también desde la verja, manipulando el pestillo y observando con rara intensidad las tumbas que flanqueaban el camino. Tuvo que sonreír dos veces y desviar otras tantas la mirada, antes de llegar junto a nosotras.

—Hola.

—Hola, Zar.

El hombre empezó a dar vueltas al sombrero entre los dedos, esquivando nuestras miradas. Pensé que debía sentirse avergonzado de venir al encuentro de tan crueles amigas. Yo no sabía qué hacer. Harriet estaba plantada en el atrio, mirando al cielo, prescindiendo de nosotros dos.

—Siento lo de la otra noche —dije—. Sólo fue una broma.

Me arrepentí de haberlo dicho. Él podía preguntarse cuánto tiempo habíamos estado observando a través de la ventana.

—Fue bastante difícil convencerla —dijo él, mirando casi humildemente a Harriet—. Tuve que decirle que erais vosotras. Si no lo hubiese hecho, habría llamado a la policía.

Por un momento me pregunté si estaría enamorado de Harriet, al ver cómo la miraba por encima de mi cabeza.

Después, dijo:

—Harriet, quiero hablar contigo.

Ella se volvió a mirarle, moviendo ligeramente la lengua detrás de los labios cerrados.

—Está bien. —Y me dijo, en tono de mando—: Vete; te llamaré cuando hayamos terminado.

Esperé que él dijese que podía quedarme; pero ni siquiera me miró, y siguió dando vueltas al sombrero entre las manos.

Caminé un breve trecho entre las tumbas y me senté al pie de un árbol, de espaldas al atrio. Todo estaba en silencio. Sin duda él le estaba diciendo que me encontraba fornida y gorda. O tal vez le decía que el incidente del sofá carecía de importancia. «Ella no es inteligente, pero debes comprender...», debía decirle, apoyando unas manos agradecidas sobre sus hombros.

Me levanté desesperada, armándome de valor. Me plantaría detrás de ellos sin decir nada. En esta ocasión no tendría miedo. Mis ojos no revelarían disgusto ni dolor, sólo una amable tristeza, que, por una vez, superaría la fuerte vivacidad de mi cuerpo.

De pronto, Harriet corrió por el sendero, delante de mí. Fue un movimiento tan rápido, que me detuve sorprendida. Después, me invadió un miedo exagerado, como si hubiese encendido una cerilla y la hubiese arrojado sobre la hierba, y viese arder todo el mundo en la pequeña llama, antes de apagarla con el pie. Su cuerpo volaba con tanta furia sobre el césped que fui incapaz de llamarla. A horcajadas sobre el muro me lanzó una mirada acusadora, luego saltó a la calle. Yo no podía saber si su enojo era sincero. Tal vez no era más que un refinado truco para dejarme a solas con el Zar, y ella ya estaría caminando, tranquila y satisfecha, a través de los sembrados y en dirección a su casa.

El atrio estaba desierto, y entornada la pesada puerta.

—Señor Biggs —llamé en voz baja, sin atreverme a entrar—. ¿Está usted ahí?

Tenía que llamarle señor Biggs, aunque sonase ridículo. «¡Señor Biggs, señor Biggs! ¡Patitas delgadas de perdiz!». La aleluya de Harriet tintineaba estúpidamente en mi cerebro. El Zar estaba sentado delante del altar, inclinada la espalda, caída la cabeza sobre el pecho. Me habría sido fácil salir al cementerio sin hacer ruido, pero el recuerdo de la irritación de Harriet hizo que me acercase vacilante al hombre. Era como una comedia que había visto, en la que un hombre había sufrido un terrible fracaso en sus negocios. Su hija, al regresar de un lujoso colegio, permanecía impotente al lado de él, deseando tocar su brazo y decirle que no le importaba abandonar los estudios, pero temiendo la expresión desesperada de su rostro.

—Señor Biggs.

El Zar me miró, y su expresión era tan normal, tan vulgarmente pensativa, que le miré con incredulidad. Reprimí el deseo de llamarle padre, y dije, nerviosamente:

—¿Qué le pasa a Harriet?

—No estoy seguro, pequeña. Posiblemente le he dicho la verdad.

—¿Qué quiere decir?

—Le he dicho que tiene una mente diabólica.

Me horroricé. Quise gritarle: «Yo quiero a Harriet. Es buena, sincera y hermosa». Pero se me atragantaron las palabras y, en vez de esto, le dije:

—No le comprendo.

—Lo sé. Tú no eres mala.

Era todo lo contrario de lo que me había imaginado. Me estaba diciendo que yo era la buena, la adorable. Harriet, tan esbelta, tan tostada por el sol, viva imagen de lo que yo habría querido ser, era la perdida. Si él la odiaba, yo no podía amarle. Y si le amaba, a pesar de decir que Harriet era mala, entonces no podía amarla a ella. ¿Cómo podía ser mala una persona que bajaba diariamente al mar y respiraba el aire de los pinos? Si ella era realmente mala, también lo era yo y también lo era el Zar.

—¿Por qué es mala?

—Tal vez ella misma te lo dirá.

El sol se había ocultado detrás de los árboles, dejando la iglesia a oscuras y robándole el calor. Las hileras de bancos se alzaban sobre las losas del suelo como las lápidas del cementerio exterior. El Zar no se movía; permanecía sentado, frotándose delicadamente las manos, como para entrar en calor.

La escena empezó a cansarme.

—Tengo que marcharme —dije, mirando hacia el altar, ahora envuelto en sombras.

Él no se movió, sólo inclinó la cabeza como en señal de asentimiento. Pero, de pronto, rogó:

—No te vayas.

Me agité inquieta, rascando con las uñas la barnizada madera del respaldo, sin saber qué hacer.

—¿Por qué? —dije.

Hubiese querido dar a mi voz un tono zalamero, como el que empleaba la madre de Harriet, pero sonó infantil, como un grito en la oscuridad.

—¿Por qué? —repitió él, imitando irónicamente mi voz y deletreando con aspereza las palabras.

Las lágrimas intentaban llegar a mis ojos. Tragué saliva, preguntándome si él me aborrecía. Pero lo que me daba ganas de llorar no era esa sospecha, sino la oscuridad, los ecos de nuestras voces perdidas en la sombra, y las negras formas de los árboles detrás de los altos ventanales. Si levantaba la cabeza con sonrisa dolorida y lanzaba entre los dientes apretados un largo gemido de tristeza en el ámbito de la iglesia, entonces podría llorar. Pero, al no hacerlo, sólo podía permanecer plantada en silencio, sin verter mis lágrimas y dejando que se evaporasen. Si él no quería que me marchase, ¿por qué no me hablaba, por qué no me miraba al menos? En esta triste penumbra, las sombras debían crear rasgos fantásticos en mi cara llena y redonda. Me imaginé un aspecto pálido y etéreo, tizado el cabello sobre mi cabeza, brillantes los ojos con un asomo de llanto.

Cuando él me miró y dijo, en tono seco y divertido: «Eres una pequeña musa trágica», creí estar sentada descalza en la arena, mientras el italiano me llamaba «angelito impuro».

¿Qué era una musa? ¿Una persona sabia, o una diosa griega que entonaba cantos de sirena en las rocas erguidas sobre el mar? Era una frase hermosa, muy hermosa. «Eres una pequeña musa trágica», dije cariñosamente a Harriet, para mis adentros.

Cuando se levantó y me rodeó con sus brazos, su acción fue tan desmañada que tuve que cerrar los ojos con fuerza y aferrarme a las palabras para que no se desvaneciese aquella hermosura.

—Por favor —dije, desolada, aborreciendo el agrio olor de su piel contra mi mejilla—. Por favor, déjeme marchar.

Él bajó inmediatamente sus brazos, retrocedió y se alisó el cabello en ademán cansado. La oscuridad era tal que no podía ver claramente su cara, sólo el perfil de su mano al alisarse los ralos cabellos. Empecé a animarme y a sentirme segura de mí misma, mientras repetía:

—Debe ser terriblemente tarde. Estoy segura. Debe ser terriblemente tarde, Zar.

Presurosa y aliviada, al poder marcharme, tiré de la enorme puerta que conducía al cementerio. No pude abrirla.

—La puerta no se abre, señor Biggs.

Me asusté, consciente ahora de que era realmente tarde.

Él hizo girar la anilla de hierro, debajo de la cerradura, y tiró con fuerza; después apoyó el hombro en la oscura madera y empujó hacia fuera. Pero la puerta no se abrió. Me quedé sin habla, esperando, rezando desesperadamente para que se abriese. La idea de que Harriet había vuelto sin hacer ruido, y cerrado la puerta, fue tomando cuerpo en mi mente.

—Está cerrada —chillé—. Sé que está cerrada.

Me agarré a él, llena de miedo, apretando su mano contra mi mejilla, tratando de aliviar el terror que me agitaba. Parecía como si hubiese vivido todo el verano entre dos extremos de gozo y de pánico, y ambos fuesen insoportables. No estaba enfadada con Harriet, ya que tal vez algún día, por alguna razón explicable, actuaría yo de la misma manera. Pero estaba irritada, dentro de mi miedo, contra las circunstancias que habían convertido unas cosas sencillas y naturales —como el cierre de una puerta o el paso del tiempo— en sucesos importantes y angustiosos. No podía imaginarme lo tranquilo que debía sentirse el Zar al no tener que pensar constantemente en la hora y el lugar, al ser sólo responsable ante sí mismo. Había olvidado que la señora Biggs ocupaba, para él, el sitio de mi madre. Pero él dijo:

—Me concederá media hora más, suponiendo que sean las diez. Después saldrá a la calle y me buscará.

—¿Y si probásemos las ventanas? —dije, midiendo mis palabras, incapaz de ver su expresión, pero consciente de que debía ser débil y desesperada.

Al menos, mi miedo era real. Tenía motivos para estar espantada; a mis trece años, era natural que mis padres se enfadasen y estuviesen inquietos si volvía tarde a casa. Yo no era un hombre maduro, casado desde hacía treinta años, y que había tomado la iniciativa a la sombra del haya. Me sentía exaltada y superior a él, tan blando en sus relaciones con la señora Biggs, y me preguntaba si esto formaría parte del plan de Harriet.

—Están demasiado altas —dijo el Zar, mirando hacia lo alto en la oscuridad—. Además, sólo se abre la parte superior.

Pasó las manos por la pared, junto a la puerta, y sus uñas produjeron un débil ruido de arañazos al rozar la piedra.

—Los interruptores de la luz están fuera, en el atrio —le dije, y mi voz sonó casi divertida en la oscuridad.

El plan de Harriet era muy bueno, pues ahora estaba segura de que era un plan.

Sólo a ella podía habersele ocurrido algo tan exquisitamente sutil, tan bien calculado para presentar al Zar como una criatura débil, limitado por las relaciones que nosotras sabíamos. En mi casa sólo tendría que decir la verdad para que se mitigase toda la cólera. «Alguien me encerró en la iglesia», les diría; o bien: «Un fantasma cerró la puerta. Estaba aterrorizada».

El Zar recorría ahora la iglesia, encendiendo cerillas a cada paso, para ver mejor. Le seguí, tanteando las hileras de bancos y pisando fuerte para que él supiese que le seguía. Abrió una puerta, y un chorro de luz cayó sobre las gradas del altar desde la sacristía. Una hilera de albas blancas, colgadas de unas perchas, se agitaron un momento y volvieron a quedar inmóviles sobre la pálida pared.

—Bien —dijo el Zar, recorriendo la estancia esperanzado, en busca de unas llaves, y arrugando el semblante bajo la luz de la bombilla.

Fuimos afanosamente de un rincón a otro, llenos de expectación, apartando las

albas y la negra sotana del sacristán, arrojando ornamentos al suelo. En el único armario sólo había un sombrero viejo del pastor y un par de pequeñas botas de fútbol. El pupitre de debajo de la ventana sólo contenía algunas rígidas estampas, de las empleadas en la escuela dominical, y un guante de lana verde. Todo recordaba las tardes domingueras, bajo un dosel de nubes blancas —el cuadro de la pared que solía estar en el rincón de los niños, la bandeja especial para que depositásemos nuestros peniques—, y todo contribuía a hacer la noche más extraña, nimbándola con un halo de lunática delicia: la de registrar la sacristía del pastor sin el menor recato. Una situación adorable, a pesar de lo tardío de la hora y del jaleo que sin duda se armaría después.

—¡Maldita sea! —dijo el Zar, preocupado, de pie en el centro de la estancia.

Allí no había ninguna llave.

Traté de pensar lo que haría Harriet en una situación tan apurada. ¿Romper los cristales de colores de las ventanas, o quemar la puerta con las inútiles cerillas del Zar? Ambos procedimientos parecían igualmente espantosos por su brutalidad.

—Señor Biggs —dije, suavemente—, podríamos romper una de las ventanas.

El Zar estaba demasiado preocupado para responder; su aspecto era el de un hombre perseguido durante muchos días y que al fin se veía atrapado, de espaldas a la pared. Pensé que todo sentimiento de amor que pudiese haber entre nosotros yacía ahora aplastado a nuestros pies. El hombre debía estar abrumado y encolerizado por el apuro en que le habíamos metido. Yo no creía que Harriet se hubiese propuesto una cosa así.

El Zar se apoyó en la pálida pared y estudió la estancia sin ventanas. La puerta de la sacristía, aunque más pequeña que la principal, era igualmente gruesa y pesada, y nunca conseguiría abrirla por la fuerza. El hombre miró al techo abovedado y meneó desalentadamente la cabeza.

—Lo siento, pequeña. Sabe Dios qué hora será.

Adopté una expresión trágica y desesperada.

—No temas. —Me dio unas palmadas en el brazo para animarme—. Encontraremos la manera de salir.

Pensé que no me interesaba seguir representando el papel de niña desvalida, al menos por mucho rato. Si tenía que fiarme de él, era muy posible que nos pudriésemos allí, y que no nos encontrasen hasta que el pastor abriese la iglesia el próximo domingo.

—Señor Biggs —le dije—, voy a romper una de las ventanas, si es que puedo.

—No —dijo él, severamente—. Hay que tener sensatez. No puedes hacer una cosa así.

Con noble semblante y corazón audaz, recordando que la señora Biggs le había echado en cara su flaqueza, me dirigí a la puerta abierta de la sacristía y le dije, en tono resuelto:

—Será mejor que me ayude, pues voy a hacerlo.

La iglesia parecía enorme y negra en la noche. Tuve que razonar. Si los árboles parecían distintos en invierno que en verano, la única diferencia estaba en la estación: la iglesia era la misma que de día. Nada tenía que temer.

Extendí las manos delante de mí, como invitando a la pared a acercarse, cautelosamente separados los pies, como un torero. En el rincón próximo al lado del altar el pastor solía guardar la pértiga para abrir las ventanas. Sólo tenía que guiarme por la barandilla de latón y recordar cómo se dirigía él al rincón todos los domingos, entreabiertos los labios con meliflua sonrisa y con la mano estirada; sin duda lo encontraría. «Aire puro de Dios, hijitos», decía él, abriendo la ventana. Yo grité, con acento triunfal.

—Aquí está, señor Biggs; venga a ayudarme.

Su voz sonó grave y turbada en la oscuridad. Sentí compasión de él.

—¿Qué quieres que haga?

Siempre que Harriet me hacía sentir dominada e inútil, respondía yo a sus órdenes con esta misma voz compungida y doliente.

—Aquí está la pértiga de la ventana —dije vivamente, para disimular el tono burlón de mi voz—. Debemos introducir el gancho en la anilla de la ventana e izamos hasta el antepecho. Sólo hay una ventana que podamos romper: la tercera. Se puede ver a simple vista. Es la que resultó dañada durante la guerra y fue sustituida por vidrios de colores. Tenemos que subir junto al cristal y golpearlo en la parte de abajo, y, cuando ceda, saltar sobre la hierba. Después correremos hacia la verja y nos adentraremos en el bosque; así, si alguien nos oye, podremos ocultarnos entre los árboles. Usted seguirá por las dunas, más allá de las charcas de los renacuajos, y yo cruzaré cerca de los cuarteles. Si vamos separados, estaremos más seguros.

Pensé que Harriet se habría sentido orgullosa de mí.

El Zar dijo «sí», en tono inexpresivo, y encendió una cerilla, sosteniéndola entre las manos combadas hasta que la llama se avivó y las pudo abrir. A la débil luz de la cerilla, vi que miraba con ojos como naranjas la pértiga que yo sostenía. Su expresión de inmensa sorpresa se debilitó y se extinguió al apagarse la cerilla.

—Dámela —dijo—, y ve a apagar la luz de la sacristía.

Sus manos, al rozar mis dedos, estaban secas y frías. Solté la pértiga y me eché rápidamente atrás.

Tardé bastante en llegar a la sacristía, porque la lucecita que salía de la puerta podía muy poco contra la oscuridad. Yo me guiaba por ella y avanzaba en su dirección, pero mis pies y mi cuerpo se movían pesadamente en la sombra. Cuando llegué a la puerta y alargué la mano hacia el interruptor de la luz, me detuve y pensé que sin duda Harriet habría querido que hiciese algo más. Abrí el cajón del pupitre, saqué las rígidas estampas y las contemplé. En todas ellas un angélico Jesús miraba ciegamente con ojos de azul cobalto. «Si tuviese un lápiz —me dije— le pintaría bigote; palabra que lo haría». Pero me alegré de no llevar un lápiz. Apagué la luz, cerré la puerta y me apoyé de espaldas en ella.

—¿Dónde está? —grité.

—Aquí.

Avancé cautelosamente por el mismo pasillo, guiándome por su voz. Su respiración, agitada por el esfuerzo, llenaba la iglesia.

—Aquí —gritó—. Aquí.

Cuando llegué junto a él, me dijo que encendiese una cerilla tras otra, para que pudiese ver la anilla en lo alto de la ventana. Hice lo que me ordenaba durante lo que me pareció una eternidad. Parecía que habíamos estado siempre encarcelados en aquella iglesia, entre los árboles. Más allá de los pinos la marea debió subir y bajar innumerables veces mientras luchábamos por enganchar la pértiga en la ventana. Por fin lo conseguimos. El Zar no dijo nada, pero lanzó un gruñido de alivio. Dejó de trajinar y permaneció inmóvil, con la mano extendida.

—Bravo —le dije para animarle, aunque sabía que no serviría de gran cosa.

Esperé unos momentos antes de decirle lo que quería que hiciese, pues no deseaba jactarme delante de él.

De pronto, se echó a reír y dijo:

—¿Habrás visto una situación más absurda?

Y volvió a reír, esta vez con más fuerza.

—Cuando esté dispuesto —aconsejé—, será mejor que suba al banco que tiene detrás de usted y salte contra la pared, adelantando los pies para evitar el golpe. Agárrese a la pértiga lo más arriba que pueda, a fin de que no se desenganche al saltar.

El Zar se encaramó valientemente sobre el respaldo del banco. Encendí una cerilla para que pudiese calcular mejor el salto, pero se apagó casi inmediatamente. Se lanzó contra la pared y un gemido de dolor resonó en la iglesia.

—¿Qué ha pasado?

No hubo respuesta, sólo una respiración jadeante y un ruido de pies arrastrándose sobre la pared de piedra. Y un rumor de trabajoso reptar, como si un extraño cangrejo primitivo avanzase en dirección al antepecho de la ventana, encima de mi cabeza. Después, pude ver la oscura silueta del Zar, en una masa informe contra el cristal, y con la pértiga fuertemente asida junto a su cabeza.

—No hay nada donde agarrarme. —Su voz era aguda y desolada—. No puedo soltar la pértiga.

—Está bien. Agárrese a la pértiga con la mano izquierda y avance todo lo posible a lo largo del antepecho. —Era fácil decirlo—. Hay un cordón enroscado en un gancho en la pared. Búsquelo a tientas, pero no suelte la pértiga. —El Zar no se movió. Le grité, irritada—: Vamos, todo irá bien.

Debió sentirse abandonado y furioso, obligado a avanzar por la estrecha e inclinada cornisa, viendo confusas sombras de árboles oscilando en el cementerio.

Me daba cuenta de que estaba muy cansada. El esfuerzo realizado para hacer mover al Zar, la tensión que sentía al tener que obligarle a realizar mi plan, me

hicieron comprender la fuerza y el empuje que Harriet necesitaba para manejarme constantemente y obligarme a seguir el camino marcado por ella.

—Ya lo tengo.

Con los brazos y las piernas abiertos la silueta del Zar se recortaba contra la ventana y parecía una estrella de mar. La pértiga sobresalía como un tercer brazo alargado. Me puse de pie en el extremo del banco y busqué la punta del palo.

—Suéltela —le ordené—. Agárrese al gancho y avance un poco más.

Estuvo a punto de caerse. Su cuerpo se balanceó hacia fuera, mientras unas manos invisibles arañaban el cristal. Después, se dobló hacia dentro, respirando con fuerza. Con tanto alboroto me venían ganas de reír. Le sobraban años para esta clase de ejercicio.

—¿Se encuentra bien?

—Sí. Cuando saltes, procura no darte de cabeza.

Mostré los dientes en la oscuridad, me incliné hacia la pared, poniéndome de puntillas y agarrándome a la pértiga, y empecé a izarme despacio, sin apartar los ojos de la ventana, del débil resplandor que no era luz, sino una oscuridad atenuada.

—Señor Biggs —dije, con voz febril—. Señor Biggs, no puedo subir más.

Empezó a deslizarse de lado, agarrado con una mano al gancho de la pared y alargando la otra en mi dirección.

—¿Puedes alcanzar mi brazo?

Ahora que estaba en condiciones de ayudarme, su voz sonaba más fuerte.

Era una situación muy difícil. El Zar, balanceándose en una estrecha cornisa, agarrado a una pértiga que podía soltarse de la anilla en que estaba enganchada, y yo tirando frenéticamente de su impermeable para sostenerme. Cuando al fin estuve sobre su espalda, crucificada en ella como uno de los santos de la ventana en la que él apoyaba su mejilla, ambos permanecimos como pasmados, incapaces de movernos. Si Harriet hubiese regresado y abierto la puerta, yo no me habría movido.

—Eres una niña muy pesada —dijo por fin el Zar.

Le odié por esto. Había olvidado que era gordita; me había imaginado frágil e infantil al recurrir a su fuerza superior. Traté de apartarme y a punto estuve de caerme. Me agarré convulsivamente a él, y el Zar lanzó un gemido.

—Lo siento. Casi perdí el equilibrio.

No respondió. Hubiérase dicho que no respiraba. Al fin, me preguntó:

—Y ahora, ¿qué he de hacer?

Sin duda sus palabras querían decir algo más de lo que expresaban; algo sobre el futuro y sobre lo que Harriet y yo esperábamos de él.

—Señor Biggs, ¿es muy pesada la pértiga?

—Lo malo es su longitud. Demasiado corta para apoyarla en el suelo y demasiado larga para sostenerla fácilmente.

—Bueno, hágala oscilar y empuje fuerte el cristal. Si no se rompe, suéltela en seguida.

En realidad, dudaba de que el cristal se rompiera, pues parecía muy grueso y duro. Esperé un buen rato. Entonces, dijo el Zar:

—Voy a probar ahora. ¿Preparada?

—Sí —dije valientemente, aunque mi voz sonó muy débil en la oscuridad.

Se oyó un ruido como de hielo al romperse, un ruido seco y claro, y después un tintineo al desprenderse el cristal. La pértiga cayó detrás de mí, en el mismo momento en que el aire nocturno acariciaba mi rostro. Salté y caí pesadamente sobre la hierba. El suelo estaba tan fresco y la tierra era tan firme que sentí deseos de quedarme allí tumbada, pero me levanté y corrí por el sendero en dirección a la verja que daba a los bosques. La verja era difícil de abrir, atascada como estaba por flores muertas y restos de coronas que habían sido arrastradas hasta allí desde el sendero. Harriet tenía una colección de recordatorios ribeteados de negro, hallados en aquel montón de desperdicios. Los guardaba en una carpeta especial y había puesto un breve comentario a cada uno de ellos.

—¡Señor Biggs! —llamé—. ¡Señor Biggs!

Menuda escapada la nuestra; y qué bien había planeado yo nuestra liberación. Los árboles destilaban un dulce olor a pinos y hayas; la fragancia de los días de verano envolvía el bosque, surgiendo de una tierra pardusca. La idea de que había realizado esta hazaña sin que Harriet me guiase, me llenaba de entusiasmo. ¡Qué importaba que sólo tuviese trece años y que mis padres se empeñasen en que me acostase a las diez! Me tenía sin cuidado que llamasen a la policía y que acabasen encerrándome en mi cuarto. En cuanto a la redonda herida en la pared de la iglesia y la vidriera hecha añicos entre las tumbas, era algo que el Zar podía remediar fácilmente, enviando anónimamente algún dinero al pastor.

Crucé corriendo el campo que se extendía delante de los cuarteles y me dirigí hacia la estación. Cuando salté el muro del camino, vi la figura de un hombre acurrucado junto a la farola, al pie de la colina. Sostenía un pañuelo sobre su cara.

—¿Qué le pasa? ¿Se ha cortado?

Estaba pálido y maltrecho, y un hilo de sangre corría sobre sus labios.

—Me di de narices al caer —dijo con dificultad, enjugándose la nariz con el pañuelo manchado.

¡Vaya una herida! Había roto una ventana, había saltado al suelo desde ella, y sólo se había chafado un poco la nariz.

—¿Cómo se lo hizo? Yo caí de pie sobre la hierba.

—Tuviste suerte. Hay una franja de cemento alrededor de las paredes.

—Bueno, tengo que irme. Es probable que mis padres me hagan buscar por la policía.

Subí corriendo la colina, dejándole acurrucado al pie de la farola. Un coche remontó la cima y se detuvo junto al bordillo al iluminar mi cara con sus faros.

—¡Qué bien que hayas venido, papá!

Abrí la portezuela, me dejé caer en el asiento y empecé a llorar.

—¡Ha sido horrible! ¡Qué susto he pasado!

Él guardó silencio, inclinado sobre el volante, rezumando reproches por todos sus poros.

—Estaba en el bosque y vi una mujer envuelta en un manto, que corría entre los árboles. Tenía la cara llena de sangre.

Puso el motor en marcha, hizo girar el coche y emprendimos el camino de regreso.

—Poco antes de verla, había oído un estruendo procedente de la iglesia, como de una ventana al romperse... ¡Fue horrible, papá!

Me dejé llevar por las olas de angustia que me sacudían, espoleada por su silencio, convencida de que él sabía que le estaba mintiendo. Detuvo el coche frente a la casa y me ayudó a apearme, siempre sin decir palabra. Brillaba una luz en el zaguán; la puerta estaba abierta, y mi madre esperaba en el umbral, menuda e indefensa.

—¿Qué ha pasado, George? ¿Está bien?

—Dios sabe lo que ha pasado. No entiendo nada.

Me llevaron a la cocina. La luz era tan fuerte que tuve que cerrar los ojos.

—No fue culpa mía, madre; yo nada podía hacer. Fue la señora del bosque...

Me abracé a ella, incapaz de resistir su crédula expresión.

—No deberías ir a ese maldito bosque, con todos esos hampones del campamento rondando por allí.

Durante mi relato pareció que flotaba una sonrisa detrás del rostro de papá. Comprendí que la absurda historia le irritaba, pero no podía probar que estaba mintiendo. Mi madre empezó a hacerme atinadas preguntas, pero, cuando rompí en sollozos, me rodeó con sus brazos y me acunó sobre sus rodillas, a pesar de mi volumen.

Por fin pude irme a la cama. Yací en la oscuridad con los ojos abiertos. Me había librado de un disgusto serio, me habían besado, y había explicado lo de la ventana rota. Jamás me culparían de ello, tanto más cuanto que Harriet había regresado pronto a casa. Había mentido bien y había llorado sin esfuerzo. Por la mañana, estaría pálida y parecería enferma. Pensé en la estupenda aventura, en mi fuerza sobrenatural dentro de la iglesia, y empecé a sonreír al recordar la magullada nariz del Zar al pie de la farola. Harriet no habría podido hacerlo mejor.

El padre de Harriet se tropezó en la ciudad con el Zar, que llevaba un brazo en cabestrillo. Harriet me dijo que tal vez se lo había torcido al saltar por la ventana y que probablemente no era una lesión grave. Me ofreció visitar a la señora Biggs, pero yo le respondí que sería una imprudencia, después de la aventura del jardín.

Hablamos largo y tendido sobre la noche en que me había quedado encerrada en la iglesia con el Zar, pero Harriet no dijo que ella hubiese cerrado la puerta. Escribimos en el Diario que habíamos sido encerrados misteriosamente por personas desconocidas, pero yo sabía que había sido Harriet. Tenía ganas de preguntarle si esto era parte del plan, pero temí que me llamase estúpida. Me explicó que su padre había comentado que el Zar solía cruzar el río en el *ferry*, los miércoles, para visitar la otra fábrica de la empresa.

—Iremos mañana —me dijo—. Les decimos que vamos al museo, y esto les complacerá.

—Es posible que él no vaya, a causa de su brazo.

—Iremos de todos modos.

Tomamos un tren de la mañana. Me habían obligado a ponerme el uniforme del colegio, pero Harriet me dijo que me hacía parecer más delgada. Fuimos en tranvía hasta el muelle, saltando en los asientos de madera. El embarcadero estaba lleno de papeles y desperdicios, y ancianos sentados en los bancos, envueltos en blancas bufandas, contemplaban el mar. Nos sentamos junto a ellos a esperar el barco, tratando de adoptar una actitud de indiferencia, pero estábamos demasiado excitadas para conseguirlo. Aquellos hombres no miraban nada en concreto, ni siquiera las gaviotas que revoloteaban y chillaban sobre la aceitosa sábana de agua. Harriet me contó que aquella vista estaba impresa en sus retinas desde hacía mucho tiempo, y que sólo el recuerdo de cosas pasadas centraba su atención en el paisaje.

Un viejo, sentado en un banco apartado del nuestro, empezó a silbar entre dientes y a golpear el suelo con su bastón. «Cuando el peti-petirrojo salta-salta y se va...». Una hilera de rodillas descarnadas subieron y bajaron, y una hilera de botas lustradas repicaron siguiendo el compás. Supuse que, en el momento más inesperado, Harriet abriría los brazos y cantaría la letra a voz en grito. Probablemente para empezar sólo esperaba a que un cansado corro de viejas con rebozo y faldas andrajosas se pusiese a bailar sobre las losas, haciendo saltar sus abultados senos. Las gaviotas lanzaban destellos de alas blancas bajo el sol, pasando veloces sobre el tejadillo metálico del embarcadero. Las manecillas de los relojes que indicaban las horas de llegada de los barcos de Birkenhead y Wallasey saltaban para ponerse en su sitio. Una mujer de cara colorada y jersey amarillo se apoyó en la barandilla. «Peti-petirrojo...», cantó Harriet en voz alta, golpeando el suelo con ambos pies e inclinándose hacia delante para sonreír a la hilera de ancianos. Cesó el silbido, quedaron rígidas las rodillas, se inmovilizaron las pesadas botas sobre el empedrado; la hilera de ojillos se fijó en el

sol.

Estuvimos sentadas allí durante dos horas, esperando al Zar, observando paciente y atentamente a cada pasajero. Yo ignoraba qué hacer o qué decir cuando le viésemos. Al preguntárselo a Harriet, ésta me dijo:

—En realidad, da lo mismo. Lo importante es que nos vea continuamente, no sólo en la playa o en el bosque. Quiero que se sienta cercado.

Me pregunté si Harriet pretendía que se sintiese cercado sólo porque había dicho que ella era mala. Los amoríos entre el Zar y yo parecían olvidados. Ni siquiera me preguntó si habíamos llegado a algún acuerdo más definitivo en nuestras relaciones. Ni siquiera se había interesado por lo que me había dicho en la iglesia.

Cuando vimos al Zar, éste se hallaba en compañía de un hombrecillo guapo y moreno, de negro bigote. Bajaron del barco de Wallasey hablando animadamente, tanteando la barandilla de la pasarela. El Zar de cara a su acompañante.

—Hola, señor Biggs —dijo Harriet, con expresión amistosa, plantándose delante de él con los pies separados y cruzadas las manos a la espalda—. ¡Qué casualidad encontrarle aquí!

El Zar inició un saludo vacilante con su sombrero, y Harriet dijo:

—Estábamos contemplando los barcos, ¿sabe? Ignorábamos que le veríamos a usted. ¿De dónde viene?

Sonrió abiertamente y con inmensa inocencia al hombrecillo moreno que acompañaba al Zar. Éste, como tantos otros, quiso intimar inmediatamente con ella. Se inclinó, con una sonrisa que quería ser seductora, y dijo:

—Creo que no tengo el gusto...

El Zar vaciló. Pareció encogerse bajo la luz del sol, ante la horrible vulgaridad del hombre.

—Dos jóvenes amigas mías de Formby —dijo—. Os presento al señor Douglas Hind.

Harriet y el señor Hind se enzarzaron en una larga conversación.

—¿Y en qué empleas los largos días de verano, querida?

—Una pregunta bastante impertinente, ¿no?

—¡Oh, vamos...! —rió, satisfecho, el hombre del bigote.

—El padre de Harriet dijo que llevaba usted un brazo en cabestrillo, señor Biggs.

—Sí, así es, pequeña. Creo que fue una ligera torcedura; nada grave.

—¿Estaba su esposa esperándole en la calle, cuando llegó a casa?

Él pareció buscar una cara conocida entre la muchedumbre del embarcadero. Se volvió a medias y se acarició la mandíbula con los dedos.

—No, no estaba —dijo, abstraído.

El señor Hind volvió a reír, y su pequeño bigote osciló como un tapón de corcho sobre el océano de su labio.

—¿Cómo explicó la torcedura? —pregunté, intentando que él me mirase.

—Dije que un muchacho me atropelló con su bicicleta —respondió el Zar.

No sonrió. Parecía desgraciado. Yo quería alegrarle de nuevo, si Harriet me lo permitía. El señor Hind tocó el brazo del Zar.

—Peter, esta señorita sugiere que tomemos una taza de café. Buena idea, ¿no?

Sonrió francamente al Zar y, después, a Harriet.

—Sí, claro.

El Zar parecía pensar que cualquier cosa era preferible a permanecer al descubierto, expuesto a las miradas de todos. Harriet y el señor Hind echaron a andar en dirección al *snack-bar*. Yo sabía que todo aquello estaba mal. Nunca debimos hablar con él fuera de la playa. Los árboles, la iglesia y el camino que conducía al mar eran los límites correctos de nuestras relaciones. Era erróneo pensar que podíamos desenvolvemos fuera de aquellos límites.

El Zar revolvió su café y miró por la ventana, estirando el cuello como un muchacho herido en su amor propio. Tragó saliva repetidas veces y su nuez se movió desagradablemente en el delgado y pálido cuello.

Las moscas revoloteaban sobre un plato de dulces escarchados en la mesa contigua. Un obrero que vestía mono y se cubría la cabeza con un gorro picudo bostezó exageradamente, descubriendo unas encías blancas, y lanzó una bocanada de humo de cigarrillo contra las moscas.

—La verdad es —dijo Harriet, con dulce voz infantil— que cumpliré catorce años dentro de unos meses. Mamá dice que entonces podré cortarme los cabellos.

—¡Oh..., no!

El señor Hind pareció terriblemente impresionado. Alargó una mano morena y tocó ligeramente la trenza que pendía sobre el hombro de Harriet.

—No —dijo tontamente—. No te los cortes.

El Zar le dirigió una rápida mirada censurándole y se volvió de nuevo a la ventana, sin atreverse a hablar.

—No creo que al señor Biggs le preocupe mucho lo que yo haga —dijo Harriet, mirando pesarosa al señor Hind.

Éste se retrepó en su silla y cruzó las manos detrás de la cabeza, levantando los codos como un milano.

—Estoy seguro de que no es así. Eres un tipo afortunado, Peter.

Encogió el cuerpo y golpeó el hombro del Zar con el codo.

—Creo que sí —dijo el Zar, más tranquilo, inclinándose un poco sobre la mesa y haciendo un guiño amistoso al señor Hind.

Tuve la seguridad de que eran amigos y se hacían confidencias. Tan amigos como pudiésemos serlo Harriet y yo, aunque separados por los cursos distintos de sus vidas. Probablemente el Zar le había contado lo de aquella noche en la iglesia, aunque de un modo vulgar, para adaptarse a las maneras del hombre del bigote. Le habría dicho: «Encerrados, Douglas..., imagínate. Y yo haciendo equilibrios en la cornisa de una ventana, cargado con una enorme pértiga». «¿Y qué había pasado antes? ¿Eh?», le habría preguntado el señor Hind, insinuante. «¡Oh! Traté de besar a la niña, pero no

hubo nada que hacer». Y se habrían reído los dos a carcajadas.

Observé, fascinada, el negro y fiero bigote sobre la húmeda boca. El Zar parecía aún más frágil y amarillo al lado de aquel hombre. Parecía estar completamente hecho de pelos. Tupidos y crespos sobre su redonda cabeza, parecían crecer hasta en las puntas de sus orejas. Las cejas, las pestañas, los pómulos, el labio: todo oscurecido por un vello negro. Con las manos, el cuello y el codo sombreados por la abundancia de aquél, el señor Hind se agitaba y resplandecía bajo la luz del sol. Debajo de la mesa, sus dos piernas duras y morenas debían estar también cubiertas de una funda de vello. Era como si un abejorro revolotease con tres polillas, y fuese el Zar la más pálida de las tres.

Harriet me tocó el tobillo con la punta del zapato. Supuse que el señor Hind le apretaba la rodilla debajo de la mesa, y la miré con expresión de regocijo, aunque matizada de ligera envidia. Ella resplandeció al otro lado de la mesa, torcidas las comisuras de los labios en una sonrisita de satisfacción. Mi envidia era real, porque nadie me había apretado nunca la rodilla con tanta rapidez y audacia, aunque era muy posible que Harriet hubiese sido la primera en acercarse a la suya, cosa que yo nunca me atrevería a hacer con el Zar. Me consolé pensando que yo era más femenina y refinada que ella. El Zar dijo:

—¿Estaban tus padres muy inquietos por ti, la otra noche?

Habría podido decirle la verdad y responderle que estaban muy preocupados, pero siempre resultaba más romántico el papel de niña abandonada.

—No; estaban bebiendo con unos amigos. Nunca se dan cuenta de si estoy o no en casa.

En otra ocasión le habría dicho que mis padres habían llorado y telefoneado a la policía, llenos de angustia; pero también esto habría sonado a embuste. Hacía mucho tiempo que Harriet y yo nos habíamos olvidado de decir la verdad. El reloj del edificio de enfrente dio la hora. El Zar consultó el suyo para comprobar su exactitud, y apoyó una mano en el borde de la mesa, disponiéndose a levantarse.

—Zar —dije, en voz muy baja, para que Harriet no me oyese—. Zar, ¿irá al bosque esta noche?

Me miró sorprendido; la mano apoyada en el borde de la mesa se aflojó poco a poco, y el hombre se inclinó de nuevo sobre las tazas de café. «De prisa, de prisa —pensé—; diga algo antes de que Harriet deje de hablar, señor Biggs». Él frunció los párpados mientras yo le observaba; su expresión era casi de disgusto. Pestañeé rápidamente y moví los labios para cambiar mi propia expresión. Harriet me había increpado muchas veces diciéndome que era fea, que debía modificar y regir los músculos de mi cara. No es que mis sentimientos iluminasen mi semblante, como el de Harriet, que se transformaba expresando gozo o ira diabólica; más bien era debido a que una terrible ansiedad y vulnerabilidad hacían de mi cara una herida abierta, con todos los nervios al descubierto.

El Zar dijo, débilmente:

—Seguramente...

Tragó saliva con nerviosismo, reprimiendo lágrimas de conmiseración, agitando los párpados enrojecidos.

—Pero no en el camino. Detrás de la iglesia.

Lo dijo muy de prisa, como si la señora Biggs pudiese estar al alcance de su voz. Volvió a apoyar la mano en la mesa, esta vez con decisión, y se puso en pie. El señor Hind retiró de mala gana su mano de la rodilla de Harriet y se levantó también.

Cuando se hubieron marchado, ella se retrepó en su silla y me sonrió calurosamente. Yo deseaba informarla inmediatamente de mi cita con el Zar, pero comprendí que ella quería que la dejase en paz. El hombre del mono empujó ruidosamente el plato y se estiró, levantando un momento el gorro para refrescar su acalorada frente. Harriet dijo:

—La señora Biggs estará un par de días ausente la próxima semana y el señor Hind vendrá a hacerle compañía al Zar.

—¡Oh!

¡Qué lista era al descubrir una cosa tan importante de labios de un desconocido! Toda la satisfacción que sentía por mi petición al Zar se desvaneció en el acto, dando paso a un sentimiento de humildad.

—Eres muy lista. ¿Cómo se lo preguntaste?

—No se lo pregunté. —Me miró, sorprendida—. Me lo dijo él. Yo sólo conduje la conversación por ciertos derroteros, y él me dijo lo que quería saber. La señora Biggs se marcha el martes por la mañana, temprano, y el señor Hind y el Zar estarán solos hasta el jueves.

—¡Oh! —Volví a sorprenderme.

—El señor Hind me ha sugerido que vayamos el martes por la noche a tomar café.

Incluso Harriet estaba impresionada por esto. Tomar café era parte de un estilo de vida diferente del nuestro; algo relacionado con asistir a los conciertos y al teatro, con personas que jugaban al *bridge* por la noche. Si durante el verano veíamos en el tren un hombre con traje a cuadros y calzando zapatos de ante, podíamos asegurar, desdeñosamente, que tomaba café después de las comidas. Pero ¡ay!, el elegante faldoncillo de su chaqueta se alzaba como un faralá al apearse en el andén. Cualquiera que llamase por la tarde a las casas que conocíamos llevaba pantalón gris y chaqueta verde, y, a las nueve, era invitado a tomar el té con pastas de fantasía. Siempre precedía una invitación, nunca se producían visitas inesperadas. Eran rarísimos los que se presentaban sin previo anuncio; y, de producirse una de estas ocasiones, la madre de Harriet habría hablado de ello durante muchos días, con una mezcla de orgullo y de jactancia. «No —diría—, no les esperábamos; llegaron como caídos del cielo. Muy raro, ¿verdad?». Y su boca se torcería en una disimulada sonrisa de satisfacción.

Ambas guardamos silencio, imaginando la escena en la casa del Zar, tomando

café en delicadas tacitas blancas, encerradas bajo la luz de la lámpara con los dos hombres: el delicioso misterio de la noche, el desacostumbrado sabor amargo del negro líquido, el terrible peligro, pasos resonando en el sendero, el Zar apoyándose en la ventana, pálido como la cera, pues la señora Biggs volvía antes de tiempo e introducía la llave en la cerradura. Era una fantasía adorable y terrible, y la conservamos en la mente durante todo el camino hasta la estación.

Ya en el tren, dije en tono casual a Harriet que le había pedido al Zar que fuese a verme detrás de la iglesia, pero ella no respondió. Asintió simplemente con la cabeza, contemplando la fuga de los setos y los sembrados.

Por la tarde casi deseé que mi madre me obligase a quedarme en casa, pero, cuando me puse la chaqueta en la cocina, sonrió y sólo me dijo que volviese antes del anochecer. Por consiguiente, tuve que salir. Me sentí excitada al doblar la esquina y ver la iglesia, recordando la ventana rota y la impotencia del Zar. Salté el murete recatadamente, por si me estuviese observando, y permanecí con rostro pensativo entre la fría hiedra. Todo parecía frío y pálido; el horizonte se había teñido de verde, de modo que ya no había separación entre la tierra y el cielo. Hubiérase dicho que el mundo entero tenía un aspecto débil y enfermizo: las lápidas de las tumbas, la pizarra de la iglesia y el sendero enarenado tenían reflejos verdosos y malsanos. Era como si el cementerio hubiese sido modelado con cera y colocado bajo una enorme campana de cristal, en la que diminutas partículas de humedad rezumaban y se deslizaban por su superficie interna. No podía moverme, tan pesados se habían vuelto mis miembros. Tenía la impresión de que, si levantaba un pie, éste se aflojaría y se desprendería de la pierna. Conservé mi aire reflexivo, para el caso de que me viese el Zar. Una débil brisa susurraba entre los pinos y se arrastraba sobre la hierba. Las hojas de hiedra temblaban contra mis piernas, y mis cabellos revoloteaban y caían sobre mi cara, protegiéndome. Eché a andar y, de pronto, en el atrio aparecieron el Zar y el pastor, hablando. El pastor movía constantemente un brazo, arriba y abajo, como el ala rota de un cuervo negro, y el Zar contemplaba el cementerio y asentía con la cabeza. Yo estaba muy cerca de ellos, si medía la distancia por la relación entre mi cuerpo y el atrio; pero parecían pequeños y remotos, como seres vistos al microscopio. La corpulencia del pastor parecía curiosamente reducida, y el Zar permanecía inmóvil, como una marioneta amarilla, de cuello flácido y cara de cera. No debía fantasear, me dije. Aunque mi nariz y mis oídos pareciesen llenos de algodón, aunque tuviese la impresión de encogerme y dilatarme como la mano de un niño, no debía fantasear. Una sonrisa tonta se pintó en mi cara, en honor de los dos hombres.

—¿Quién pudo ser capaz de hacer una cosa así, señor Biggs? ¡Con lo que costó ese cristal...!

La voz del pastor parecía llena de lágrimas. Pronunciaba las vocales con firmeza y señalaba con ademán teatral el trozo de cartón que había sido fijado en la abertura y que parecía un ojo ciego entre otros muy despiertos. El Zar tenía ahora la cabeza gacha y daba vueltas al sombrero entre sus dedos.

—¿Quién lo hizo? —pregunté yo, audazmente, mirando la afligida cara del pastor y sus ojos llenos de caridad.

Harriet decía que eran sobre todo estos ojos, y después su voz, los que delataban su senilidad. El pastor meneó gravemente la cabeza y confesó:

—No lo sabemos, no lo sabemos.

No pude soportar la mirada de aquellos ojos luminosos, con puntitos amarillos salpicando las pupilas castañas. Miré a mis pies, confusa, y vi junto a mi zapato un trozo de vidrio pintado de un rojo mate.

—¿Puedo quedármelo?

—Claro que sí.

Sus párpados se encogieron en una sonrisa de mandarín, y una red de pequeñas arrugas se tendió alegremente sobre su cara, mientras la gruesa boca se adelgazaba en una línea de dulzura total. Era una sonrisa terrible. Harriet me había dicho una vez que aquel hombre era como la bruja de Hansel y Gretel, que tenía una casa hecha de dulces y caramelo; sólo que en vez de la casa era él mismo quien estaba hecho de azúcar. «Si le cortásemos un pedacito —me había dicho—, aunque sólo fuese la punta del dedo meñique, veríamos que es dulce desde el principio hasta el fin».

Ahora, al verle sonreír, sentí una dulzura empalagosa en mi lengua, como si le hubiese mordido los dedos.

—Gracias.

Me quedé indecisa, sosteniendo el fragmento de cristal en la palma de la mano. El pastor me dio las buenas noches con exquisita cortesía, y el Zar sonrió gravemente, al empezar a alejarse guiado por aquél. Vi cómo pasaban por un hueco de la cerca al jardín del pastor y seguían el sendero de la rectoría. Esperé que el Zar me hiciese una seña con la mano a espaldas del pastor, pero no lo hizo, sino que siguió andando con elegante balanceo en dirección a la casa. Dobló la esquina y yo me quedé sola en el atrio.

Él seguiría con sus extravagantes ademanes, las siempre prestas lágrimas acudirían a sus ojos, y ni una sola vez se acordaría de mí. En cambio, yo quería que me hablase esta noche; quería esperar, desalentada y dolorida, a que él me besase; contarle a Harriet la fuerza con que le habría interrogado. Deseaba afanosamente que regresase, pero pasaba el tiempo y yo seguía, pesada y tontamente, en aquel atrio invadido por la penumbra. Llena de aflicción, pasé al otro lado de la iglesia, me senté de espaldas a la cerca y encogí las rodillas para ocultar en ellas mi semblante. Cada vez que levantaba la mirada, pensando: «Ahora vendrá», sólo veía el cementerio desierto. Escuché un rumor en el bosque, detrás de mí, y miré casi temerosa por encima del hombro esperando verle, pero no había nadie. «*Keine Mensch*, amor mío», murmuré entre mis brazos cruzados, y sonreí concienzudamente para mis adentros. Sentía un dolor intenso, como si bostezase dentro de mi pecho; pero cuando acudieron las lágrimas me sorprendí, pues no me sentía desgraciada. Sentimentalismo, me dije sollozando, y oculté la cara entre los brazos. Si él llegase

ahora, palidecería y sería muy amable conmigo, y... No, yo no sabía cómo reaccionaría. Entonces recordé a la señora Biggs en el sofá, y la habitación a oscuras, y la calavera sobre el respaldo de cuero. Cerré los ojos con tal fuerza que las lágrimas cesaron bruscamente.

—Me voy a casa —dije en alta voz—. Me voy a casa.

Tuve que permanecer un buen rato sentada en el campo, al pie de la colina, para que mi cara se deshinchara un poco. Sin embargo, no me había sentido realmente desdichada.

Harriet dispuso que fuésemos por separado a Timothy Street. Ella daría un gran rodeo, fuera del pueblo, y se dirigiría a la casa por el campo. Yo debía seguir el camino acostumbrado y encontrarme con ella en casa del Zar. En ningún caso debíamos entrar juntas; a solas podíamos pasar más inadvertidas, y, si una de las dos era sorprendida, la otra permanecería a salvo. Harriet llegaría diez minutos antes que yo y dejaría abierta la puerta de la verja. Si yo encontraba la puerta cerrada, debía seguir adelante y volver directamente a casa.

—No te vuelvas a mirar —me dijo, como temerosa de que la señora Biggs pudiese convertirme en estatua de sal.

—Te lo prometo —le dije.

—Y no me vengas con que tu madre no te ha dejado salir. Si no compares, no volveré a mirarte a la cara.

Cuando salí, mi madre estaba atareada haciendo un vestido para Frances. La besé en la mejilla, evitando la hilera de alfileres que tenía entre los labios. La puerta de la verja estaba abierta, pero seguí andando hasta el final de la calle y allí di media vuelta y me dirigí a la casa como un corredor ante un obstáculo difícil, muy de prisa y sin mirar a derecha e izquierda. Pulsé resueltamente el timbre, me alisé el cabello y me froté los labios para enrojecerlos, realizando todas estas operaciones con prisa febril, para que no me sorprendiesen en ellas al abrir la puerta.

Fue Harriet quien me invitó a entrar. Tenía el rostro colorado, sueltas las trenzas incoloras sobre las orejas.

—¡Sí! ¡Es ella! —gritó a los de la casa, y murmuró rápidamente en mi oído—: No rechaces la bebida, pero sórbela despacio.

Cerró la puerta. Yo me pregunté por qué pensaría ella que iba a rechazar el café, y por qué tenía que sorberlo despacio. Tal vez escaseaba. Había un reloj de pie en un rincón; al pasar nosotras, tembló e hizo sonar sus pesas de metal.

No estaban en el temido salón, sino en otro más pequeño en la parte posterior de la casa, desde el cual se dominaba el jardín y los campos cercanos. Sentí un enorme alivio al no tener que sentarme en el sofá azul de cuero. El señor Hind estaba sentado en el brazo de un sillón, balanceando su pierna musculosa; el Zar permanecía de pie, contraída la cara y sonriendo forzosamente.

—Bueno, bueno. Adelante, querida.

El señor Hind siguió balanceando la pierna sobre el brazo del sillón y observando las subidas y bajadas de su zapato de color marrón. Vestía un traje azul a rayas y un chaleco de fieltro, cruzado por una cadena de reloj. Los dos se parecían terriblemente a nuestros padres.

—Bueno, bueno —repitió Harriet, cruzando infantilmente las manos a la espalda y mirando al Zar sin pestañear.

Ambos estaban muy nerviosos. Nosotras, en cambio, habíamos urdido y

madurado las situaciones y les llevábamos ventaja.

—¡Oh, Harriet! —exclamé—. ¡Mira, un piano!

Me senté en el alto taburete forrado de terciopelo y puse las manos sobre el teclado. La única tonada que conocía era el vals del Danubio Azul, y toqué el primer compás.

—Sigue —pidió el señor Hind.

—No podría —dije sinceramente—. No sé nada de música.

Harriet se echó a reír: un sonido divertido y sedante. El señor Hind tosió.

El Zar se sirvió bebida de una jarra y avanzó en mi dirección, sosteniendo la copa como una flor. Se sentó en la banquetta, a mi lado, e hizo girar la mezcla en el recipiente de cristal, mirando por encima del hombro a Harriet y al señor Hind. Yo junté las manos y contemplé el teclado. El Zar apoyó cuidadosamente un codo sobre las teclas, tan cuidadosamente que no se oyó el menor ruido, y cruzó las piernas. Me habría bastado volverme ligeramente a un lado para encontrarme cara a cara con él. Pero permanecí inmóvil, aparentemente sumida en mis pensamientos, con las flácidas manos cruzadas sobre el regazo.

—¿Estás pensando en que no debiste venir? —me preguntó a media voz, tapándose los ojos con la mano y ahuecando la palma sobre la frente, como para protegerse de una luz demasiado fuerte.

—¡Oh, no! Sólo que...

—Bueno, ¿qué?

Hizo una pausa, amablemente, deseoso de ayudarme. Por más que quisiera, no podía ser sincera; no podía empezar ahora a decir la verdad.

—Creo que no está bien que venga a su casa, estando ella ausente. Sufriría mucho si lo supiese.

La piel se frunció alrededor de sus ojos en sombra. Se frotó la frente, sobándola con desaliento, dolorosamente contraídos los labios.

—No lo sabrá, si Dios quiere.

Si Dios quiere: era como cuando mi padre, en Navidad, levantaba su vaso de oporto y decía, humorísticamente: «¡Por los amigos ausentes que están en alta mar!». No había ningún amigo ausente en alta mar, de la misma manera que no había un Dios que quisiese ocultar nuestra visita a la señora Biggs. Sin embargo, tenía que decirlo, para observar las normas.

—¿Por qué has venido?

La pregunta fue tan súbita y tan impropia de él que, por un momento, estuve a punto de decirle la verdad.

—Quería ver cómo era esto. Quiero decir que sólo le conozco en la playa y en la calle. Y es... es divertido ver dónde vive la gente.

Su boca se frunció, sin que él pudiese impedirlo. La palabra «divertido» le había hecho daño.

—Comprendo.

No comprendía nada, pero aquello era un juego, y una de sus reglas era mantenerle en la oscuridad. Harriet lo apreciaría más tarde, cuando le contase la conversación. Sin embargo, no quería lastimarle.

—Quiero decir que me gusta verle y quería saber cómo es dentro de casa.

El señor Hind se puso enérgicamente en pie y se dirigió a la mesa donde estaba la jarra. Harriet dijo alegremente:

—Sólo un poquito, de veras.

La expresión «de veras», que recordaba el colegio, parecía fuera de lugar en aquella habitación. Me imaginé su brazo levantado con burlona gazmoñería, sus ojos brillantes sonriendo al señor Hind. El Zar la miró entre los dedos y desvió de nuevo la mirada. Entonces vi que ella había bajado el brazo sobre la falda y que sus ojos atrevidos ya no sonreían, sino que miraban curiosamente al Zar. El señor Hind se acercó a él.

—Todavía no has ofrecido una copa a la señorita.

Amenazó burlonamente con un dedo al hombre del taburete y me preguntó:

—¿Qué será, querida? ¿Jerez, o un poco de *whisky*?

Sonreía confiadamente, roja y vivaracha la húmeda boca bajo el espeso bigote.

—*Whisky*, creo yo...

Me volví en la banqueta, desentendiéndome del Zar y mirando a Harriet, pero ésta sorbía taimadamente su vaso y no levantó la mirada.

—Al momento.

El señor Hind me volvió la musculosa espalda y se dirigió a la jarra. El Zar siguió sentado, pesadamente y en silencio, tapándose casi del todo la cara con la mano. El confuso perfil de su mandíbula y el pliegue de piel sobre el cuello de la camisa, parecían expresar reproche.

—¿Es buena cosa el *whisky*? —pregunté, tímidamente.

—El *whisky* es una cosa estupenda —dijo el señor Hind, de pie sobre la alfombra, doblándose ligeramente por la cintura y ofreciéndome el vasito medio lleno de líquido ambarino.

Me imaginé confusamente al hombre compartiendo de noche una habitación con el Zar, desabrochándose la camisa para dejar al descubierto el pecho viril, mientras el Zar se volvía de espaldas e introducía los marchitos brazos blancos en las mangas del pijama.

El señor Hind volvió junto a Harriet.

Sorbí, a modo de experimento, la bebida que tenía entre las manos, y me estremecí al sentir su fuerte sabor. Ya lo había probado alguna vez: cuando estuve en cama con un fuerte catarro, y un día en que tuve dolores menstruales. Me parecía imposible que alguien pudiese beberlo por gusto.

—Calienta mucho por dentro —le dije al Zar.

—¿Beben mucho tus padres? —me preguntó, mirando su vaso.

—No con frecuencia. A veces salen a tomar unas copas, para distraerse.

—Y eso a ti no te va mal, ¿eh? —Me sonrió amablemente y se frotó la mejilla—. Así puedes salir más a menudo.

—No se preocupan por mí. Siempre hago lo que quiero; por esto me enviaron al colegio. —De pronto me sentí agraviada—. No me comprenden.

En seguida me di cuenta de que había dicho una tontería; era una observación demasiado vulgar. Si el Zar hubiese sospechado nuestro juego, posiblemente habría esperado que dijese esto.

El Zar miró a Harriet y al señor Hind, que estaban en el rincón más alejado al pie de la ventana, mientras menguaba la luz en el jardín.

—Cuando uno es joven —dijo—, piensa que la tragedia de la vida no es comprendida..., porque le falta experiencia o buenos libros para leer. Después, con los años, aprende que nada es tan triste como las injusticias de la vejez.

—Pero usted no es viejo, Zar, no es realmente viejo.

Yo sabía lo que él había querido decir. Era consciente de que, con mi comentario, él creería que no le había comprendido. Pero pensé, perversamente, que esto no importaba.

—Bueno, es aún muy joven, ¿sabe?

—Tenía veintiséis años cuando me casé. —Sus ojos se ribetearon de rojo, como si estuviese a punto de llorar—. No deseaba casarme, sino que me vi arrastrado a hacerlo. Pero, en realidad, no lo lamento.

Parecía sorprendido, y sus ojos se abrieron un poco más.

Me acomodé en el taburete, pasando las manos sobre el suave terciopelo, gozando con el suave roce de mis bucles sobre las mejillas, al inclinar la cabeza. Seguro que esta noche no conseguiría hacerle decir que me amaba, aunque Harriet y el señor Hind nos dejaran solos. No estaba de humor; se compadecía de sí mismo y se sorprendía de no lamentar el haberse casado con la señora Biggs. Rezumaba pasmo y conmiseración. Una palabra amable le haría derrumbarse sollozando sobre el piano, entre una algarabía de notas discordantes. La señora Biggs había dicho que era débil, que le convenía un poco más de dominio sobre sí mismo. Sin duda tenía razón.

—¿Por qué se casó, si realmente no quería hacerlo?

No obtuve respuesta. Sentía, desalentada, los ojos de Harriet clavados en mi espalda, y sus oídos aguzados para captar la conversación. Olvidé que me había aconsejado que bebiese a sorbitos: cerré los ojos, apuré el vaso de un trago y lo dejé, vacío, sobre el piano.

Hacía mucho calor en la habitación, y estaban húmedas las palmas de mis manos. Harriet empezó a reír. Una risa exhibicionista y muy real. Miré por encima del hombro y vi que el señor Hind acariciaba sus cabellos, y que Harriet, medio oculta por él y por la anchura de sus hombros, estaba retrepada en el sillón, con la cabeza echada atrás y la boca abierta. En cualquier momento el señor Hind besaría la boca abierta para interrumpir la risa. Les estaba mirando aún cuando la cabeza de él se agachó rápidamente y Harriet se quedó inmóvil. Me volví y miré a mi afligido Zar.

Éste abrió los ojos y echó una rápida mirada al vaso vacío. Frunció el ceño.

—Olvidé que tenía que beberlo a sorbos —dije—. ¿Voy a emborracharme?

—¿Sabes cómo obtuvimos esta casa?

Parecía enojado conmigo, como si le hubiese incitado a hacer esta pregunta. Pensé que tal vez estaba embriagado. Si lo estaba, sería más fácil hacer que me besase...

—No. ¿Cómo?

—Ella la ganó en una rifa. Sí, así fue. Así la conseguimos.

—¿De veras?

Lo dije en el tono que solía emplear la madre de Harriet al seguir una conversación ligeramente arriesgada, pero dirigiéndola con señorío.

—Había una tómbola en la iglesia..., antes de que viniese el actual pastor. Vendían boletos para esta casa, y ella compró uno. Por esto nos casamos, porque ella ganó el sorteo. Era lo más sensato que podíamos hacer.

—Sí, pero...

Si hubiesen ganado un barco y no una casa, ¿se habría hecho él a la mar? Y si hubiesen ganado un caballo, ¿se habría convertido en *jockey*?

—Habrían podido vender la casa.

—¡Oh, no! Debíamos vivir en ella o renunciar al premio. Había que jugar limpio. Comprendí que tenía toda la razón. Había que jugar limpio.

El señor Hind y Harriet estaban abriendo la puerta. Permanecí sentada, inmóvil en el taburete del piano, incapaz de pedir auxilio. «Harriet —me habría gustado gritarle —, Harriet, se me está escapando de las manos. Está llorando». Pero la puerta se cerró, y nos quedamos solos.

El Zar pareció no darse cuenta. Se levantó y se dirigió a la jarra para llenar su vaso.

—Es curioso cómo ocurren las cosas... —Giró en redondo y me miró, sosteniendo la jarra por el cuello—. Sólo un pequeño boleto..., un pequeño boleto, y uno se encuentra casado e instalado.

El *whisky* caía en el vaso, en un chorro continuo. Él estaba de pie, doblada una pierna en la rodilla, vigilantes los ojos, escanciando el licor con una mano. Deseé que no advirtiese lo mal que sonaba su perorata. Harriet lo explicaría diciendo que la mayoría de las personas carecían de originalidad mental, pero yo no podía imaginar entonces que él pudiese parafrasear de otro modo su existencia.

La oscuridad se extendía sobre el descuidado jardín; las hojas se movían frenéticamente a impulso de una leve y súbita brisa.

—¿Qué número tenía el boleto?

Algo tan importante debía quedar eternamente grabado en la memoria.

—¿Qué número? —dijo él, con irritación—. ¡Dios mío! ¿Cómo voy a saberlo? Probablemente sería el trece.

Se sentó junto a mí en la banqueta del piano. Esta vez su codo golpeó con fuerza

el teclado, provocando unos feos sonidos musicales.

—Todo lo que sé es que ganó en el sorteo.

Si no estaba borracho, se mostraba muy cauto. Tal vez se imaginaba que le sería más fácil besarme si yo pensaba que estaba embriagado. Me pregunté qué estaría haciendo Harriet con el señor Hind. Había llegado el momento de empezar a decir el Padrenuestro; ya había esperado bastante. Si no me besaba antes de «Tu reino», no me besaría esta noche.

El Zar cruzó una de sus delgadas piernas sobre la otra y bebió un poco de *whisky*.

Padre nuestro que estás en los cielos...

—Entro en su habitación de vez en cuando, quizás una vez cada seis meses. Generalmente después de haber salido una noche con Douglas Hind. Ella nunca dice nada.

¿Y aquella noche en el sofá? No me estaba diciendo la verdad. Santificado sea Tu nombre, venga a nosotros Tu reino...

—Otras veces trata de sentarse sobre mis rodillas... Es horrible: pesa mucho. Me dan calambres. Pero procuro que ella no se entere.

Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el Cielo.

Desde luego, algo marchaba mal.

—A veces viene ella a mi habitación, con el mismo camisón azul del día que nos casamos. Yo permanezco con los ojos cerrados, rezando para que se vaya.

Era horrible. No podía seguir escuchando sus palabras. Harriet debía estar equivocada. Era demasiado viejo, estaba demasiado triste para ayudarle o para hacer un experimento con él. Apoyó una mano sobre mi hombro, y me incliné hacia un lado bajo su peso. Dejó cuidadosamente su vaso sobre el piano, cerró los ojos y apoyó la frente en mi mejilla.

—Me gustaría besarte, querida —dijo formalmente.

Pero permaneció doblado contra mí, casi como si durmiese. «Por favor —pensé —, perdona, perdona. Pongamos fin a todo esto». Dos lágrimas rodaron por sus mejillas y cayeron sobre mi cara. Olía como un inválido que hubiese estado demasiado tiempo sin tomar el sol. Se echó atrás en la banqueta, me asió de los hombros como para fijar un blanco móvil, y acercó más su cara surcada por las lágrimas.

Sequedad en mis labios, un agrio olor a bebida, su rodilla huesuda y afilada clavándose en mi pierna. ¡Cuánta torpeza en toda su actitud! Me sentía tan cansada que pensé en tumbarme y fingir que estaba enferma. Era terrible ser besada por él. Cerré los ojos y pensé lo que le diría cuando hubiese terminado. Le miraría largamente y con asombro: «Hace usted que me sienta divertida». En realidad no me sentía nada divertida, pero tenía que decírselo, para no ofenderle. Además, no se me ocurría otra cosa. No dejaba de preguntarme por qué había creído que le amaba, por qué le había amado en la playa y cuando estaba con Harriet, y por qué no le amaba ahora, al besarme. Su boca aflojó la presión, y escuché un débil susurro de aire al

apartar su cara de la mía. No tuve tiempo de mirarla detenidamente y con sorpresa, tampoco pude decirle nada. Él me empujó con firmeza, haciéndome resbalar y quedar tendida en la banqueta. Mantenía los ojos cerrados.

—Por favor, no —dije con suavidad—. Esto es terriblemente incómodo.

De rodillas junto al taburete, el Zar se inclinó para asir mis manos entre las suyas. Apoyó la cabeza en mi cadera y susurró:

—Eres tan joven... Eres tan joven... Te amo, te amo.

Miré el sillón, junto a la chimenea, y el cuadro colgado en la pared, encima de él, grabándolo todo en mi memoria para no olvidar detalle cuando se lo contase a Harriet. No me atreví a sonreír, por si él abría los ojos.

Toqué su débil cabeza con la mano y le acaricié el cabello para apaciguarle, recordando, al hacerlo, aquella tarde junto a la charca de los renacuajos, en que había soñado este momento. Las lágrimas rodaban por sus mejillas, haciéndole parecer más ridículo. Yo no podía olvidar mi educación convencional, el concepto que me habían inculcado de que un hombre no debe llorar. Sus manos se movieron, se abrieron sobre mi rodilla, y él inclinó la cabeza y siguió llorando. Le agarré de las muñecas y le aparté con toda mi fuerza. Él levantó rápidamente la cabeza y me miró fijamente, asombrado, con expresión de pasmo en los ojos dolientes, como si no pudiese creer que yo no quería consolarle. Después, con disimulo, apretó su cara contra mi pierna y se aferró a ella, mojando con lágrimas mi piel.

La habitación estaba casi a oscuras. Harriet y el señor Hind se habían perdido en algún lugar del piso de arriba.

—No, por favor —murmuré—. Por favor, señor Biggs.

Aleteos de crepúsculo, malhumorado forcejeo; dedos como pececillos se escurrían y agitaban para liberarse. Como en un oscuro acuario, el Zar y yo nos debatíamos con las manos. Él luchaba desesperadamente por desahogar su pena, y yo sentí de pronto que perdía mis fuerzas y mi voluntad. Permanecí inmóvil y volví la cabeza, porque no quería que él viese mi expresión si levantaba la suya.

Supe que podía consolarle. Podía ser amable y buena, y podía curarle, pero no quería. Supuse que sus sollozos eran de vergüenza y compasión por sí mismo, más que de tristeza. Y permanecí sentada, acumulando experiencia en mi interior.

Sin sonreír miré la cima de su cráneo, la suave piel de su coronilla bajo los ralos cabellos, el cuello tenso sobre mi rodilla. Todo era muy distinto de lo que yo había imaginado. Aunque él afirmase que me amaba, no me había pedido que correspondiese a su amor, que me entregase a él; no me había dicho que no era gorda, sino esbelta y dorada. Por consiguiente, no sería amable con él, no levantaría un dedo para expresarle mi simpatía. Entonces se apartó de mí y yació de bruces sobre la alfombra, a mis pies. Sacudía un poco los hombros al llorar, y su actitud era tan abyecta que me levanté aturdida, sin saber qué hacer. Le toqué delicadamente con la punta del zapato y él se movió convulsivamente, agarrando mi pie con ambas manos. Y mientras seguía yo en pie y atribulada, y el Zar asía mi zapato, con la cabeza

enterrada en la alfombra, se encendió la luz y oí la risa de Harriet. Estaba de pie en el umbral, con los brazos cruzados sobre el pecho, riendo a su manera exhibicionista. No me miró, sino que mantuvo los ojos fijos en el Zar, como un verdugo. Él había levantado la cabeza al encenderse la luz y miraba fijamente a Harriet. Me alegré de que ella no señalase la puerta ordenando que me fuese a casa sin volverme durante el trayecto. Miré con curiosidad al Zar. Estaba completamente inmóvil, amarillenta su cara dolorida bajo la dura luz, esforzándose en mantener su cabecita levantada. Yo no lograba comprender de qué se reía Harriet. El Zar parecía bastante cómico, pero, a fin de cuentas, lo planeado era que se enamorase de mí.

Después de esta humillación, nunca querría volver a verme. El señor Hind, sorprendido y boquiabierto, tiró del brazo de Harriet, con expresión preocupada.

—Debes ser más juiciosa —dijo, sin mirar al Zar.

Tiró de ella con más fuerza, obligándola a volver al oscuro pasillo, y cerró la puerta. Poco a poco, el Zar inclinó la cabeza y se incorporó sobre las rodillas, se puso limpiamente en pie, se dirigió a la ventana y después contempló el jardín en actitud pensativa. Harriet voceaba, iracunda, detrás de la puerta. El señor Hind guardaba silencio, incapaz de hablar ante el imprevisto ataque de furor.

Pasaron unos momentos mientras la viva luz penetraba más profundamente en la estancia. Bajo mis pies, la alfombra gris adquirió un tono más claro, y las flores parduscas pugnaron por acentuar su complicado dibujo en la superficie; el piano, que había llenado el salón en la penumbra, se encogió detrás de mí y perdió toda su importancia.

—Creo —dijo el Zar— que nos conviene un poco de café.

Se quedó quieto, flácidos los brazos junto a los costados y ociosas las manos. Por último tosió, con una tosecilla seca que pareció tranquilizarle, y salió al pasillo dejando la puerta abierta. Cuando se había encendido la luz, poniendo en ridículo al Zar, no me había atrevido a sonreír. Ahora, ya a solas, no quería hacerlo. La cosa no me parecía graciosa.

Si él se hubiese puesto inmediatamente en pie, con semblante cómicamente afligido, me habría echado a reír; pero había permanecido completamente inmóvil frente a Harriet, encogiendo la cabeza como una tortuga, surcada la cara de arrugas de tristeza y humillación, y esto había estropeado toda la escena. Ahora pensaba que tenía que haberle consolado, para evitar que se arrojase al suelo, expuesto a las burlas de Harriet. Lo había hecho por mi causa, y me sentía culpable.

Harriet entró en la estancia con el señor Hind. Su cólera se había desvanecido; me sonrió amablemente y se apoyó en la repisa de la chimenea.

—Tendrías que ver el piso de arriba —me dijo—. ¡Oh! Hay dos habitaciones llenas de cajas con postales y otras cosas, todas tiradas en el suelo.

—Dos habitaciones..., ¡qué estupendo! ¿Es cierto esto, señor Hind?

No le miré, y él no respondió.

—¿Verdad que sí, Douglas?

Por lo visto, Harriet había estado muy dura con el señor Hind y deseaba desagraviarle. Él se dejó caer en su sillón junto al hogar, con el semblante malhumorado. Había perdido todo su atractivo; el bigote pendía lacio e inerte sobre su labio.

—Si —dijo secamente.

Harriet continuó:

—Y encontramos un telegrama dirigido a la señora Biggs el día de su boda. «Te deseamos toda la felicidad, hoy y siempre. Meg y Wilfred». ¿Verdad, Douglas?

—Sí —respondió el señor Hind.

De pronto, parecía compadecer profundamente a la señora Biggs. Cruzó las piernas y balanceó un pie, con impaciencia.

—El otro día —dijo Harriet, mirándome seriamente— leí algo acerca de una mujer que coleccionaba elefantes. Sólo consiguió reunir doce. Imagínate la suerte que tenemos de que la señora Biggs sólo colecciona postales.

Miró cándidamente al señor Hind. Si él no contestaba pronto, la velada sería una farsa.

—También leí en alguna parte —siguió diciendo ella— que había un hombre muy aficionado a coleccionar cáscaras de huevo. Plantaba cosas en ellas.

—¿Qué cosas? —le pregunté, tranquilizada por la risa que retozaba en mi interior.

—Cosas —dijo gravemente Harriet—. Supongo que se trataría principalmente de hierbas.

El señor Hind la miró sin comprender. Pareció ceder su enfado y lanzó una risita muy breve. Sin duda pensaba que Harriet era una chica extraña, pálida de furor en un momento dado, y diciendo tonterías a continuación. Pero el señor Hind no me importaba en absoluto. Era el Zar quien necesitaba distracción, y cuyo aprecio había de ganarme.

—Voy a ayudar al señor Biggs con el café.

Salí rápidamente al pasillo y cerré la puerta. El Zar estaba en la cocina fumando un cigarrillo. Tenía un aspecto limpio, aseado y natural. Se había peinado cuidadosamente y creo que se había lavado la cara. El pálido humo del cigarrillo nublaba sus ojos, y por esto no pude ver su expresión.

—No creo que Harriet quisiera burlarse —dije, y me interrumpí al no saber cómo dar a mis palabras un tono convincente—. No creo que se burlase porque le pareciese divertido, señor Biggs. A veces se enfada, y esto es todo.

El Zar cogió dos tazas azules de un estante que había encima de mi cabeza; después cogió otras dos y buscó sendos platitos. Lo dispuso todo cuidadosamente sobre una bandeja negra con dragones dorados, y abrió una alacena que había junto a la puerta.

—No te preocupes por mis sentimientos, querida.

Estaba de espaldas a mí y su voz sonaba fría, como si aquella luz, brutalmente intensa, le hubiese endurecido, en cierto modo, librándole de su debilidad.

—A mí me preocupáis vosotras. Tú y Harriet.

Asió con gran cuidado una cafetera verde, se volvió y la colocó en la bandeja china.

—Bueno..., creo que todo está listo.

De vuelta en el cuarto de estar, sirvió el café y alargó, con la mayor naturalidad, las tazas a Harriet y al señor Hind. Me pareció extraño que estuviese tan tranquilo, hasta que recordé la noche en que Harriet y yo le habíamos visto en el sofá. Y pensé en otras muchas noches que yo desconocía, pero que podía imaginarme.

Harriet estaba sentada muy tiesa en su sillón, brillantes los ojos, con dos rosetas coloradas en las pálidas mejillas. Evitaba mirar al Zar.

Y él empezó a hablar de negocios con el señor Hind, sin mirarnos directamente a ninguna de las dos.

Harriet intentó salvar hasta cierto punto la velada, pero parecía desanimada. Yo sólo conseguí retreparme en mi sillón y balancear la taza de café sobre mi rodilla, en ademán de impotencia.

Por fin, Harriet se levantó y, alzando los brazos sobre la cabeza, en un movimiento inconsciente de rendición, dijo:

—Tenemos que marcharnos. Es muy tarde.

El señor Hind se puso en pie de un salto, casi con alivio, y dijo que nos acompañaría hasta la puerta.

Los dos hombres volvían a estar ahora alerta, impacientes por vernos marchar. Ambos se habían apartado de nosotras, y no era solamente la escena de una hora antes la que había provocado su retraimiento. Aunque Harriet no hubiese encendido la luz, ni reído en el umbral, ellos habrían deseado ansiosamente que nos fuésemos. Empezaba a manifestarse el esfuerzo que habían hecho por parecer jóvenes y acordes con nosotras.

El Zar me dio las buenas noches en la puerta, sin esperar siquiera a que cruzásemos la verja. La puerta se cerró y debieron apagar inmediatamente la luz del zaguán, pues di un ligero tropezón en la oscuridad y choqué con Harriet.

—Ten cuidado —saltó.

—Hiciste mal en burlarte de él.

—Lo sé. Fue por ese estúpido de Hind. No puedo soportar...

—¿Qué ocurrió con él?

—... a esa clase de tipos. En serio. Cuando piensas que está casado y educa a sus hijos, es para desesperarse. Es un cretino.

—Yo creí que te gustaba.

Al llegar a la esquina de la calle, me dijo vivamente:

—Nos veremos mañana. Adiós.

Y nada más. Ningún comentario, ninguna interrogación.

Empecé a preguntarme si era deliberada su nueva actitud de no discutir las cosas conmigo. Tal vez me estaba soltando. Todavía tenía que indicarme la dirección, pero

ya no me llevaba de la mano. Y pensé que aquello no era de mi agrado.

Por la mañana, mi madre me envió a comprar una hogaza de pan. Harriet estaba apoyada en la verja de su casa.

—Entra —me dijo—. Quiero que escribas muchas cosas en el Diario. He estado pensando toda la noche.

Viendo la expresión de mi cara, añadió:

—No temas. Mami está en la peluquería.

—¿En qué has pensado?

—En muchísimas cosas.

Ya en su habitación, abrí el Diario y ella dictó:

—Fuimos a tomar café con el hombre y su amigo, y él se puso deliberadamente en ridículo. Estuvo llorando en el suelo y no intentó disimularlo. Cuando ella se burló de él, para castigarle, cobró fuerzas y se mostró agradecido. Esto no está bien.

Las frases quedaban escritas en tinta. Era imposible borrarlas, a menos que arrancase una página del libro y la quemase. Me sentí avergonzada.

Traté débilmente de discutir con ella:

—Creo que esto es demasiado cruel, Harriet. Estoy segura de que no le gustó que te burlases de él. No puedes afirmarlo con certeza. Me has dicho muchísimas veces que hay docenas de motivos que pueden explicar un determinado comportamiento de la gente, y que no puede presumirse cuál es la razón más probable. Tú misma lo dijiste, ¿no?

Cerró los ojos y apoyó la cabeza en el borde de la cama. Por un momento temí que se negara a hablarme, que adoptase su actitud de superioridad. Pero no tardó en abrir los ojos y observar mi expresión preocupada.

—Sí —afirmó—, yo misma lo dije. Pero a veces sé cuál es la verdadera razón. Tienes que reconocerlo.

—Pero, Harriet, no me parece justo.

Pasé el dorso de la mano sobre la página que había escrito y meneé la cabeza, desalentada.

—Todo esto suena a falso. Yo no lo siento así.

Me había animado súbitamente y era casi feliz. Harriet y yo volvíamos a conversar, como habíamos hecho el verano pasado y todos los veranos anteriores. Ella no corría dejándome atrás, haciéndome sentir pesada y estúpida. Ahora respondió amablemente y con toda seriedad:

—Si suena a falso es por la redacción, no por el significado. Las mejores partes del libro fueron escritas hace años, cuando no sabíamos aún el nombre de las cosas. Ahora sabemos cómo expresarnos, y en ello está nuestra limitación. Tal vez suena peor, pero no podemos volver atrás.

—Si pusiésemos «había un piano en la habitación» —le dije—, «y bebimos *whisky*», sonaría más real.

—Pero el *whisky* y el piano no eran reales —exclamó.

Se irguió y me miró fieramente, adelantando el labio inferior. Y cruzó las manos con tal fuerza que los nudillos adquirieron un tono blanquecino.

—¿No lo comprendes? Sólo el Zar era real, y su llanto a tus pies.

Guardé silencio y moví la cabeza. Harriet estaba equivocada, tenía que estarlo. Si decía que el piano no era real, era porque no se había apoyado en él. Tal vez no me había comprendido. Traté de recordar otros ejemplos del Diario, experiencias sobre las que habíamos escrito y que parecían reales, pero no pude.

Miré las manos de Harriet reposando en la falda y vi, con alivio, que estaban separadas e inertes.

—Con frecuencia pienso —dijo a media voz, mirando sus ociosas manos— que lo que había de mejor en nosotras quedó atrás.

Me miró, casi suplicante.

—Quiero decir que nunca volveremos a ser tan buenas o inteligentes como fuimos. Estamos retrocediendo.

Lamenté que me dijese estas cosas. Tenía tanta fe y tanta confianza en ella que aceptaba cuanto me decía, y la mayoría de las cosas que ahora me hacía creer eran dolorosas. Parecía horrible que, a los trece años, hubiese dado ya lo mejor de mí; que ya no pudiese mejorar.

—Pero tú dijiste que sería maravilloso cuando fuésemos mayores. Me aseguraste que, con todas nuestras experiencias, sabríamos la verdad y veríamos cosas estupendas. Me lo aseguraste, Harriet.

Sin embargo, desde el primer momento había comprendido que lo que decía era cierto. Nunca, en toda mi vida, sería mejor de lo que había sido.

Harriet se echó a reír, pero afectuosamente.

—Pareces tan triste que cualquiera diría que no lo sabías. ¿Quién tendrá un *poney* después de la guerra?

Tuve que reír también. Era un buen chiste. Durante la contienda, nuestros padres solían decirnos: «Después de la guerra, te compraré un *poney*». Y la guerra había terminado hacía tiempo, y no había vuelto a hablarse de los *poneys*. Si nos habían prometido esto, era porque nuestros padres querían creer que todo iría bien. Y ahora, siempre que ambicionábamos, con relativa incredulidad, algo inalcanzable, bromeábamos empleando el mítico *poney* como símbolo de todas las cosas imposibles.

—Vete a casa —dijo Harriet, cerrando el Diario—. Tu mamaíta te tirará de las orejas si no le llevas el pan.

Después de tanto llover, el pequeño cuadro de césped resplandecía de verdor delante de mi casa; el suelo pobre y arenoso de los bordes estaba negro y húmedo, Heno de vigor. Era bueno para los rosales, los altramuces y los claveles, con tal de que mi padre comprase toneladas de abono en la granja. Durante la guerra habíamos cultivado patatas en la parte de atrás, y también zanahorias, y mi padre había

excavado un refugio antiaéreo donde ahora trepaban los rosales. Harriet decía que era emocionante: un agujero en el suelo con una tapa de hojalata. Como hacerse a la mar en una caja de cerillas. Existía un refugio en el campo para todas las casas, pero mi madre decía que allí iba gente poco simpática; por consiguiente, acabamos metiéndonos debajo de la mesa de caoba del salón. Todos iban a la granja en busca de abono para criar sus rosales en la arena. Pero, aparte de esto, cuando mi padre oía pasar un caballo por la calleja, salía con un cubo y una pala y recogía el estiércol. En todos los jardines se veían flores rodeadas de negros excrementos, rebosantes de moscas. Mi madre, con sus guantes de jardinero, revoloteaba alrededor de los capullos, desnudas las piernas surcadas de venas azules en la pantorrilla. A veces se ponía un viejo sombrero de paja, pero esta tarde el sol se reflejaba en sus secos cabellos y le tostaba el cogote.

Yo permanecía en el porche, estirada sobre los rojos ladrillos. Frances se columpiaba en la verja y cantaba a voz en grito. Un perrito de la casa de enfrente cruzó la calle y le olió los pies. Ella se agachó para tocarlo, pero él dio un salto de costado y trotó hacia el otro lado de la calle, con la nariz pegada al ardiente suelo, tembloroso y agitado el rabo. Trepó por el bajo margen hasta el bosquecillo de olmos de delante de la granja, y se dejó caer ruidosamente en la sombra y la frescura de las dedaleras y las ortigas. Frances siguió cantando, apretado el estómago sobre el borde de la verja, cabalgando en ella como si fuese un caballo de madera, dando palmadas a un belfo imaginario mientras galopaba a través de llanuras desiertas.

Detrás de mis párpados cerrados revivía yo la velada pasada con el Zar. Lo hacía con cuidado, retrasando deliberadamente el momento que más quería recordar. Esperaba a que Harriet se levantara del sillón y saliese de la estancia; con lentos movimientos me deslizaba sobre la banqueta del piano y ofrecía mi boca al Zar. Precisamente cuando el recuerdo parecía ser más vívido, y una impresión de calor se ponía a mi alcance, abrí los ojos y vi a mi madre sentada sobre los talones en el césped, enjugándose el acalorado rostro con un guante.

—¡Qué calor! —me dijo, satisfecha.

Por un instante sus ojos me miraron fríamente, como si leyese mis pensamientos, y yo, confusa, escondí la cabeza entre los brazos y murmuré que el calor era excesivo.

—¿Por qué no lees un libro? —me preguntó, implacable—. Coge una silla extensible del invernadero y siéntate a la sombra.

—No, estoy bien aquí.

—Eres demasiado mayor para estar tumbada en el suelo. Quiero que te sientes como es debido.

Quería decir que estaba demasiado gorda para tumbarme al sol como una lombriz blanca. Me pregunté cómo reaccionaría si le tradujese mis pensamientos. Me senté, doblando las gruesas piernas debajo de mi cuerpo, y evité su mirada.

—Así está mejor, querida.

Estaba contenta y sorprendida de que yo hubiese hecho a medias lo que me pedía. Para apaciguarme, me preguntó:

—¿No crees que mis claveles han florecido estupendamente este año?

Miré las flores y dije con entusiasmo:

—Sí, estupendamente.

Cuando se alejase me tumbaría nuevamente en el suelo. Frances llamó ahora su atención:

—No hagas tanto ruido, querida.

Pero esta vez su tono era amistoso. Su voz rebosaba amor y, aunque no podía ver su cara, sabía que su expresión era dulce y tranquila, no dura y reprimida, torcidas las comisuras de los labios hacia abajo, como cuando hablaba conmigo. Frances, obediente, interrumpió su canción y dirigió a nuestra madre una sonrisa encantadora.

—Te has ensuciado la cara —le dijo.

Y se llevó un dedo a la mejilla para mostrarle dónde se había manchado.

—Aquí —dijo, solicita, y saltando de la verja corrió sobre el verde césped, se inclinó sobre mi madre y le frotó la cara con la mano.

Mi madre la ciñó con sus brazos y ambas quedaron arrodilladas, como en un rito, tocándose las frentes. Cerré los ojos para no verlas. Pero, sentada en la oscuridad, seguía viendo cómo se balanceaban ligeramente sobre la hierba, en una pequeña y ridícula pirámide de amor. Me sentí irritada; a fin de cuentas Frances no era una niña tan pequeña. Sus arrumacos eran afectados. Abrí los ojos al oír canturrear a Frances:

—Ha-rriet vie-ne ha-cia acá.

Permanecí muy quieta, fingiendo no haberla oído, esperando que se produjese un milagro y que Harriet, que venía hacia acá, se desvaneciese en el aire tibio, evitándome el trastorno de su presencia.

—Hola, Harriet. Mucho calor, ¿eh?

Mi madre hablaba con su tono de voz más indiferente. Si a mí me hubiesen hablado de este modo, habría estallado en lágrimas de desconsuelo. Pero Harriet dijo alegremente:

—Hola. ¡Qué hermoso está su jardín!

Me vio sentada en el porche y agitó una mano con naturalidad, mientras proseguía:

—Debe tener usted manos de hada.

Avanzó por el sendero, estudiando el suelo con rostro grave.

—Mi padre las pasa moradas con este suelo; en cambio, usted parece no tener dificultades.

Mi madre se esforzaba en disimular su desagrado. Su boca balbució con desaliento:

—Debo confesar que ha sido un buen año para mis claveles. —Era una capitulación total—. No te hemos visto mucho durante estas vacaciones, querida. Me parece que has crecido.

Hice un enorme esfuerzo para decir algo.

—No ha crecido. ¿Cuánto mides de estatura, Harriet?

Mi madre no volvió la cabeza, y Harriet, fingiendo no haberme oído, se agachó y rascó el suelo con los dedos.

—Tiene la misma consistencia que el nuestro. Realmente, no lo entiendo.

Se inclinó sobre las flores. Las delicadas vértebras se marcaron en su vestido como una espina de pescado, y Harriet, murmurando en tono cadencioso, tocó las plantas con la mano, no con los dedos, sino con toda la palma, rozando ligeramente la superficie de las hojas, como si fuese ciega. Mi madre la miró interrogante. Una risita aflautada brotó de mis labios. Dentro de un momento mi madre estaría de rodillas entre sus claveles. Las lágrimas acudieron al mismo tiempo que la risa, y ellas se volvieron a mirarme. Abrí los ojos cuanto pude para evitar que las lágrimas corrieran por mis mejillas, llenándome de vergüenza.

—Estaba pensando en algo que oí por la radio —expliqué, viendo cómo sus imágenes se hacían borrosas y se juntaban a través del velo que humedecía mis pupilas.

Tomamos el té en el porche. Mi madre había querido hacerlo, más dignamente, en el jardín de atrás, entre los altramuces y las rosas, pero Frances se empeñó en tomarlo allí.

—El jardín de atrás está lleno de abejorros —arguyó, frunciendo el semblante desesperadamente, como si hubiese un enjambre zumbando alrededor de su cabeza.

Las abejas y las avispas la asustaban, y en esta época del año el jardín de detrás de la casa era como una gran taza de oro, llena de flores y estremecida por la palpitación de vidas minúsculas y frágiles.

Por consiguiente, tomamos el té en el jardín de delante, tal como ella quería. Mi madre ocupó la silla extensible y, como no había sitio para más sillas, nosotras nos sentamos en cojines a sus pies. Frances, con un trozo de pastel de pasas en la mano, iba y venía del porche a la verja y de la verja al porche, sorbiendo de una taza que dejaba sus labios pálidos y lechosos. Harriet y mi madre hablaban con gran interés de un libro que habían leído las dos, y nada hacían por interesarme en su conversación. Me sorprendió que mi madre hubiese escogido en la biblioteca un libro de los que gustaban a Harriet, y también me extrañó que mi madre no encontrase raro que una niña pudiese comprenderlo. Harriet dijo:

—He leído tantos libros que no hacen más que contar una historia, que ahora prefiero buscar el estilo más que el contenido dramático.

—¿De veras? —dijo mi madre.

Miró a Harriet con asombro y admiración. La hermosa y fina piel de sus mejillas y su frente, un poco enrojecida por el sol, tenía un resplandor rosado al alargar la mano para tomar la taza de Harriet.

—Verá usted —siguió diciendo maliciosamente la niña prodigio—. Este libro tenía estilo y contenido hábilmente mezclados, pero me pareció exagerado.

«¡Tonterías!», tuve ganas de gritar. Me fastidiaba que Harriet engatusase a mi madre de este modo. Me alegró descubrir en su voz las vocales ligeramente confusas y la entonación nasal propias del lugar. Esto hacía que pareciese menos perfecta, más vulgar. La estudié minuciosamente para encontrarle más defectos, esta vez físicos. Pero el suave rostro, con las cejas arqueadas y la pequeña y seca boca, me resultaba tan querido y familiar que dejé de verlo claramente, por mucho que me esforzase.

Mientras observaba su delgado cuerpo infantil, de huesudas caderas y visible espina dorsal, tan distinto de la astuta y meticulosa mentalidad que florecía rolliza y vigorosa en su interior, Harriet me miró y sonrió. Parecía decirme: «Sí, tú y yo lo sabemos, pero nadie más».

Frances, que estaba apoyada en la verja, se echó súbitamente a un lado y levantó desesperadamente las manos, como para evitar un golpe. Una especie de maullido brotó de sus labios, mientras giraba en redondo para enfrentarse con nosotras, grotescamente inclinada la cabeza a un lado. Mi madre corrió por el sendero, lanzando débiles exclamaciones de espanto y abriendo los brazos. Frances retrocedió, chillando aguda y uniformemente. Con los brazos extendidos, en ademán suplicante, se acurrucó junto a la verja, huyendo de los apasionados brazos que mi madre enlazaba como una guirnalda sobre su cabeza. Pareció pasar un siglo antes de que Frances fuese capaz de darse cuenta de algo que no fuese su dolor. A través de sus propias lágrimas, mi madre preguntó:

—Pero ¿qué ha ocurrido, querida? Dile a mamáíta qué te pasa.

—Una cosa en mi oído..., en mi cabeza.

—Habrá sido una avispa —dijo Harriet—. Seguramente le ha picado.

La metimos en casa y mi madre telefoneó al médico. Después se sentó con Frances sobre las rodillas, meciendo a la atribulada chiquilla en sus brazos y esperando la llegada del doctor.

Harriet y yo salimos al campo de detrás de mi casa. Yo estaba sofocada. Había sido una cosa tan repentina, tan violenta... Subimos la cuesta que conducía a la Senda. La Senda era un largo montículo de tierra construido para dividir el campo por la mitad, y en él habían plantado árboles y arbustos espinosos. A un lado estaban las hileras de casas, con sus ordenados y vulgares jardines; al otro, varias porciones de terreno cercadas con alambre espinoso y cubiertas de arena, pertenecientes a la granja. En ellas había cerdos, gallinas y conejos. Cuando éramos pequeñas, demasiado pequeñas para ir a la playa, solíamos correr por la Senda todas las tardes, después del té, jugando a que escapábamos a través de la frontera, al frente de un grupo de soldados agradecidos. Hoy, Harriet caminaba delante de mí y, así como antes había advertido lo pequeña que era la iglesia normanda entre las confusas arboledas, ahora me daba cuenta de que la Senda había menguado y se había encogido, hasta quedar en una trivial hilera de árboles retorcidos. Llegamos a los zarzales del otro extremo del campo, y Harriet se tendió sobre la hierba amarilla y cerró los ojos. Yo me senté un poco apartada y empecé a buscar hormigas en el suelo.

Los álamos oscilaban elegantemente, moviendo sus hojas picadas por los insectos bajo el alto cielo blanco; una brizna de hierba se mecía impulsada por la brisa. Al cabo de un rato dijo Harriet:

—Fue horrible. Denigrante.

Se sentó y se apoyó sobre un codo para mirarme. El jardinero del parque cercano conducía su segadora eléctrica sobre el ya crecido césped. El ruido del motor parecía el terco zumbido de una abeja.

—Necesitamos algo tan menudo y devastador como un insecto para humillar al Zar —dijo Harriet.

Irguió el cuerpo y cruzó las piernas. Sobre su mejilla, en el sitio que había apretado con el puño, había una mancha roja. Parecía la marca de un puñetazo lanzado con furia.

—Humillar al Zar... —repetí, tontamente—. Pensaba que te habías olvidado de esto.

Hubo un largo silencio en el campo. Y en el silencio había una advertencia. Estaba en el aire, en los álamos, en la tierra debajo de mí, y parecía reforzada por el regular e insistente ruido de la segadora que, describiendo un amplio círculo, avanzaba en nuestra dirección. Y se acercó más y más, hasta quedar yo ensordecida por su estruendo. En el momento en que parecía que iba a echarme a llorar, la segadora giró, se alejó porque arriba y el ruido del motor se debilitó hasta extinguirse en la lejanía. Harriet, desaparecida ya la marca de su mejilla, inclinó la cabeza sobre el delgado cuello y se quedó mirando el suelo.

—Algo realmente sutil —dijo—, si es que me comprendes.

¿Cómo no había de comprenderla? Habría dado todo el poder de mi mente, demasiado imaginativa, y toda la belleza del campo y los bosques, por no entenderla. Pero, en definitiva, cedí ante Harriet, rotundamente y sin reservas. Quería humillar al Zar, ver cómo se escabullía, rígida de dolor y de miedo su cabecita de pájaro, para terminar lo que había empezado, para volver a mi colegio olvidando el verano y pensando únicamente en las próximas vacaciones, que volverían a ser como siempre habían sido.

El Zar y yo paseábamos juntos bajo los pinos. Al principio, cuando me encontré con él en el recodo del camino que conduce al mar, se había mostrado hosco, retraído. Al parecer, el bosque que nos rodeaba tenía demasiados recuerdos que alentaban su resentimiento. La ventana cegada de la cercana iglesia; las charcas de los renacuajos, ahora secas, donde habíamos hablado por primera vez; las dunas de arena que habían resonado con las burlas de Harriet: todo contribuía a aumentar su aflicción y a entorpecer sus palabras.

Yo había pensado que aquel era el mejor sitio para desviarnos de nuestra ruta acostumbrada.

—Vayamos a algún lugar distinto de los que solemos frecuentar —le dije amablemente; él irguió los hombros y me respondió:

—De acuerdo. ¿Adónde?

—Por las Rhododendron Lands y más allá del campo de tiro.

Vaciló un momento. El campo de tiro era un lugar peligroso e inadecuado para los paisanos, y tal vez se le ocurrió pensar que era otra trampa que le tendía Harriet. Después, quizá pensando que meterse en una trampa era preferible a su sentimiento de vacío, dijo:

—Muy bien, vamos allá.

Al abrigo de los árboles, me dijo, articulando las palabras con dificultad:

—Quiero que sepas que lamento lo de la otra noche más de lo que soy capaz de expresar. No porque lo considere vergonzoso, sino más bien de mal gusto. Y no tuvo la culpa la bebida.

Vaciló. Me dirigió una rápida mirada y la desvió de nuevo, humedeciéndose los labios con la lengua.

Me pregunté qué parte de la velada lamentaba, si aquella en que trató de quitarme las bragas o aquella en que se tumbó en el suelo y lloró. Intenté decirle que no debía considerarlo de mal gusto, que estas cosas ocurrían en las mejores familias; pero esto habría parecido demasiado fútil. Por consiguiente, le dije:

—Comprendo lo que siente... Como si hubiese echado a perder algo.

Volví la cara en otra dirección y sonreí, mostrando todos mis dientes. Era tan cándido que resultaba muy fácil herirle.

Los olores de las hayas y los pinos se mezclaban en el bosque. Aspirábamos su dulzura con cada inhalación de aire. No parecía importar que mi aliento estuviese impregnado de veneno y de maldad.

El Zar dijo:

—Como si algo se hubiese echado a perder... Creo que no. No había nada que pudiera echarse a perder. Harriet se encargó de ello.

Siempre Harriet. No importaba que él me hubiese dicho que me amaba, era Harriet quien le traía loco.

—Cuando regresó mi esposa —siguió diciendo el Zar—, supo que habíais estado en la casa. Sabe Dios cómo se enteró, pero lo supo. Se plantó en el umbral, me miró y dijo: «Esas terribles niñas han estado aquí, ¿no es cierto?». —Tropezó y a punto estuvo de caer en uno de los hoyos. Le temblaba la voz—: No dije nada, pero ella lo supo.

—¿Por qué tiene un hijo idiota la hermana de la señora Biggs? —le pregunté.

—Sufrió una lesión en el cerebro, al nacer.

—¿Tiene de veras la cabeza muy grande?

—Nunca se la he visto. Nos tratamos poco. Pero el parto fue normal.

Contuve la respiración porque, aunque sabía algo de estas cosas, sólo lo había leído; nadie me había hablado de ello antes de ahora. Mucho antes de que Harriet y yo supiésemos de esto, había leído en un libro la palabra «embarazada». Mi madre me dijo que significaba muy enferma. Aunque yo sabía que era estúpida, me lo creí a medias.

—Le dieron gas y aire para adormecerla. Entre sueños, empezó a cantar *Hay una colina verde allá a lo lejos*. Y cuando llegó a lo de «Él nos amó mucho mucho», se echó a reír.

Me miró para ver el efecto que me producían sus palabras.

—¿Cuándo le dijeron que su hijo era anormal? —le pregunté.

Me sentía un poco mareada, como asustada por algo. No era de extrañar que la hermana de la señora Biggs se hubiese echado a reír al pensar lo mucho que Dios la había amado.

—Más tarde; cuando se dieron cuenta de que el niño estaba lo bastante fuerte para sobrevivir.

—¿Por qué? —grité—. ¿Por qué no le mataron?

—En efecto, ¿por qué? —Miró al cielo, por encima de los árboles. Tenía los ojos inyectados en sangre, como si hubiese llorado mucho o fumado demasiado—. No lo sé. Algunas personas nacen ciegas o sordas o con alguna perturbación mental. Pero no se las puede matar a todas... Hay que esperar que el hambre o las inundaciones o la guerra cumplan su misión. Hay que creer en la divina providencia.

—Ignoraba que creyese usted en Dios. Pensé que, para usted, lo único que contaba era Grecia y sus antiguas ruinas.

Se echó a reír. Se detuvo y palpó el bolsillo, buscando los cigarrillos. Encogió los hombros al encender uno y, al expeler el humo, estiró el cuello como una tortuga sacando la cabeza de la concha.

Yo había observado ya que parecía más seguro de sí mismo cuando fumaba. Esta debía ser una de las cosas que herían a la señora Biggs de un modo intolerable, incitándola a llamarle débil y necesitado de castigo. Era una costumbre que, después de tantos años sin amor, debía parecerle un símbolo del egoísmo que le atribuía. Precisamente cuando la señora Biggs sentía que él lamentaba haberla ofendido, y que esta vez había comprendido y haría un esfuerzo por compartir en parte sus

sufrimientos, se giraría hacia él; pero al verle de pie hurgando insidiosamente en el bolsillo de su chaqueta para sacar los cigarrillos, entonces se convencía una vez más de lo egoísta que era al aislarse detrás de su nube de humo.

Seguimos caminando y cruzamos la línea de rótulos de aviso al borde de las dunas. Un ruido de disparos llegaba espasmódicamente hasta nosotros, un ruido como de ramas que se rompían bajo los pies; pero el Zar parecía no advertirlo, relajado ya, hablando tranquilamente y lanzando humo al aire de la tarde. El cielo, que hasta entonces había sido infinitamente ancho y blanco, empezó a oscurecerse. La luz se escurría y todo empezaba a desvanecerse. Chilló una gaviota y el viento arrastró desoladamente su graznido sobre la playa, mientras nosotros subíamos y bajábamos como pájaros entre los montículos de arena. Sobre una duna, una banderola roja en la punta de un palo abanicó el cielo, permaneció un momento inmóvil, como una mancha de sangre, volteó despacio y se oscureció.

—¡Se está haciendo tarde! —grité.

El Zar trepaba ya la pequeña colina y no me oyó. Andaba a cuatro patas por la vertiente de la duna, alargando desesperadamente las manos para agarrarse a las matas de hierba que crecían en la arena y cuyas secas y afiladas hojas eran como cuchillos al tocarlas. Volví a gritar y él se volvió, pequeño y blanco el rostro, revoloteando los ralos cabellos sobre sus orejas.

—¡Vamos! —gritó.

El mundo aparecía tan desolado y oscurecido que habríase dicho arrasado por una ola de violencia. El mar bostezaba detrás de mí: un bostezo gigantesco que nunca llegaba a ser total. El mundo abría la boca, y la lengua áspera del mar lamía la playa y trataba de arrastrarnos a sus profundidades. Arriba, el Zar triunfante enarbolaba impávido la bandera. Gritó algo, pero sonó como un gruñido de protesta sobre la tierra inmensa. Los disparos cesaron detrás de él. Me pregunté si, involuntariamente, habría superado a Harriet en sutileza; si el final sería la muerte del Zar enarbolando la roja bandera de peligro.

—¡Cuidado! —le grité.

Mi voz sonó infantil y remota; una voz de mañana dominical, cuando después del oficio corríamos bajo los árboles y gritábamos, imitando al pastor: «Bienaventurados los mansos, porque ellos heredarán la tierra».

Subí trabajosamente adonde estaba el Zar. Allí había un poco más de luz y pude distinguir claramente la hilera de blancos de tiro, un trecho más allá.

—Bajemos allí y descansemos.

Señaló un pequeño valle entre los blancos y las dunas. Sus ojos escrutaron mi cara, por si hacía algún gesto de protesta.

—Sí —dije, y me deslicé por la pendiente hacia la cercana y oscura hondonada.

Silbó una bala en alguna parte, encima de nosotros. Me alegré de que el Zar no pudiese ver mi cara. Nos tumbamos en la arena y él volvió a fumar. Hacía frío y había humedad, pero la curiosidad me retuvo allí. La oscuridad se había hecho total, hasta

el punto de que no podía ver mis propias manos; sólo la punta del cigarrillo del Zar, describiendo un arco entre su costado y sus labios. Pensé que debería sacudirme cuidadosamente la arena de los cabellos antes de enfrentarme con mis padres, y cómo me despertaría mañana, cuando todo hubiese terminado.

—Ahora —dijo por fin el Zar, como si hubiese estado todo el rato preparando este momento. Y lanzando su agonizante cigarrillo en la noche, se volvió a mí.

Me buscó en la oscuridad, como si yo fuese un fardo de trapos que hubiese que desenvolver uno a uno. Pensé en una ilustración que había visto en un libro y que representaba a un rey egipcio de perfil sereno, y fruncí remilgadamente los labios, tratando de imitarle. Diminutos granos de arena resbalaban entre mis cabellos. El cuello duro de su camisa me lastimaba la barbilla. No me besó en la boca, no dijo nada. No había fuerza en sus brazos, la arena no me apretaba la espalda, no había meteoritos flotantes ni vencejos en la órbita de la luna. Permanecí clavada allí, sin el menor entusiasmo: una visita al médico, nada más, y una remota inquietud de la mente y del cuerpo, como si ambos hubiesen sido pillados por una puerta que se había cerrado demasiado aprisa. «Déjeme —quise gritar—, déjeme»; pero no quería herir sus sentimientos.

La señora Biggs, con sus sandalias y su búsqueda a tientas después de hacer el amor, cobraron vida en mi imaginación; como si respirase penosamente en la oscuridad, murmurando en voz baja y muy de prisa, junto a mi oído: «Es egoísta, es egoísta. Ya te lo dije». Y cuando el Zar hubo terminado su propio y sencillo ritual, acompañado de graves gemidos de aflicción, no supe qué hacer. Harriet le habría maldecido y le habría hecho llorar, pero yo no podía hacer nada de esto. La verdad es que le apreciaba. Formaba parte del grupito de almas de las que yo era responsable, a las que no debía herir: mi madre, mi padre, Frances. No se me ocurrió hasta más tarde que el Zar podía sentirse responsable de mí.

—Tenemos que marcharnos —le dije, con toda la suavidad de que fui capaz.

Él se puso en pie y se sacudió la arena de la ropa, sin decir palabra. Me siguió, subiendo la duna, y me imaginé lo que debía parecer, bamboleándose sobre la escurridiza arena, con los ojos enrojecidos y flácidos los miembros.

Me sorprendió el poco malestar que sentía, aparte de una especie de magullamiento interior, y lo muy animosa que estaba. Agitaba los brazos vigorosamente, alegrándome de ser joven y de no estar en baja forma como él. Casi corría en la oscuridad, mientras él se tambaleaba sobre mis huellas y respiraba fatigosamente. En algún momento dijo: «Detente», y después: «No tan de prisa»; pero yo aceleré incluso la marcha. Pensé, divertida, que habría sido mejor que le mataran de un tiro en la duna, evitando todo esto. Pero era delicioso hallarse en una posición que sólo Harriet había disfrutado, tener a alguien que me seguía mansamente a dondequiera que se me antojase ir. Quería gritar órdenes, obligar al Zar a hacer cabriolas para satisfacer mi vanidad. «Siéntate y levanta la pata —quería gritarle—; baila sobre la cabeza». Cuántas veces, en el pasado, me había mandado Harriet, con

voz imperiosa y dulce sonrisa, que le atase el cordón del zapato en plena calle... Y yo, casi sin saber lo que se ocultaba detrás de la aparentemente inocente petición, me arrodillaba delante de ella en el suelo, sólo para ver, al levantar la cabeza en mitad de la operación, su expresión de poderío satisfecho. Cada vez que me hacía arrodillar para atarle el cordón del zapato, temí que me diese una patada, enojada por mi servilismo.

Ahora ya no me importaba que nos viesan juntos, al Zar y a mí. Si la propia señora Biggs se hubiese tropezado con nosotros en la playa, le habría dado amablemente las buenas noches y habría seguido mi camino. En mitad de la playa nos encontramos con Perjer, una vaga sombra a la orilla del agua. Al verle de pie allí, sin saber aún quién era, aflojé la marcha para que me alcanzase el Zar. Éste, al llegar a su nivel, le dio las buenas noches a media voz. Perjer se volvió y acercó su cara a la mía en la oscuridad.

—Buenas tardes. Y buen tiempo, ¿eh?

Hubo un momento de silencio, como si ninguno de los dos hombres supiese qué decir.

—¿Verdad que sí, señor Biggs?

—Hemos ido por la playa hasta muy lejos, señor Perjer. A esta hora, es deliciosa.

Perjer no respondió a esto. Se acercó más al Zar.

—Hacía mucho tiempo que no le veía, como tampoco a su buena esposa. ¿Sigue bien?

Me pareció cómico que llamase buena esposa a la señora Biggs.

—Oh, sí, está bien. Gracias... ¿Y cómo sigue usted?

El Zar procuraba mostrarse cortés, pero Perjer era también un alma perdida. Tuve la impresión de que la cara de aquél se relajaba en la oscuridad. Dijo, casi jovialmente:

—¿Sigue con la cuba del agua?

Perjer gruñó.

—De vez en cuando —dijo, y volvió a gruñir.

Pareció que había terminado la conversación. El Zar me tocó el brazo con el codo y yo carraspeé, preparándome para una cortés despedida.

—¡Maldita sea! He acabado las cerillas. ¿Tiene fuego, Perjer? —preguntó él con impaciencia.

—En mi cabaña. —Echó a andar y advirtió—: Mire dónde pone los pies. ¡Cuidado con la alambrada!

Desaparecieron en la noche. En el mar, a lo lejos, rectángulos de luz parpadeaban bajo un cielo sin estrellas. El viento soplaba sin parar, sobreponiéndose al apagado murmullo del agua al cubrir la arena. El Zar me llamó desde lejos:

—¡Vamos! ¿Qué te pasa?

Avancé despacio en la dirección de la voz, hundiendo las manos en los bolsillos de mi chaqueta.

La choza estaba al pie de una duna, la cual sobresalía formando una especie de segundo tejado. Al entrar en el círculo de luz, pestañeé y oí el zumbido de la lámpara de parafina, que oscilaba en un gancho clavado en el techo. Había un fuego de leña y una cafetera negra y sin tapa sobre las brasas. El perro de Perjer levantó la cansada cabeza del suelo cubierto de arena y la dejó caer de nuevo. El Zar se sentó de espaldas a la pared del fondo y estiró las piernas. Tocó las costillas del perro con el pie e inclinó la cabeza sobre el pecho. Me fastidiaba que el Zar se encontrase allí como en su casa, que hubiese estado antes en este lugar.

Había una caja, boca abajo, junto a la puerta; me senté en ella y observé a Perjer. La ropa negra que colgaba en pliegues sobre su cuerpo parecía no envolver nada. Las manos y las muñecas parecían independientes de los brazos, y su cuello oscilaba como el tallo de una planta sosteniendo la cabeza ovalada. Sólo la bocaza parecía viva en su rostro oscuro, haciendo continuos gestos y muecas. El hombre arrancó una tira de papel de un periódico que había en el suelo, la encendió en el fuego y la alargó al Zar, que esperaba con un cigarrillo en la mano. Nadie hablaba en la choza. La arena se movió en alguna parte, encima de nosotros, y un fino chorro de ella se deslizó por una grieta del techo, cayendo sobre la cabeza del perro, el cual rebulló en sueños y agitó las orejas para sacudirla.

Perjer cogió más leña de un montón que había en un extremo de la choza, y, sacando la negra cafetera del fuego y colocándola con la precisión de una buena ama de casa sobre un tosco estante de encima de la puerta, se volvió, empujó los leños con el pie para ponerlos en su sitio, y se frotó las manos.

El Zar le dijo:

—No lo abriga mucho, ¿eh? —Miró el raído traje negro—. Supongo que la tela se ha gastado un poco.

Parecía una observación muy personal, y, en mi ignorancia, temí que Perjer se ofendiese.

—Es el traje que llevé el día de mi boda —me explicó el Zar.

Me miró y desvió de nuevo la vista. Perjer se puso en cuclillas junto al perro, apoyó las palmas de las manos en las rodillas y miró, con expresión contemplativa, la tela negra cruzada sobre su pecho.

—Es ley de vida —dijo, como consolando a un niño.

Perjer acarició una pata del perro.

—Yo estaba sentado en el muro de delante de la iglesia y les deseé suerte. Pero el pastor trató de echarme.

—Sí; así fue.

Los dos hombres sonrieron al recordarlo y se quedaron mirando el fuego.

Así pues, Perjer había estado también allí aquel día. La señora Biggs, con su vestido de novia; el pastor, echando salivilla por su boca infantil. Ahora Perjer estaba sentado en el suelo de la choza, vistiendo el traje de boda que había llevado el Zar treinta años atrás.

—Fue un gran día —dijo Perjer.

Emprendimos el camino de regreso. Yo guardaba silencio mientras el Zar me explicaba que Perjer era hijo de un médico de Londres.

—Empezó a estudiar para abogado, pero no terminó la carrera. Esto trastornó al viejo. No es que Perjer fuese incapaz de ello..., sino, sencillamente, que no le interesaba. Solía decir que había nacido cansado.

—Un vagabundo perezoso.

—Exactamente.

Los faroles de la calleja estaban encendidos y las ventanas de la iglesia tenían un brillo dorado. La hermana del pastor, a quien nadie quería, tocaba el órgano. Como la ventana rota, yo también había sido violada. Perjer lo había dicho: es ley de vida.

Sólo quedaban dos semanas de vacaciones. Así como antes, en el colegio, había contado los días que faltaban para acabar el curso, deseando que las horas pasasen más de prisa, así esperaba ahora que terminase el verano. Sombras de fatiga oscurecían mi rostro, aunque me acostaba temprano y dormía hasta muy avanzada la mañana. Mi madre dijo en dos ocasiones que tenía mal semblante y que ojalá no me pusiese enferma.

Traté de hablar con Harriet, pero se había levantado una barrera entre nosotras. Ella ya no mencionaba el Diario, y tampoco nos permitían salir de noche. Me habría gustado decirle, casualmente, que había estado en la choza de Perjer y que éste era hijo de un médico de Londres.

De no ser por la madre de Harriet, la cosa habría podido terminar aquí, sin necesidad de ir más adelante.

Harriet estaba sentada a la mesa de la cocina, escribiendo su diario particular, mientras su madre y yo devanábamos una madeja de lana, en franca intimidad.

La madre de Harriet, comentó:

—Esta mañana me encontré con la señora Biggs, que se dirigía a la estación. El hijo de su hermana ha ingresado en el hospital.

Levantó la cabeza, dándose cuenta, de pronto, de la persona de quien estaba hablando. Yo mantuve los brazos abiertos y miré la madeja extendida entre ellos, como si estuviese hecha de hilos de oro. Harriet no dijo nada. Dejé que se prolongase el silencio. Después, dije:

—Es una lata. —Y, moviendo los brazos de un lado a otro—: ¿Por qué no inventarán una máquina capaz de hacer esto?

La mujercita, aliviada, siguió ovillando su pelota de lana. ¡Cuán vulnerable era su cabecita agachada! Sin razón aparente, pensé que sería muy fácil aplastar su cráneo bajo los finos cabellos. En realidad, yo no dejaba de pensar en la señora Biggs mientras contemplaba los diminutos pies de la madre de Harriet, casi esperando ver las cuadradas y pardas sandalias apoyadas con firmeza sobre la alfombra gris. Sabía que Harriet me estaba observando y sentí miedo. Con voz regocijada, Harriet exclamó:

—¡Ésta sí que es buena! Escucha, mamá, ¿cómo se escribe fauna?

Era nuestra antigua estrategia, encaminada a engañar a los adultos en su propio juego. La primera frase iba dirigida a mí; la segunda era una pantalla que encubría el verdadero mensaje. Esperé. Cuando la mujercita hubo deletreado la palabra, Harriet dijo:

—Nunca lo habría dicho... Gracias. —Y después—: Debemos ir allá lo antes posible... Me hace falta otra hoja para mi colección.

Si hubiese dicho: «Necesito arrancar otra cabellera», habría sido más adecuado.

—No, no podemos —dijo, sin dar crédito a mi propia voz.

La mujercita, sorprendida, me miró fijamente, frunciendo el ceño. Harriet empujó ruidosamente su silla detrás de mí y se acercó a su madre.

—¿Te gusta mi dibujo?

Se sentó en el borde del sillón y pasó un brazo sobre los hombros de su madre. Me miró y dijo:

—Un poco extravagante, ¿no crees?

Su madre dijo, satisfecha:

—Es un dibujo estupendo, querida... Y tu caligrafía ha mejorado mucho.

Continué sosteniendo la madeja y miré al suelo.

—De acuerdo —dije—; pero será la última vez.

No me importaba que su madre se sintiese intrigada; esto era el fin.

—Iremos mañana.

Harriet se inclinó y besó cariñosamente a su madre en la mejilla. Después se irguió, bostezó satisfecha, estiró los brazos por encima de la cabeza y cerró los ojos para no ver sus propios pensamientos.

En esta ocasión también nos encontramos en la calleja, pero no se habló de llegar por separado a la casa del Zar. Ni nos detuvimos en Timothy Street por miedo de que nos viese alguien. Había anochecido cuando abrimos la puerta de la verja. Un trecho muy corto la separaba de la puerta principal y del acebo plantado al lado del porche. La luz del farol de la calle se filtraba a través del seto, iluminando el oscuro césped.

Al levantar el pesado picaporte para llamar al Zar, me dije que recordaría toda mi vida el olor de la pintura agrietada por el sol, el sonido de la respiración de Harriet en la oscuridad, el seco crujido, parecido al de las hojas secas, que hacía la esterilla bajo nuestros pies.

Vi al Zar como si estuviese al final de un largo túnel: una figura pequeña, con los brazos extendidos.

—Bueno, ¿no nos invita a pasar? —dijo Harriet.

La cara del Zar era la de un viejo. Sonrió nerviosamente, agitando un dedo amonestador.

—Malas, malas. No tendríais que haber venido.

—Pues aquí estamos —dijo ella.

—Debería decir que es un placer, un verdadero placer. Sí; debería decirlo.

Se tambaleaba un poco sobre sus pies.

Harriet se quedó callada. No había previsto que le encontraríamos borracho. En cuanto a mí, nuestro encuentro era como si desembarcásemos en la niebla después de una singladura en la eternidad.

Durante las últimas vacaciones había visto a «Papá», el marido de Dodie, después de un período de varios meses. Se había vuelto de pronto muy viejo, de pie en su jardín, tambaleándose sobre el césped cuando le llamé. «Papá —le dije—, soy yo.

¿No se acuerda de mí?». Él me había mirado desde detrás del seto, apoyado en su bastón, mientras la brisa agitaba sus cabellos blancos: una cara todavía hermosa, con tupidas ondas sobre las sienes. Hacía mucho tiempo habíamos sido muy buenos amigos —Harriet, Dodie, «Papá» y yo—, y habíamos jugado y nos habíamos sentado en su jardín, esperando que madurasen las moras y cayesen las ciruelas.

«Papá» estaba muy gallardo, con su chaqueta ligera de franela y su sombrero de paja, entre las flores de su jardín. Enfermo y casi ciego, mientras yo me enfrentaba a él segura de mí misma, observando su expresión exploradora bajo la luz del sol, como si luchase para dejar a un lado los años de corrosión, nublados los ojos como por una película de leche derramada.

Al contemplar al Zar tuve la impresión de que, al contrario de «Papá», apartaba la vida con todas sus fuerzas, rechazaba todo aquello que podía mantenerle relativamente joven.

—Hemos venido a despedirnos —dije rápidamente—. Volvemos al colegio al terminar la semana. Se acabó el tiempo.

El Zar se echó a reír desafortadamente. Sus hombros se encogieron en un espasmo de regocijo y golpeó el cristal del reloj de pie.

—Se acabó el tiempo —declamó, en tono sentimental, y el reloj protestó ruidosamente al apoyarse contra él.

Harriet abrió la puerta del salón.

—Estoy cansado —dijo, penetrando en la estancia.

Nada más cruzar el umbral, observé el mismo sofá que había visto a través de la ventana un siglo atrás. De pie en el pasillo, junto al encogido Zar, comprendí su verdadera importancia: ya no era el altar del sacrificio donde había yacido él, sino una cómoda pieza de mobiliario, idéntica a las que podían verse en otros cien salones de otras tantas casas diferentes. Seguí a Harriet y me senté deliberadamente en él. Harriet empezaba a divertirse. Abrazó regocijada sus rodillas, de modo que sus dos lascias cuerdas de cabello rozaron delicadamente la gastada tela.

—Trátelo bien —dijo con burlona severidad mientras el Zar golpeaba el reloj del pasillo.

Y puso cómicamente los ojos en blanco, mientras el Zar medio canturriaba y medio gritaba:

—Dong-dong, dong-dong.

—Está borracho perdido —murmuré al oído de Harriet—. Borracho como una cuba.

Me arrellané en el sofá y observé cómo el Zar daba trabajosamente cuerda al viejo reloj.

—Trato de ganar tiempo —gritó, y lanzó una carcajada.

Nosotras reímos también, aunque era triste lo que decía. El Zar entró tambaleándose en la habitación y cerró la puerta con elegancia, girando sobre sus talones para enfrentarse con nosotras, alzada la mano en muda bendición.

—Así sea —dijo dulcemente a Harriet, y se dirigió a la mesita donde estaban las botellas.

—¿Está muy enfermo el niño? —preguntó ella, sentándose muy tiesa en uno de los sillones junto a la chimenea.

—¿El niño...? ¡Oh! ¿Dijo ella esto?

Escanció licor en un vaso y lo levantó frente a la luz.

—Se marchó a descansar. Al menos, esa fue la excusa. Me dijo que yo la ponía enferma. Sí, esto fue lo que me dijo.

Y levantó la voz al pronunciar las últimas palabras, como si estuviese recitando un poema.

—Tan bueno como en el teatro —dijo Harriet, observándole entusiasmada—. El marido del drama, abandonado por su esposa y buscando el olvido en la bebida. Un papel que ni pintado para usted.

Se acurrucó más en el recio sillón y adoptó una expresión reflexiva.

—Pero ¿qué somos nosotros? —preguntó al Zar.

—¡Ah! Esto es más difícil —continuó, apoyándose en la chimenea y señalando hacia arriba con la punta del zapato—. Ángeles de la luz —invocó, mirando con picardía a Harriet—, venid a sacarme de este embrollo.

Ambos se echaron a reír, celebrando su ingenio. Y todo empezó a aclararse en mi mente. Lo que había comprendido en la choza de la playa no era falso. Harriet, que había tramado y planeado esto durante el verano, y que se daba cuenta de que nos faltaba tiempo, ignoraba que ya no podía controlar los acontecimientos. Cada vez que respirábamos, hacíamos girar la rueda más y más de prisa, y ni ella, ni yo, ni el mismo Dios, podíamos detenerla. Si yo hubiese creído en Dios, me habría puesto a rezar; pero tal vez Harriet lo había previsto también, porque, ¿cuántas veces no me había dicho, en el curso de los años, que Dios era impotente donde faltaba la inocencia?

—Este lugar tiene que animarse. Zar —dijo Harriet—. Vamos a arreglar mejor los muebles.

Se puso en pie y observó la estancia.

—Esto estaría mucho mejor allí.

Agarró el sillón con manos vigorosas y lo arrastró hasta el centro del salón.

—Aquí.

Inclinada la cabeza sobre el esbelto cuello, de modo que la luz de la lámpara cayó de lleno sobre su cara, pálida, suave, observó la habitación. El Zar contempló estúpidamente el macizo sillón en su nuevo emplazamiento.

—No queda bien, ¿sabes? —dijo al fin, y avanzó resuelto a rescatarlo.

Pero Harriet corría ya por la estancia como un torbellino, arrastrando la mesa desde su lugar acostumbrado para situarla debajo de la ventana, de modo que aún estorbaba más en la ya atestada habitación.

El Zar soltó el sillón y trató de empujar la mesa para devolverla a su sitio, pero

era demasiado pesada para él y se quedó con los brazos abiertos encima de ella, jadeante y mirando a Harriet con incredulidad. Ésta, poniéndose de puntillas, levantó un brazo irreverente y sacó de su capilleta del aparador la estatua del pecho al aire. Sosteniéndola triunfalmente en alto, se enfrentó con el Zar.

—Esto —gritó— tendría que estar sobre un pedestal, para que la señora Biggs pudiese rezar al ídolo.

La pequeña espada que blandía la figura se inclinó ligeramente y proyectó una enorme sombra en las cortinas.

—No, no, déjala. —El Zar rió débilmente y se llevó una mano al corazón—. La romperás... ¡Ten cuidado!

Pareció encogerse dentro de su pulcro traje de ciudad, de modo que la ropa quedó colgando de su cuerpo magro como de una percha y aleteó al correr hacia Harriet.

—Déjala —repitió, con voz aflautada y fuera de control.

Harriet corrió hacia la chimenea y colocó la figura en mitad de la repisa. La estatua se quedó mirando de reojo el salón, apuntando hacia arriba con el pecho desnudo y clavando despiadadamente su espada en las flores azules de altramuz, desmayadas en su jarrón de color crema.

—Así está mejor —exclamó Harriet—. Ahora la señora Biggs podrá arrodillarse ante ella.

Yo miraba fijamente al Zar, a fin de ver el momento exacto en que se derrumbaría bajo la tensión. Pero, al observar la habitación, la cara del hombre adquirió una expresión casi esperanzada. Era como si Harriet, al cambiar la posición de los muebles, estuviese desmenuzando la vida de él con la señora Biggs. Cada traslado de un objeto familiar empañaba y desenfocaba años y momentos de su existencia juntos, y él sentía, en esta nueva catástrofe, que el recuerdo de la señora Biggs era empujado, poco a poco, fuera del salón. Y quiso completar la expulsión. Se volvió al aparador galés y, uno a uno, quitó de su sitio los platos azules y dorados. Sus movimientos eran tan torpes que uno de los platos se escurrió de sus dedos y cayó sobre la alfombra. No se rompió, sino que quedó boca abajo a sus pies, como reprochándole su descuido. Yo permanecía sentada en el sofá, muy tiesa, mientras Harriet y él se movían como aves de rapiña por la revuelta estancia.

Harriet encontró una cerilla y encendió las velas en sus candeleros de bronce, a ambos lados de la chimenea. Apagó la luz eléctrica, y, mientras se derretía la cera y ardían los pábilos, el salón pareció casi hermoso. Si la señora Biggs hubiese regresado entonces, le habría gustado el cambio. Habría apreciado las suaves sombras saltarinas sobre las tristes paredes de color crema.

El Zar y Harriet continuaban su labor destructora a la luz de las velas. «Ahora —me dije—, ahora. Seguramente ella volverá ahora». Y, mientras pensaba esto, el Zar dio una patada al disco de cristal de la radio. Harriet, asustada, miró el destrozado aparato y dijo muy despacio, como volviendo de un largo viaje por peligrosos lugares:

—Esto es una estupidez... No debió hacerlo.

Me miró con expresión pasmada.

—Vayámonos a casa —dijo, y su boca infantil quedó entreabierta por el miedo.

El Zar, de pie sobre el roto cristal, oscilaba el cuerpo.

—¿Por qué? ¿Por qué? —dijo en tono acusador—. Tú querías que lo hiciese. Lo querías, ¿no?

Harriet permaneció inmóvil en el centro de la estancia. Sus labios temblaban.

—¡Oh, vamos! —El Zar le hablaba ahora con ternura, extendiendo una mano zalamera—. Pensé que esto te gustaría. —Miró con curiosidad el salón en penumbra, sacando fuerzas de su nuevo aspecto, y dijo, alegremente—: Gocemos mientras podamos. Vamos a fumar un cigarrillo.

Palpó animadamente su bolsillo y buscó la cajetilla con dedos ansiosos. Harriet permaneció en silencio, fijos los ojos en él, como hipnotizada por algo terrible.

—Tendré que ir a comprar tabaco —dijo él, mostrando con desaliento la cajetilla vacía—. No podemos continuar sin cigarrillos.

Aguardó, como esperando a medias que Harriet le detuviese; pero, al ver que ésta sólo le miraba, se dirigió alegremente a la puerta.

—No tardaré. Sentaos y divertíos.

Oímos que echaba a andar por el pasillo y salía de la casa. Resonaron sus pasos en el sendero, crujió la puerta de la verja al abrirse, y nos quedamos solas en el salón.

Me pregunté si el Zar regresaría. Me habría gustado decirle esto a Harriet, pero estaba tan pálida y muda que preferí abandonarla a sus propios pensamientos. Permanecía inquieta en medio de la estancia, sin saber qué hacer. Después, como no podía ir a ninguna parte, se sentó a mi lado en el sofá. A la luz de las velas, mesas y sillones se disputaban un sitio; la figura de encima de la chimenea parecía vacilar y hundir aún más su espada entre las flores.

—No tenía que hacer esto —dijo Harriet, y miró temerosa el cristal hecho añicos sobre la alfombra—. Ha sido una estupidez.

Como yo no estaba de acuerdo, guardé silencio.

—¿Qué te pasa? —dijo malhumorada.

—Nada.

Me encantaba mi propia tranquilidad, mi capacidad de desorientar a Harriet y, sobre todo, el conocimiento de que estaba asustada. Se irguió en el sofá y me agarró fuertemente un brazo.

—¿Por qué estás de pronto tan tranquila? ¿Puedes decírmelo? —Me pellizcó la carne con tanta saña que me encogí—. Vamos, ¡dímelo!

—Por nada. Es que ya no me interesa.

Harriet soltó mi brazo y se echó atrás, vencida. La vela más próxima a la ventana chisporroteó en su candelero y goteó sobre la alfombra: un grumo redondo de cera entre los pedazos de cristal.

—Ya ves, querida —le dije tranquilamente—: hemos hecho lo que tú querías. Le

hemos humillado, tal como deseabas.

Volvió despacio la cabeza para mirarme, abriendo mucho los ojos.

—¿Qué quieres decir?

Vacilé un poco, pero comprendí que nada me impedía decírselo.

—Bueno, ya sucedió... La otra noche, en la playa. Quiero decir que él... él...

No podía pronunciarlo.

—¿Te hizo suya?

La incredulidad debilitaba su voz. Observó mi boca, esperando una negativa. Al no producirse, se echó atrás, sobre el brazo del sofá, y me miró como si fuese la primera vez que me veía. Después, captando por entero la situación, dijo:

—¡Dios mío! ¡Fuiste suya!

Se levantó y empezó a dar vueltas furiosamente en aquel cuarto de locos. Contraje la boca, esbozando una sonrisa, porque me turbaba su comportamiento. Me mordí los dientes para contenerme. La frase que ella había empleado resultaba cómica; me recordaba demasiado las que habíamos escrito trabajosamente en el Diario. Le dije:

—Pero ¿no era esto lo que querías que hiciese? Dijiste que debíamos llevar el asunto hasta el final. Lo dijiste.

—No te dije que hicieses esto. Yo nunca...

—Dijiste que tenía que humillarle.

—Pero no que hicieses esto. —Agitó los hombros en un espasmo de aflicción—. ¿Por qué hacer una cosa así? No estamos preparadas. No tenías derecho a hacerlo.

—No sé por qué te preocupa tanto. En realidad, no fue nada. Apenas me di cuenta. Algo parecido a cuando vas al dentista. Ni siquiera tan malo.

Pensé que iba a pegarme, pero, en vez de esto, giró en redondo y salió corriendo de la habitación. Me quedé sola en el sofá azul, mientras las velas parecían arder en los muros. Verdaderamente, no podía comprender el motivo de su enojo. Conteniendo las ganas de reír, me dirigí a la puerta y llamé a Harriet. Pensé, por un momento, que no estaba en la casa; entonces murmuró en la oscuridad:

—Ha regresado... Es la señora Biggs.

Sonaron en la noche sus pasos firmes y apagados sobre el sendero. No había ningún sitio adonde ir, ningún lugar donde ocultarnos. Mi corazón empezó a latir con tal fuerza que tuve miedo de que la señora Biggs lo oyese. Permanecía inmóvil junto a Harriet, detrás de la puerta, y ella se apretó a mí y me estrechó la mano para tranquilizarme. La señora Biggs llegó al porche, y yo luchaba por conservar mi independencia, por hacer triunfar mi voluntad contra la de Harriet. Cuando la llave se introdujo en la cerradura y la mujer del Zar apoyó su mole contra la puerta, Harriet puso algo en mi mano.

—Golpéala con esto —dijo en voz baja—. Golpéala.

La puerta se abrió hacia dentro. Avancé en medio del zaguán, levantando el brazo por encima de la cabeza, y su cuerpo se irguió amenazador en el umbral. Intenté

hacerla rodar por la escalera, para que Harriet y yo pudiésemos salir corriendo, pero cuando la golpeé se tambaleó, vuelta incomprensiblemente hacia el oscuro jardín. No cayó. Volví a golpearla, desesperada y audaz, ya que ella no podía verme la cara: cayó blandamente, hundiéndose en la oscuridad como una enorme hoja, y vi al Zar que me miraba desde la verja.

No podía moverme; no podía bajar el brazo. Harriet encendió la luz del zaguán, detrás de mí, y sentí que el aire de la noche resbalaba sobre el césped y venía a refrescar mi cara. Lloraba por dentro y amaba a mi madre y a mi padre con todo mi corazón, pero no podía moverme.

El Zar avanzaba despacio por el sendero, como si estuviese muy cansado. Yo deseé que se apresurase, que me sacara de mi inercia y dijese que no había ocurrido nada grave. La cuestión era que la señora Biggs no levantase la cabeza del suelo antes de que Harriet y yo estuviésemos camino de nuestras casas. No podía soportar el peso del garrote en mi mano, y también esperé que viniese el Zar a cogerlo y lo colocase en su sitio, detrás de la puerta, junto a la sombrilla roja y verde de la señora Biggs.

—Entrad —ordenó el Zar—. Id adentro y no salgáis.

Yo estaba asustada, pero hice lo que él decía. Había realizado una mala acción, y ahora él y la señora Biggs unirían sus fuerzas para reprenderme severamente. Seguro que, esta vez, la señora Biggs iría a ver a mi madre. Me alegró pensar que se pondrían todos furiosos contra mí, porque había sentido un odio extraño al golpear a la señora Biggs. Me castigarían. Purgaría mi culpa y, después, podría besar a Harriet en la mejilla y volver al colegio, sin pensar más en el Zar y en este horrible verano.

Harriet había apagado las velas y encendido la luz eléctrica, revelando el desorden del salón. Me sorprendió que se quedara allí y no corriese frenéticamente a poner los muebles en su sitio, a fin de que la señora Biggs no se enfureciese aún más.

—No le di muy fuerte, Harriet. Sólo quise impedir que entrase.

—Sí —dijo Harriet, con voz ausente, frotándose la mejilla.

—Pero ¿y si tuviesen que llevarla al hospital?

Empezaba a sentir miedo, y la miré para que me tranquilizase.

—No será necesario.

La puerta de la entrada se cerró de golpe y el Zar entró en el salón. Se inmovilizó en el umbral, contemplando los vidrios rotos sobre la alfombra y buscando los cigarrillos en el bolsillo. Encogió los hombros y sacó la mandíbula inferior, de modo que pude ver su cara ligeramente sudorosa a la luz de la cerilla. El humo del cigarrillo envolvió su rostro como siempre, nimbando sus ralos cabellos. Harriet, junto a la chimenea, levantó la mano y acarició las flores de altramuz, sacudiendo suavemente los cargados tallos.

—Está muerta —dijo el Zar.

Alguien empezó a sollozar como si se le rompiese el corazón, llenando de feos ruidos la silenciosa estancia. Mi cara llena de arrugas, aunque yo estaba tranquila por dentro, y mi padre diciendo que yo esta vez era culpable. Discutir con él lógicamente,

diciéndole que el señor Biggs había abusado de mí en las dunas, que no había sido por mi culpa; que me había deshonrado. Yo era víctima, más que autora, del pecado. Así lo decía a voz en grito, pero él no quería escucharme. Y la señora Biggs estaba a horcajadas encima de mí, sacudiéndome furiosamente con manos de gigante, pisándome los pies con sus enormes sandalias, y yo diciéndole que se marchase: «Suéltame, gorda marrana». Pero estaba sin resuello y mi lengua no podía formar las palabras. Luego me sacudió tan violentamente que la habitación se escurrió bajo mis pies y se perdió en la lejanía.

Harriet me apretaba la espalda con mano dura, obligándome a sacar la cabeza de entre las rodillas. Al incorporarme vi que estaba sentada en el sofá azul, y que el Zar había desaparecido de la habitación. Me envolvía un acre olor a vómito y tenía los cabellos pegajosos.

Era incapaz de comprender lo que Harriet me estaba diciendo: algo acerca de la hora y de que el Zar había obtenido sus cigarrillos de la máquina automática de la estación.

—Nadie le vio en la estación. Dice que allí no había nadie. —Me hablaba al oído, apremiante, y su cálido aliento aireaba mi mejilla—. Está seguro de que tampoco le vieron en la calle.

Dentro de pocos días podría volver al colegio. Dentro de muy pocos días. Mi padre habría comprado el billete del tren. Lo encontraría sobre la mesa del zaguán al volver a casa. Me aferré a esta idea del billete, mientras Harriet seguía hablando:

—Nadie nos vio entrar aquí. Saldremos por el jardín de atrás y seguiremos a lo largo de la zanja. Subiendo por la vereda llegaremos en seguida a la calle; entonces me pondré a chillar. Correremos hasta mi casa y, cuando nos pregunten lo que pasa, diremos que vimos cómo el Zar golpeaba a la señora Biggs.

Se abalanzó imponente sobre mí y me asió de los hombros.

—Diremos que vimos cómo el Zar golpeaba a la señora Biggs... ¿Me oyes?

Entonces sentí que amaba a Harriet. Era tan inteligente, tan buena, tan dulce, tan lista... Capaz de hacer frente a la situación. Sí, diríamos que vimos a la señora Biggs rodando por la escalera, y al Zar detrás de ella, con un garrote en la mano.

—Sí, Harriet; así lo diré.

Ahora que la señora Biggs estaba muerta de verdad, haría cuanto quisiese Harriet. Jamás volvería a dudar de ella. Incluso reconocería que era más guapa que yo.

Se levantó y echó un rápido vistazo a la habitación. Sacó su pañuelo del bolsillo y se puso a frotar la repisa de la chimenea. El Zar entró en el salón y cerró la puerta. Observó pensativamente a Harriet durante un momento y luego preguntó:

—¿Qué estás haciendo?

Me alegré de que se lo preguntase, porque también yo quería saberlo.

—Hay huellas dactilares —dijo Harriet—, y eso no nos conviene. Si las borramos con cuidado nadie sospechará que hemos estado aquí.

Tomó la figura de encima de la chimenea y la limpió minuciosamente.

—Comprendo.

Hubo un largo silencio mientras Harriet terminaba su tarea. Incluso frotó el tirador de la puerta y el borde de la mesa.

—Ahora nos marcharemos —dijo en tono autoritario.

Observó atentamente al Zar, para ver si estaba a la altura de la situación; una vez satisfecha, prosiguió:

—Debe esperar al menos una hora, para darnos tiempo a llegar a casa y contar nuestra historia.

Esperé, temerosa, a que el Zar preguntase cuál era nuestra historia, pero él siguió junto a la ventana, sin decir nada.

—Después llame a la policía y dícales que la señora Biggs ha muerto. ¿Lo ha comprendido?

El viejo asintió con la cabeza, pasando los dedos por la cortina.

—Es importante que espere esta hora. Lo comprende, ¿no?

—Perfectamente.

—Bien.

Me miró y me hizo una seña con la mano para que me levantase. Obedecí y salí de la habitación detrás de ella.

Cerró la puerta y se apoyó en ella, escrutando el zaguán.

—El bastón —dijo, sin dirigirse a mí.

Estaba en su sitio, junto a la sombrilla roja con rayas verdes. Lo levantó cuidadosamente y lo limpió con el forro gris de su chaqueta.

Sobre el reloj habla un estante con un plato azul. Teníamos uno parecido en mi casa. Fuera, en el porche, la señora Biggs seguía durmiendo. El reloj dejaba oír su tic-tac.

Cruzamos la puerta de atrás y salimos al jardín.



BERYL MARGARET BAINBRIDGE (Liverpool, 21 de noviembre de 1932 - 2 de julio de 2010) fue una novelista inglesa.

Es autora de dieciocho novelas, dos libros de viajes, dos ensayos, dos volúmenes de relatos y cinco obras para teatro y televisión. Fue nominada en cinco ocasiones al premio Booker, y en 2011 le otorgaron el premio póstumo por su labor literaria. En 2008 *The Times* la incluyó en la lista de «Los 50 escritores más importantes desde 1945». *The Guardian* la calificó como «un tesoro nacional».

Sus primeras novelas fueron muy bien recibidas y tuvieron gran éxito entre los lectores, pero ella no obtuvo grandes ingresos derivados de sus ventas. Su primera obra *Lo que dijo Harriet* fue escrita en 1967. No obstante, no vería la luz hasta 1972, pues muchos editores la rechazaron por considerarla inmoral. Uno de ellos llegó incluso a afirmar que las protagonistas eran «increíblemente repulsivas».

Notas

[1] Air Raid Precautions (ARP) fue una organización en el Reino Unido establecida en el prelude de la Segunda Guerra Mundial dedicada a la protección de los civiles del peligro de ataques aéreos. (*N. del E. digital*). <<

[2] Charles Boyer (1899 - 1978) fue un actor francés que apareció en más de ochenta películas entre 1920 y 1976; pero encontró el éxito en las películas norteamericanas de los 30. (*N. del E. digital*). <<